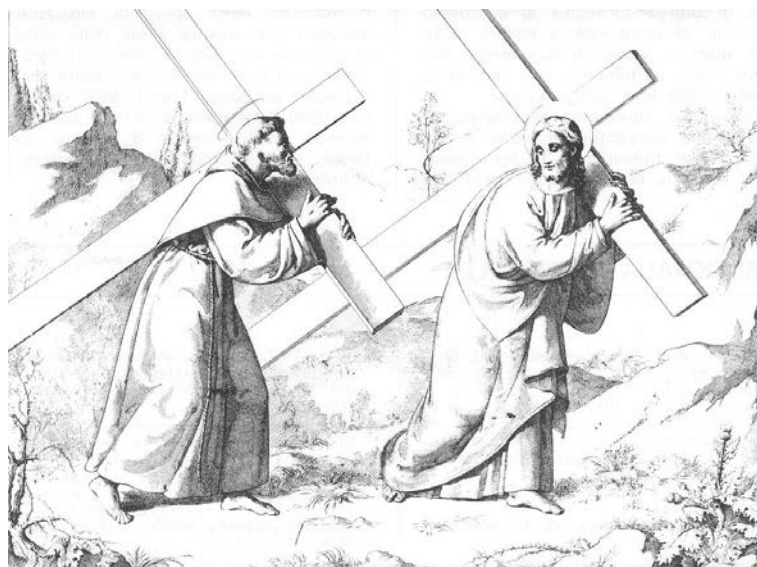


Fray Tomás de Celano

Vida Primera de san Francisco

(Compuesta en 1229, tres años después de la muerte del Santo)



PRÓLOGO

En el nombre del Señor. Amén.

1. Deseando narrar con piadosa devoción ordenadamente, guiado y amaestrado siempre por la verdad, los hechos y la vida de nuestro bienaventurado padre Francisco, y no habiendo nadie que guarde memoria de todo lo que él hizo y enseñó, yo, por mandato del señor y glorioso papa Gregorio (1), he tratado de relatar, como mejor he podido, aunque sea con palabras desmañadas, siquiera lo que oí de su propia boca o lo que he llegado a conocer por testigos fieles y acreditados. ¡Ojala merezca ser discípulo de quien siempre evitó expresiones enigmáticas y no supo de artificios literarios!

2. Lo que he podido recoger sobre el bienaventurado varón, lo divido en tres partes, subdivididas, a su vez, en varios capítulos, con el fin de que la diversidad de los momentos en que tuvieron lugar los hechos no confundan su orden ni despierten la duda acerca de su veracidad.

Así, la primera parte sigue el orden de los hechos, y trata con preferencia de la pureza de conducta y vida, de la santidad de costumbres y de sus saludables enseñanzas. También se insertan algunos pocos milagros de los muchos que Dios nuestro Señor se dignó obrar por medio de él durante su vida.

En la segunda parte se narran los hechos principales sucedidos a partir del penúltimo año de su vida hasta su glorioso tránsito.

Por último, la tercera parte contiene muchos de los milagros -los más se pasan por alto- que el gloriosísimo Santo obra en la tierra ahora que reina con Cristo en el cielo. Refiere también la veneración y el honor, la alabanza y la gloria que con suma devoción le rindieron el bendito papa Gregorio y, con él, todos los cardenales de la santa romana Iglesia, inscribiéndolo en el catálogo de los santos (2). Demos gracias a Dios todopoderoso, que siempre se muestra admirable y amable en sus santos.

PARTE PRIMERA

Para alabanza de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.

Comienza la vida de nuestro beatísimo padre Francisco.

Capítulo I

Su género de vida mientras vivió en el siglo

1. Hubo en la ciudad de Asís, situada en la región del valle de Espoleto (3), un hombre llamado Francisco (4); desde su más tierna infancia fue educado licenciosamente por sus padres, a tono con la vanidad del siglo; e, imitando largo tiempo su lamentable vida y costumbres, llegó a superarlos con creces en vanidad y frivolidad (5).

De tal forma ha arraigado esta pésima costumbre por todas partes en quienes se dicen cristianos y de tal modo se ha consolidado y aceptado esta perniciosa doctrina cual si fuera ley pública, que ya desde la cuna se empeñan en educar a los hijos con extrema blandura y disolutamente. Pues no bien han comenzado a hablar o a balbucir, niños apenas nacidos, aprenden, por gestos y palabras, cosas torpes y execrables; y, llegado el tiempo del destete, se les obliga no sólo a decir, sino a hacer cosas del todo inmorales y lascivas. Ninguno de ellos se atreve, por un temor propio de su corta edad, a conducirse honestamente, pues sería castigado con dureza. Que bien lo dice el poeta pagano (6): «Como hemos crecido entre las maldades de nuestros padres, nos siguen todos los males desde la infancia». Este testimonio es verdadero, ya que tanto más perjudiciales resultan a los hijos los deseos de los padres cuanto aquéllos con más gusto ceden a éstos.

Mas, cuando han avanzado un poco más en edad, ellos, por propio impulso, se van deslizando hacia obras peores. Y es que de raíz dañada nace árbol enfermo y lo que una vez se ha pervertido, difícilmente podrá ser reducido al camino del bien.

Y ¿cómo imaginas que han de ser cuando estrenan la adolescencia? En este tiempo, nadando en todo género de disolución, ya que les es permitido hacer cuanto les viene en gana, se entregan con todo ardor a una vida vergonzosa. Sujetos de este modo voluntariamente a la esclavitud del pecado, hacen de sus miembros armas de iniquidad; y, no poseyendo en sí mismos ni en su vida y costumbres nada de la religión cristiana, se amparan sólo con el nombre de cristianos. Alardean los desdichados con frecuencia de haber hecho cosas peores de las que realizaron, por que no sean tenidos como más despreciables cuanto más inocentes se conservan (7).

2. Estos son los tristes principios en los que se ejercitaba desde la infancia este hombre a quien hoy veneramos como santo -porque lo es-, y en los que continuó perdiendo y consumiendo miserablemente su vida hasta casi los veinticinco años de edad. Más aún, aventajando en vanidades a todos sus coetáneos, mostrábase como quien más que nadie incitaba al mal y destacaba en todo devaneo. Cautivaba la admiración de todos y se esforzaba en ser el primero en pompas de vanagloria, en los juegos, en los caprichos, en palabras jocosas y vanas, en las canciones y en los vestidos suaves y cómodos (8); y aunque era muy rico, no estaba tocado de avaricia, sino que era pródigo; no era ávido de acumular dinero, sino manirroto; negociante cauto, pero muy fácil dilapidador. Era, con todo, de trato muy humano, hábil y en extremo afable, bien que para desgracia suya. Porque eran muchos los que, sobre todo por esto, iban en pos de él obrando el mal e incitando a la corrupción; marchaba así, altivo y magnánimo en medio de esta cuadrilla de malvados, por las plazas de Babilonia, hasta que, fijando el Señor su mirada en él, alejó su cólera por el honor de su nombre y reprimió la boca de Francisco, depositando en ella su alabanza a fin de evitar su total perdición. Fue, pues, la mano del Señor la que se posó sobre él y la diestra del Altísimo la que lo transformó, para que, por su medio, los pecadores pudieran tener la confianza de rehacerse en gracia y sirviese para todos de ejemplo de conversión a Dios.

Capítulo II

Cómo Dios visitó su corazón por una enfermedad y por un sueño

3. En efecto, cuando por su fogosa juventud hervía aún en pecados y la lúbrica edad lo arrastraba desvergonzadamente a satisfacer deseos juveniles e, incapaz de contenerse, era incitado con el veneno de la antigua serpiente, viene sobre él repentinamente la venganza; mejor, la unción divina, que intenta encaminar aquellos sentimientos extraviados, inyectando angustia en su alma y malestar en su cuerpo, según el dicho profético: *He aquí que yo cercaré tus caminos de zarzas y alzaré un muro* (Os 2,6). Y así, quebrantado por larga enfermedad, como ha menester la humana obstinación, que difícilmente se corrige si no es por el castigo, comenzó a pensar dentro de sí cosas distintas de las que acostumbraba.

Y cuando, ya repuesto un tanto y apoyado en un bastón, comenzaba a caminar de acá para allá dentro de casa para recobrar fuerzas, cierto día salió fuera y se puso a contemplar con más interés la campiña que se extendía a su alrededor (9). Mas, ni la hermosura de los campos, ni la frondosidad de los viñedos, ni cuanto de más deleitoso hay a los ojos pudo en modo alguno deleitarle. Maravillábase de tan repentina mutación y juzgaba muy necios a quienes amaban tales cosas.

4. A partir de este día, comenzó a tenerse en menos a sí mismo y a mirar con cierto desprecio cuanto antes había admirado y amado. Mas no del todo ni de verdad, que todavía no estaba desligado de las ataduras de la vanidad ni había sacudido de su cerviz el yugo de la perversa esclavitud. Porque es muy costoso romper con las costumbres y nada fácil arrancar del alma lo que en ella ha prendido; aunque haya estado el espíritu alejado por mucho tiempo, torna de nuevo a sus principios, pues con frecuencia el vicio se convierte, por la repetición, en naturaleza.

Intenta todavía Francisco huir de la mano divina, y, olvidado algún tanto de la paterna corrección ante la prosperidad que le sonrío, se preocupa de las cosas del mundo, y, desconociendo los designios de Dios, se promete aún llevar a cabo las más grandes empresas por la gloria vana de este siglo. En efecto, un noble de la ciudad de Asís prepara gran aparato de

armas, ya que, hinchado del viento de la vanidad, se había comprometido a marchar a la Pulla con el fin de acrecentar riquezas y honores (10). Sabedor de todo esto Francisco, que era de ánimo ligero y no poco atrevido, se pone de acuerdo con él para acompañarle; que si inferior en nobleza de sangre, le superaba en grandeza de alma, y si más corto en riquezas, era más largo en liberalidades.

5. Cuando se había entregado con la mayor ilusión a planear todo esto y ardía en deseos de emprender la marcha, Aquel que le había herido con la vara de la justicia lo visita una noche en una visión, bañándolo en las dulzuras de la gracia; y, puesto que era ávido de gloria, a la cima de la gloria lo incita y lo eleva. Le parecía tener su casa llena de armas militares: sillas, escudos, lanzas y otros pertrechos; regodeábase, y, admirado y en silencio, pensaba para sí lo que podría significar aquello. No estaba hecho a ver tales objetos en su casa, sino, más bien, pilas de paño para la venta. Y como quedara no poco sobrecogido ante el inesperado acaecer de estos hechos, se le dijo que todas aquellas armas habían de ser para él y para sus soldados. Despertándose de mañana, se levantó con ánimo alegre, e, interpretando la visión como presagio de gran prosperidad, veía seguro que su viaje a la Pulla tendría feliz resultado.

Mas no sabía lo que decía, ni conocía de momento el don que se le había dado de lo alto. Con todo, podía sospechar que la interpretación que daba a la visión no era verdadera, pues si bien pudiera sugerir que se trataba de una hazaña, su ánimo no encontraba en ello la acostumbrada alegría. Es más, tenía que hacerse cierta violencia para realizar sus proyectos y llevar a buen término el viaje por el que había suspirado. Muy hermosamente se habla aquí por primera vez de las armas y muy oportunamente se hace entrega de ellas al caballero que va a combatir contra el fuerte armado, para que, cual otro David, en el nombre del Señor, Dios de los ejércitos, libere a Israel del inveterado oprobio de los enemigos.

Capítulo III

Cómo, cambiado en el interior, mas no en el exterior, habla alegóricamente del hallazgo de un tesoro y de una esposa

6. Cambiado ya, pero sólo en el interior y no externamente, renuncia a marchar a la Pulla y se aplica a plegar su voluntad a la divina (11). Y así, retirándose un poco del barullo del mundo y del negocio, procura guardar en lo íntimo de su ser a Jesucristo. Cual prudente comerciante, oculta a los ojos de los ilusos la perla hallada y con toda cautela se esfuerza en adquirirla vendiéndolo todo.

Tenía a la sazón en la ciudad de Asís un compañero, amado con predilección entre todos (12); como ambos eran de la misma edad y una asidua relación de mutuo afecto le hubiera dado ánimo para confiarle sus intimidades, le conducía con frecuencia a lugares apartados y a propósito para tomar determinaciones y le aseguraba que había encontrado un grande y precioso tesoro. Gozábase este su compañero, y, picado de curiosidad por lo oído, salía gustoso con él cuantas veces era invitado.

Había cerca de la ciudad una gruta, a la que se llegaban muchas veces, platicando mutuamente sobre el tesoro. Entraba en ella el varón de Dios, santo ya por su santa resolución, mientras su compañero le aguardaba fuera. Lleno de un nuevo y singular espíritu, oraba en lo íntimo a su Padre. Tenía sumo interés en que nadie supiera lo que sucedía dentro (13), y, ocultando sabiamente lo que con ocasión de algo bueno le acaecía de mejor, sólo con su Dios deliberaba sobre sus santas determinaciones. Con la mayor devoción oraba para que Dios, eterno y verdadero, le dirigiese en sus pasos y le enseñase a poner en práctica su voluntad. Sostenía en su alma tremenda lucha, y, mientras no llevaba a la práctica lo que había concebido en su corazón, no hallaba descanso; uno tras otro se sucedían en su mente los más varios pensamientos, y con tal insistencia que lo conturbaban duramente. Se abrasaba de fuego divino en su interior y no podía ocultar al exterior el ardor de su espíritu. Dolíase de haber pecado tan gravemente y de haber ofendido los ojos de la divina Majestad; no le deleitaban ya los pecados pasados ni los presentes; mas no había recibido todavía la plena seguridad de verse libre de los futuros. He aquí por qué cuando salía fuera, donde su compañero, se encontraba tan agotado por el esfuerzo, que uno era el que entraba y parecía otro el que salía.

7. Cierta día en que había invocado la misericordia del Señor hasta la hartura, el Señor le mostró cómo había de comportarse (14). Y tal fue el gozo que sintió desde este instante, que, no cabiendo dentro de sí de tanta alegría, aun sin quererlo, tenía que decir algo al oído de los hombres. Mas, si bien, por el ímpetu del amor que le consumía, no podía callar, con todo, hablaba con mucha cautela y enigmáticamente. Como lo hacía con su amigo predilecto, según se ha dicho, acerca del tesoro escondido, así también trataba de hablar en figuras con los demás; aseguraba que no quería marchar a la Pulla y prometía llevar a cabo nobles y grandes gestas en su propia patria.

Quienes le oían pensaban que trataba de tomar esposa, y por eso le preguntaban: «¿Pretendes casarte, Francisco?» A lo que él respondía: «Me desposaré con una mujer la más noble y bella que jamás hayáis visto, y que superará a todas por su estampa y que entre todas descollará por su sabiduría». En efecto, la inmaculada esposa de Dios es la verdadera Religión que abrazó, y el tesoro escondido es el reino de los cielos, que tan esforzadamente él buscó; porque era preciso que la vocación evangélica se cumpliera plenamente en quien iba a ser ministro del Evangelio en la fe y en la verdad.

Capítulo IV

Cómo, vendidas todas las cosas, despreció el dinero recibido

8. He aquí que, constituido siervo feliz del Altísimo y confirmado por el Espíritu Santo, al llegar el tiempo establecido, secunda aquel dichoso impulso de su alma por el que, despreciado lo mundano, marcha hacia bienes mejores. Y no podía demorarse, porque un mal de muerte se había extendido en tal forma por todas partes y de tal modo se había apoderado de los miembros de muchos, que un mínimo de retraso de parte del médico hubiera bastado para que, cortado el aliento vital, se hubiera extinguido la vida.

Se levanta, protégese haciendo la señal de la cruz, y, aparejado el caballo, monta sobre él; cargados los paños de escarlata (15) para la venta, camina ligero hacia la ciudad de Foligno (16). Vende allí, como siempre, todo el género que lleva y, afortunado comerciante, deja el caballo que había montado a cambio de su valor; de vuelta, abandonado ya el equipaje, delibera religiosamente qué hacer con el dinero. Y al punto, maravillosamente convertido del todo a la obra de Dios, no pudiendo tolerar el tener que llevar consigo una hora más aquel dinero y estimando como arena toda su ganancia, corre presuroso para deshacerse de él.

Regresando hacia Asís, dio con una iglesia, próxima al camino, que antiguamente habían levantado en honor de San Damián (17), y que de puro antigua amenazaba ruina inminente.

9. Acercóse a ella el nuevo caballero de Cristo (18), piadosamente conmovido ante tanta miseria, y penetró temeroso y reverente. Y, hallando allí a un sacerdote pobre, besó con gran fe sus manos sagradas (19), le entregó el dinero que llevaba y le explicó ordenadamente cuanto se había propuesto.

Asombrado el sacerdote y admirado de tan inconcebible y repentina conversión, no quería dar crédito a lo que oía. Por temor de ser engañado, no quiso recibir el dinero ofrecido. Es que lo había visto, como quien dice ayer, vivir tan desordenadamente entre compañeros y amigos y superarlos a todos en vanidad. Mas él persiste más y más en lo suyo y trata de convencerle de la veracidad de sus palabras, y le ruega y suplica con toda su alma que le permita convivir con él por el amor del Señor. Por fin, el sacerdote se avino a que se quedase en su compañía; pero, por temor a sus parientes, no recibió el dinero, que el auténtico despreciador del vil metal arrojó a una ventana, sin preocuparse de él más que del polvo. Pues deseaba poseer la sabiduría, que vale más que el oro, y adquirir la prudencia, que es más preciosa que la plata (Prov 16,16).

Capítulo V

Cómo su padre lo persiguió y lo encerró

10. Mientras permanecía el siervo de Dios altísimo en el lugar mencionado, su padre, cual diestro explorador, rastrea por todas partes para conocer el paradero del hijo. Conocido que hubo

el lugar y el género de vida que llevaba, doliéndose grandemente en su corazón, conturbado sobremanera por suceso tan inesperado, convoca a sus amigos y vecinos y corre veloz a donde mora el siervo de Dios. Mas éste, atleta novel aún de Cristo, al oír las voces amenazadoras de sus perseguidores y, presintiendo su llegada, por huir de sus iras, se esconde en una cueva bien disimulada que para esto él mismo se había preparado. Esta cueva estaba en una casa y posiblemente la conocía sólo uno (20). En ella llegó a permanecer por un mes seguido, no atreviéndose a salir apenas, sino en caso de estricta necesidad. El alimento que de vez en vez se le daba lo comía en el interior de la cueva y todo servicio se le prestaba ocultamente. Y orando, bañado en lágrimas, pedía continuamente a Dios que lo librara de las manos de los perseguidores de su vida y que con su gracia diera benignamente cumplimiento a sus santos propósitos. En ayuno y llanto insistía suplicante ante la clemencia del Salvador, y, no fiándose de sí mismo, ponía todo su pensamiento en el Señor. Y, aunque estuviera encerrado en la cueva y envuelto en tinieblas, se sentía penetrado de una dulzura inefable, nunca gustada hasta entonces; todo inflamado en ella, abandonó la cueva y se puso al descubierto de los insultos de sus perseguidores.

11. Levantóse al momento diligente, presuroso y alegre, y, armándose con el escudo de la fe y fortalecido con las armas de una gran confianza para luchar las batallas del Señor, se encaminó hacia la ciudad, y, ardiendo en fuego divino, se reprochaba a sí mismo su pereza y poco valor.

En cuanto lo vieron quienes lo conocían, al comparar lo presente con lo que había sido, se desataron en insultos, saludándolo como a loco y demente y arrojándole barro y piedras del camino. Lo contemplaban tan otro de lo que antes había sido y tan consumido por la maceración de su carne, que cuanto hacía lo atribuían a debilidad y demencia. Mas, porque es mejor el paciente que el orgulloso, el siervo de Dios se hacía sordo y, sin abatirse lo más mínimo ni alterarse por los insultos, daba gracias al Señor por todo ello. Que en vano el malvado persigue a quien va tras el bien, pues cuanto más combatido sea, tanto más poderosamente triunfará. La humillación, como dice alguien, da nuevas fuerzas al ánimo generoso.

12. Extendiéndose durante largo tiempo este rumor y bullicio por las plazas y villas del poblado y corriendo de aquí para allá la voz de los que se burlaban de él, llegó esta fama a oídos de mucha gente y, por fin, a los de su propio padre. Al oír éste el nombre de su hijo, y como si tales injurias de los conciudadanos recayeran sobre él, se levantó en seguida, no para librarlo, más bien para hundirlo; y, sin guardar forma alguna, se lanza como el lobo sobre la oveja, y, mirándolo fieramente y con rostro amenazador, lo apresa entre sus manos, y, sin respeto ni decoro, lo mete en su propia casa.

Sin entrañas de compasión, lo tuvo encerrado durante muchos días en un lugar tenebroso (21), pensando doblegar la voluntad de su hijo a su querer; primero, a base de razonamientos, y luego, con azotes y cadenas. Mas el joven salía de todo esto más decidido y con más vigor para realizar sus santos propósitos, y no perdió la paciencia ni por los reproches de palabra ni por las fatigas de la prisión. Que no es posible doblegar, por medio de azotes y cadenas, los rectos propósitos del alma y su actitud. Ni puede ser arrancado de la grey de Cristo quien tiene el deber de alegrarse en la tribulación. Ni tiembla ante el diluvio de muchas aguas (Sal 31,6) quien tiene por refugio en los contratiempos al Hijo de Dios; para que no nos parezca áspero lo nuestro, nos pone ante los ojos lo que Él padeció, inmensamente mayor.

Capítulo VI

Cómo su madre lo liberó y cómo se despojó de sus vestidos ante el obispo de Asís

13. Sucedió, pues, que, teniendo su padre que ausentarse de casa por algún tiempo a causa de urgentes asuntos familiares (22) y permaneciendo el varón de Dios encerrado en la cárcel de la casa, su madre, que había quedado sola con él, desaprobando el modo de proceder de su marido, habló con dulces palabras a su hijo. Intuyendo ella la imposibilidad de que éste desistiera de su propósito, conmovidas las entrañas maternas, rompió las ataduras y lo dejó libre para marchar. Él, dando gracias a Dios todopoderoso, volvió al instante al lugar donde había permanecido anteriormente. Muévase ahora con mayor libertad (23) probado en la escuela de la tentación; con

los muchos combates ha adquirido un aspecto más alegre; las injurias han fortalecido su ánimo; y, caminando libre por todas partes, procede con más magnanimidad.

En el ínterin retorna el padre, y, no encontrándolo, se desahoga en insultos contra su mujer, sumando pecados sobre pecados. Bramando con gran alboroto, corre inmediatamente al lugar con el propósito, si no le es posible reducirlo, de ahuyentarlo, al menos, de la provincia. Mas como el temor del Señor es la confianza del fuerte, apenas el hijo de la gracia se apercibió de que su padre según la carne venía en su busca, decidido y alegre se presentó ante él y con voz de hombre libre le manifestó que ni cadenas ni azotes le asustaban lo más mínimo. Y que, si esto le parecía poco, le aseguraba estar dispuesto a sufrir gozoso, por el nombre de Cristo, toda clase de males.

14. Ante tal resolución, convencido el padre de que no podía disuadir al hijo del camino comenzado, pone toda su alma en arrancarle el dinero. El varón de Dios deseaba emplearlo todo en ayuda de los pobres y en restaurar la capilla; pero, como no amaba el dinero, no sufrió engaño alguno bajo apariencia de bien, y quien no se sentía atado por él, no sé turbó lo más mínimo al perderlo. Por esto, habiéndose ya encontrado el dinero que el gran despreciador de las cosas terrenas y ávido buscador de las riquezas celestiales había arrojado entre el polvo de la ventana, se apaciguó un tanto el furor del padre y se mitigó algo la sed de su avaricia con el vaho del hallazgo. Después de todo esto, el padre lo emplazó a comparecer ante el obispo de la ciudad (24), para que, renunciando en sus manos a todos los bienes, le entregara cuanto poseía. A nada de esto se opuso; al contrario, gozoso en extremo, se dio prisa con toda su alma para hacer cuanto se le reclamaba.

15. Una vez en la presencia del obispo, no sufre demora ni vacila por nada; más bien, sin esperar palabra ni decirla, inmediatamente, quitándose y tirando todos sus vestidos, se los restituye al padre. Ni siquiera retiene los calzones, quedando ante todos del todo desnudo. Percatándose el obispo de su espíritu y admirado de su fervor y constancia, se levantó al momento y, acogiéndolo entre sus brazos, lo cubrió con su propio manto. Comprendió claramente que se trataba de un designio divino y que los hechos del varón de Dios que habían presenciado sus ojos encerraban un misterio. Estas son las razones por que en adelante será su protector. Y, animándolo y confortándolo, lo abrazó con entrañas de caridad.

Helo ahí ya desnudo luchando con el desnudo (25); desechado cuanto es del mundo, sólo de la divina justicia se acuerda. Se esfuerza así por menospreciar su vida, abandonando todo cuidado de sí mismo, para que en este caminar peligroso se una a su pobreza la paz y sólo la envoltura de la carne lo tenga separado, entre tanto, de la visión divina.

Capítulo VII

Cómo, asaltado por los ladrones, fue arrojado a la nieve y cómo se entregó al servicio de los leprosos

16. Cubierto de andrajos el que tiempo atrás vestía de escarlata, marchaba por el bosque cantando en lengua francesa alabanzas al Señor (26); de improviso caen sobre él unos ladrones. A la pregunta, que le dirigen con aire feroz, inquiriendo quién es, el varón de Dios, seguro de sí mismo, con voz llena les responde: «Soy el pregonero del gran Rey; ¿qué queréis?» Ellos, sin más, le propinaron una buena sacudida y lo arrojaron a un hoyo lleno de mucha nieve, diciéndole: «Descansa, rústico pregonero de Dios». Él, revolviéndose de un lado para otro, sacudiéndose la nieve -ellos se habían marchado-, de un salto se puso fuera de la hoyo, y, reventando de gozo, comenzó a proclamar a plena voz, por los bosques, las alabanzas del Creador de todas las cosas.

Así llegó, finalmente, a un monasterio (27), en el que permaneció varios días, sin más vestido que un tosco blusón, trabajando como mozo de cocina (28), ansioso de saciar el hambre siquiera con un poco de caldo. Y al no hallar un poco de compasión, y ante la imposibilidad de hacerse, al menos, con un vestido viejo, salió de aquí no movido de resentimiento, sino obligado por la necesidad, y llegó a la ciudad de Gubbio, donde un antiguo amigo (29) le dio una túnica. Como, pasado algún tiempo, se extendiese por todas partes la fama del varón de Dios y se divulgase su nombre por los pueblos, el prior del monasterio, recordando y reconociendo el trato que habían

dado al varón de Dios, se llegó a él y le suplicó, en nombre del Salvador, le perdonase a él y a los suyos.

17. Después, el santo enamorado de la perfecta humildad se fue a donde los leprosos (30); vivía con ellos y servía a todos por Dios con extremada delicadeza: lavaba sus cuerpos infectos y curaba sus úlceras purulentas, según él mismo lo refiere en el testamento: «Como estaba en pecado, me parecía muy amargo ver leprosos; pero el Señor me condujo en medio de ellos y practiqué con ellos la misericordia» (Test 1-2). En efecto, tan repugnante le había sido la visión de los leprosos, como él decía, que en sus años de vanidades, al divisar de lejos, a unas dos millas, sus casetas, se tapaba la nariz con las manos.

Mas una vez que, por gracia y virtud del Altísimo, comenzó a tener santos y provechosos pensamientos, mientras aún permanecía en el siglo, se topó cierto día con un leproso, y, superándose a sí mismo, se llegó a él y le dio un beso. Desde este momento comenzó a tenerse más y más en menos, hasta que, por la misericordia del Redentor, consiguió la total victoria sobre sí mismo.

También favorecía, aun viviendo en el siglo y siguiendo sus máximas, a otros necesitados, alargándoles, a los que nada tenían, su mano generosa, y a los afligidos, el afecto de su corazón. Pero en cierta ocasión le sucedió, contra su modo habitual de ser -porque era en extremo cortés-, que despidió de malas formas a un pobre que le pedía limosna; en seguida, arrepentido, comenzó a recriminarse dentro de sí, diciendo que negar lo que se pide a quien pide en nombre de tan gran Rey, es digno de todo vituperio y de todo deshonor. Entonces tomó la determinación de no negar, en cuanto pudiese, nada a nadie que le pidiese en nombre de Dios. Lo cumplió con toda diligencia, hasta el punto de llegar a darse él mismo todo en cualquier forma, poniendo en práctica, antes de predicarlo, el consejo evangélico que dice: *A quien te pida, dale, y a quien te pida un préstamo, no le des la espalda* (Mt 5,42).

Capítulo VIII

Cómo reparó la iglesia de San Damián y del tenor de vida de las señoras que moran en aquel lugar

18. La primera obra que emprendió el bienaventurado Francisco al sentirse libre de la mano de su padre carnal fue la construcción de una casa del Señor; pero no pretende edificar una nueva; repara la antigua, remoja la vieja. No arranca el cimiento sino que edifica sobre él, dejando siempre, sin advertirlo, tal prerrogativa para Cristo: *Nadie puede poner otro fundamento sino el que está puesto, que es Jesucristo* (1 Cor 3,11). Como hubiese retornado al lugar donde, según se ha dicho, fue construida antiguamente la iglesia de San Damián, la restauró con sumo interés en poco tiempo, ayudado de la gracia del Altísimo.

Este es el lugar bendito y santo en el que felizmente nació la gloriosa Religión y la eminentísima Orden de señoras pobres y santas vírgenes por obra del bienaventurado Francisco, unos seis años después de su conversión. Fue aquí donde la señora Clara, originaria de Asís (31), como piedra preciosísima y fortísima, se constituyó en fundamento de las restantes piedras superpuestas. Cuando, después de iniciada la Orden de los hermanos, ella, por los consejos del Santo, se convirtió al Señor, sirvió para el progreso de muchos y como ejemplo a incontables. Noble por la sangre, más noble por la gracia. Virgen en su carne, en su espíritu castísima. Joven por los años (32), madura en el alma. Firme en el propósito y ardentísima en deseos del divino amor. Adornada de sabiduría y singular en la humildad: Clara de nombre; más clara por su vida; clarísima por su virtud (33).

19. Sobre ella se levantó también el noble edificio de preciosísimas perlas, cuya alabanza no proviene de los hombres, sino de Dios, ya que ni la estrechez de nuestro entendimiento lo puede comprender ni podemos expresarlo en pocas palabras.

Antes de nada y por encima de todo, resplandece en ellas la virtud de una mutua y continua caridad, que de tal modo coaduna las voluntades de todas, que, conviviendo cuarenta o cincuenta en un lugar, el mismo querer forma en ellas, tan diversas, una sola alma.

En segundo lugar, brilla en cada una la gema de la humildad, que tan bien les guarda los dones y bienes recibidos de lo alto, que se hacen merecedoras de las demás virtudes.

En tercer lugar, el lirio de la virginidad y de la castidad en tal forma derrama su fragancia sobre todas, que, olvidadas de todo pensamiento terreno, sólo anhelan meditar en las cosas celestiales (34); y de esta fragancia nace en sus corazones tan elevado amor del esposo eterno, que la plenitud de este sagrado afecto les hace olvidar toda costumbre de la vida pasada.

En cuarto lugar, en tal grado se hallan todas investidas del título de la altísima pobreza, que apenas o nunca se avienen a satisfacer, en lo tocante a comida y vestido, lo que es de extrema necesidad.

20. En quinto lugar, han conseguido la gracia especial de la mortificación y del silencio en tal grado, que no necesitan hacerse violencia para reprimir las inclinaciones de la carne ni para refrenar su lengua; algunas de ellas han llegado a perder la costumbre de conversar, hasta el extremo de que, cuando se ven precisadas a hablar, apenas si lo pueden hacer con corrección.

En sexto lugar, en todo esto vienen tan maravillosamente adornadas de la virtud de la paciencia, que ninguna tribulación o molestia puede abatir su ánimo ni aun inmutarlo.

Finalmente, en séptimo lugar, han merecido la más alta contemplación en tal grado, que en ella aprenden cuanto deben hacer u omitir, y se saben dichas abstraídas en Dios, aplicadas noche y día a las divinas alabanzas y oraciones.

Dígnese el Dios eterno conceder, por su santa gracia, que tan santo principio concluya con un fin más santo. Por ahora será suficiente lo dicho sobre las vírgenes consagradas a Dios y sobre las devotas esclavas de Cristo, puesto que su maravillosa vida y gloriosa institución, que recibieron del señor papa Gregorio (35), a la sazón obispo ostiense, exigen una obra propia y tiempo disponible (36).

Capítulo IX

Cómo, cambiado el vestido, repara la iglesia de Santa María de la Porciúncula, y, oído el evangelio, deja todas las cosas y se confecciona el hábito para sí y sus hermanos

21. Entre tanto, el santo de Dios, cambiado su vestido exterior (37) y restaurada la iglesia ya mencionada, marchó a otro lugar próximo a la ciudad de Asís; allí puso mano a la reedificación de otra iglesia muy deteriorada y semiderruida (38); de esta forma continuó en el empeño de sus principios hasta que dio cima a todo.

De allí pasó a otro lugar llamado Porciúncula, donde existía una iglesia dedicada a la bienaventurada Virgen Madre de Dios (39), construida en tiempos lejanos y ahora abandonada, sin que nadie se cuidara de ella. Al contemplarla el varón de Dios en tal estado, movido a compasión, porque le hervía el corazón en devoción hacia la madre de toda bondad, decidió quedarse allí mismo.

Cuando acabó de reparar dicha iglesia, se encontraba ya en el tercer año de su conversión. En este período de su vida vestía un hábito como de ermitaño, sujeto con una correa; llevaba un bastón en la mano, y los pies calzados.

22. Pero cierto día se leía en esta iglesia el evangelio que narra cómo el Señor había enviado a sus discípulos a predicar; presente allí el santo de Dios, no comprendió perfectamente las palabras evangélicas; terminada la misa, pidió humildemente al sacerdote que le explicase el evangelio. Como el sacerdote le fuese explicando todo ordenadamente, al oír Francisco que los discípulos de Cristo no debían poseer ni oro, ni plata, ni dinero; ni llevar para el camino alforja, ni bolsa, ni pan, ni bastón; ni tener calzado, ni dos túnicas, sino predicar el reino de Dios y la penitencia (40), al instante, saltando de gozo, lleno del Espíritu del Señor, exclamó: «Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica».

Rebosando de alegría, se apresura inmediatamente el santo Padre a cumplir la doctrina saludable que acaba de escuchar; no admite dilación alguna en comenzar a cumplir con devoción

lo que ha oído. Al punto desata el calzado de sus pies, echa por tierra el bastón y, gozoso con una túnica, se pone una cuerda en lugar de la correa. Desde este momento se prepara una túnica en forma de cruz para expulsar todas las ilusiones diabólicas; se la prepara muy áspera, para crucificar la carne con sus vicios y pecados; se la prepara, en fin, pobrísima y burda, tal que el mundo nunca pueda ambicionarla. Todo lo demás que había escuchado se esfuerza en realizarlo con la mayor diligencia y con suma reverencia. Pues nunca fue oyente sordo del Evangelio sino que, confiando a su feliz memoria cuanto oía, procuraba cumplirlo a la letra sin tardanza (41).

Capítulo X

Predicación del Evangelio y anuncio de la paz y la conversión de los seis primeros hermanos

23. Desde entonces comenzó a predicar a todos la penitencia con gran fervor de espíritu y gozo de su alma, edificando a los oyentes con palabra sencilla y corazón generoso. Su palabra era como fuego devorador, penetrante hasta lo más hondo del alma, y suscitaba la admiración en todos. Parecía totalmente otro de lo que había sido, y, contemplando el cielo, no se dignaba mirar a la tierra. Y cosa admirable en verdad: comenzó a predicar allí donde, siendo niño, aprendió a leer y donde primeramente fue enterrado con todo honor (42). De este modo, los venturosos comienzos quedaron avalados por un final, sin comparación, más venturoso. Donde aprendió, allí enseñó, y donde comenzó, allí felizmente terminó.

En toda predicación que hacía, antes de proponer la palabra de Dios a los presentes, les deseaba la paz, diciéndoles: «El Señor os dé la paz». Anunciaba devotísimamente y siempre esta paz a hombres y mujeres, a los que encontraba y a quienes le buscaban. Debido a ello, muchos que rechazaban la paz y la salvación, con la ayuda de Dios abrazaron la paz de todo corazón y se convirtieron en hijos de la paz y en émulos de la salvación eterna (43).

24. Entre éstos, un hombre de Asís, de espíritu piadoso y humilde, fue quien primero siguió devotamente al varón de Dios. A continuación abrazó esta misión de paz y corrió gozosamente en pos del Santo, para ganarse el reino de los cielos, el hermano Bernardo. Este había hospedado con frecuencia al bienaventurado Padre; habiendo observado y comprobado su vida y costumbres, reconfortado con el aroma de su santidad, concibió el temor de Dios y alumbró el espíritu de salvación. Lo había visto que, sin apenas dormir, estaba en oración durante toda la noche, alabando al Señor y a la gloriosísima Virgen, su madre; y se admiraba y se decía: «En verdad, este hombre es de Dios».

Diose prisa, por esto, en vender todos sus bienes, y distribuyó a manos llenas su precio entre los pobres, no entre sus parientes; y, abrazando la norma del camino más perfecto, puso en práctica el consejo del santo Evangelio: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme* (Mt 19,21). Llevado a feliz término todo esto, se unió a San Francisco en su hábito y tenor de vida, y permaneció con él continuamente, hasta que, habiéndose multiplicado los hermanos, pasó con la obediencia del piadoso Padre a otras regiones (44).

Su conversión a Dios sirvió de modelo, para quienes habían de convertirse en el futuro, en cuanto a la venta de los bienes y su distribución entre los pobres. San Francisco se gozó sobremanera con la llegada y conversión de hombre tan calificado, ya que esto le demostraba que el Señor tenía cuidado de él, pues le daba un compañero necesario y un amigo fiel.

25. Inmediatamente le siguió otro ciudadano de Asís, digno de toda loa por su vida; comenzó santamente y en breve tiempo terminó más santamente (45). No mucho después siguió a éste el hermano Gil, varón sencillo y recto y temeroso de Dios, que a través de su larga vida, santa, justa y piadosamente vivida, nos dejó ejemplos de perfecta obediencia, de trabajo manual, de vida solitaria y de santa contemplación (46). A éstos se une otro. Viene luego el hermano Felipe, con el que suman ya siete; a éste el Señor tocó los labios con la piedra de la purificación (47) para que dijese de Él cosas dulces y melifluas; comprendía y comentaba las Sagradas Escrituras, sin que hubiera hecho estudios, como aquellos a quienes los príncipes de los judíos reprochaban de idiotas y sin letras (48).

Capítulo XI

Espíritu de profecía y predicciones de San Francisco

26. Día a día se iba llenando de consolación y gracia del Espíritu Santo el bienaventurado Francisco, y con la mayor vigilancia y solicitud iba formando a sus nuevos hijos con instrucciones nuevas, enseñándoles a caminar con paso seguro por la vía de la santa pobreza y de la bienaventurada simplicidad.

En cierta ocasión, admirando la misericordia del Señor en tantos beneficios como le había concedido y deseando que Dios le mostrase cómo habían de proceder en su vida él y los suyos, se retiró a un lugar de oración, según lo hacía muchísimas veces. Como permaneciese allí largo tiempo con temor y temblor ante el Señor de toda la tierra, reflexionando con amargura de alma sobre los años malgastados y repitiendo muchas veces aquellas palabras: *¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador!* (49), comenzó a derramarse poco a poco en lo íntimo de su corazón una indecible alegría e inmensa dulcedumbre. Comenzó también a sentirse fuera de sí; contenidos los sentimientos y ahuyentadas las tinieblas que se habían ido fijando en su corazón por temor al pecado, le fue infundida la certeza del perdón de todos los pecados y se le dio la confianza de que estaba en gracia. Arrobadado luego y absorto enteramente en una luz, dilatado el horizonte de su mente, contempló claramente lo que había de suceder. Cuando, por fin, desapareció aquella suavidad y aquella luz, renovado espiritualmente, parecía transformado ya en otro hombre.

27. Volvió lleno de gozo y habló así a los hermanos: «Confortaos, carísimos, y alegraos en el Señor; no os entristezcáis al veros tan pocos; ni os asuste mi simplicidad ni la vuestra, porque, como me ha mostrado en verdad el Señor, Dios nos hará crecer en gran multitud y nos propagará hasta los confines de la tierra. Para vuestro provecho, me siento forzado a manifestaros cuanto he visto; gustosamente lo callara, si la caridad no me obligara a comunicarlo. He visto una gran multitud de hombres que venían deseosos de convivir con nosotros bajo el mismo hábito de nuestra santa vida y bajo la Regla de la bienaventurada Religión (50). Resuena todavía en mis oídos la algazara de quienes iban y venían según el mandato de la santa obediencia. He visto caminos atestados de gente de toda nación que confluía en estas regiones. Vienen los franceses; aceleran el paso los españoles; corren los alemanes y los ingleses, y vuela veloz una gran multitud de otras diversas lenguas».

Al escuchar todo esto, los hermanos se llenaron de gozo saludable, sea por la gracia que el Señor Dios había concedido a su Santo, sea porque, anhelando ardientemente el bien de sus prójimos, deseaban que éstos multiplicasen a diario el número de los hermanos para ser salvos todos juntos.

28. Luego añadió el Santo: «Hermanos, para que 'fiel y devotamente' (51) demos gracias al Señor Dios nuestro de todos sus dones y para que sepáis cómo hemos de comportarnos con los hermanos de hoy y con los del futuro, oíd la verdad de los acontecimientos que sucederán. Ahora, al principio de nuestra vida, encontramos frutos dulces y suaves sobremanera para comer; poco después se nos ofrecerán otros no tan suaves y dulces; pero al final se nos darán otros tan amargos, que no los podremos comer, pues, aunque tengan una presencia hermosa y aromática, nadie los podrá gustar por su desabrimiento. Y en verdad, como os he dicho, el Señor nos hará crecer hasta ser un gran pueblo. Pero al final sucederá como al pescador que lanza sus redes al mar o en un lago y captura una gran cantidad de peces; cuando los ha colocado en su navecilla, no pudiendo con todos por la multitud, recoge los mayores y los mejores en sus canastos y los demás los tira» (cf. Mt 13,47-50).

Cuán cierto haya sido y cuán claramente se vaya cumpliendo todo esto que predijo el santo de Dios, está patente para cuantos lo miran con espíritu de verdad. He aquí cómo el espíritu de profecía reposó sobre San Francisco.

Capítulo XII

Cómo envió a sus hermanos de dos en dos y cómo poco tiempo después se reunieron nuevamente

29. Por este mismo tiempo ingresó en la Religión otro hombre de bien, llegando con él a ser ocho en número. Entonces, el bienaventurado Francisco los llamó a todos a su presencia y platicó sobre muchas cosas: del reino de Dios, del desprecio del mundo, de la negación de la propia voluntad y del dominio de la propia carne; los dividió en cuatro grupos de a dos y les dijo: «Marchad, carísimos, de dos en dos por las diversas partes de la tierra, anunciando a los hombres la paz y la penitencia para remisión de los pecados. Y permaneced pacientes en la tribulación, seguros, porque el Señor cumplirá su designio y su promesa. A los que os pregunten, responded con humildad; bendecid a los que os persigan; dad gracias a los que os injurien y calumnien (cf. 2 R 10,10-12), pues por esto se nos prepara un reino eterno».

Y ellos, inundados de gozo y alegría, se postraban en tierra ante Francisco en actitud de súplica, mientras recibían el mandato de la santa obediencia. Y Francisco los abrazaba, y con dulzura y devoción decía a cada uno: «Pon tu confianza en el Señor, que Él te sostendrá». Estas palabras las repetía siempre que mandaba a algún hermano a cumplir una obediencia.

30. Por este tiempo, los hermanos Bernardo y Gil emprendieron el camino de Santiago; San Francisco, a su vez, con otro compañero, escogió otra parte del mundo (52); los otros cuatro, de dos en dos, se dirigieron hacia las dos restantes.

Mas poco tiempo después, deseando San Francisco ver de nuevo a todos, rogaba al Señor, que reúna a los dispersos de Israel, que se dignara, en su misericordia, reunirlos prontamente. Así sucedió al poco, conforme a sus deseos: sin que nadie los llamara, se juntaron al mismo tiempo, dando gracias a Dios. Una vez congregados, celebran, repletos de gozo, ver al piadoso pastor y se maravillan de haber tenido todos el mismo deseo. Cuentan luego las bondades que el Señor misericordioso ha obrado en ellos, y, por si han sido negligentes e ingratos en alguna medida, humildemente piden corrección y penitencia a su santo Padre y la aceptan con amor (53).

Así acostumbraban hacerlo siempre que se llegaban a él, sin ocultar el más insignificante pensamiento, ni aun los primeros movimientos de su alma; y, cuando habían cumplido cuanto se les había ordenado, se consideraban siervos inútiles (1 R 11,3; 23,7). Era así como toda aquella primera escuela del bienaventurado Francisco estaba poseída del espíritu de pureza: sabían realizar obras útiles, santas y justas, pero desconocían del todo gozarse en ellas vanamente (54). El bienaventurado Padre, abrazando a sus hijos con gran caridad, comenzó a exponerles sus propósitos y les dio a conocer cuanto el Señor le había revelado.

31. En breve se incorporaron a ellos otros cuatro hombres probos e idóneos, y siguieron al santo de Dios (55). Esto provocó entre la gente muchos comentarios, y la fama del varón de Dios se extendió más y más. Ciertamente que, en aquel tiempo, San Francisco y sus hermanos recibían muy grande alegría y gozo singular cuando alguno del pueblo cristiano, quienquiera que fuese y de cualquiera condición -fiel, rico, pobre, noble, plebeyo, despreciable, estimado, prudente, simple, clérigo, iletrado, laico-, guiado por el Espíritu de Dios, venía a recibir el hábito de la santa Religión. Todo esto provocaba admiración en las personas del mundo y les servía de ejemplo, induciéndoles al camino de una vida más ajustada y a la penitencia de los pecados. Ni la condición más humilde ni la pobreza más desvalida eran obstáculo para que fuesen edificados en la obra de Dios aquellos a quienes Dios quería edificar, pues se complace con los despreciados por el mundo y con los sencillos.

Capítulo XIII

Cómo escribió por vez primera la Regla cuando tenía once hermanos y cómo se la aprobó el señor papa Inocencio y la visión del árbol

32. Viendo el bienaventurado Francisco que el Señor Dios le aumentaba de día a día el número de seguidores, escribió para sí y sus hermanos presentes y futuros, con sencillez y en pocas palabras (56), una forma de vida y regla, sirviéndose, sobre todo, de textos del santo Evangelio, cuya perfección solamente deseaba. Añadió, con todo, algunas pocas cosas más,

absolutamente necesarias para poder vivir santamente. Entonces se trasladó a Roma con todos los hermanos mencionados queriendo vivamente que el señor papa Inocencio III le confirmase lo que había escrito.

Por aquellos días se encontraba en Roma el venerable obispo de Asís, Guido, que honraba en todo a San Francisco y a sus hermanos y los veneraba con especial afecto. Al ver a San Francisco y a sus hermanos, llevó muy a mal su presencia, pues desconocía el motivo; temió que quisieran abandonar su propia región, en la cual el Señor había comenzado a obrar cosas extraordinarias por medio de sus siervos. Mucho le alegraba el tener en su diócesis hombres tan excelentes, de cuya vida y costumbres se prometía grandes cosas. Mas, oído el motivo y enterado del propósito de su viaje, se gozó grandemente en el Señor, empeñando su palabra de ayudarles con sus consejos y recursos.

San Francisco se presentó también al reverendo señor obispo de Sabina, Juan de San Pablo, que figuraba entre los príncipes y personas destacadas de la curia romana como despreciador de las cosas terrenas y amorador de las celestiales. Le recibió benigna y caritativamente (57) y apreció sobremanera su deseo y resolución.

33. Mas, como era hombre prudente y discreto, le interrogó sobre muchas cosas, y le aconsejó que se orientara hacia la vida monástica o eremítica (58). Pero San Francisco rehusaba humildemente, como mejor podía, tal propuesta; no por desprecio de lo que le sugería, sino porque, guiado por aspiraciones más altas, buscaba piadosamente otro género de vida. Admirado el obispo de su fervor y temiendo decayese de tan elevado propósito, le mostraba caminos más sencillos. Finalmente, vencido por su constancia, asintió a sus ruegos y se ocupó con el mayor empeño, ante el papa, en promover esta causa.

Presidía a la sazón la Iglesia de Dios el papa Inocencio III, pontífice glorioso, riquísimo en doctrina, brillante por su elocuencia, ferviente por el celo de la justicia en lo tocante al culto de la fe cristiana. Conocido el deseo de estos hombres de Dios, previa madura reflexión, dio su asentimiento a la petición, y así lo demostró con los hechos. Y, después de exhortarles y aconsejarles sobre muchas cosas, bendijo a San Francisco y a sus hermanos, y les dijo: «Id con el Señor, hermanos, y, según Él se digne inspiraros, predicad a todos la penitencia. Cuando el Señor omnipotente os multiplique en número y en gracia, me lo contaréis llenos de alegría, y yo os concederé más favores y con más seguridad os confiaré asuntos de más transcendencia» (59).

En verdad que el Señor estaba con San Francisco doquiera fuese, recreándolo con revelaciones y animándolo con sus favores. Una noche durante el sueño le pareció recorrer un camino; a su vera había un árbol majestuoso; un árbol hermoso y fuerte, corpulento y muy alto; se acercó a él, y, mientras a su sombra admiraba la belleza y la altura del árbol, fue súbitamente elevado tan alto, que tocaba su cima, y, agarrándolo, lo inclinaba hasta el suelo.

Es lo que efectivamente sucedió cuando el señor Inocencio, árbol el más excelso y sublime del mundo (60), se inclinó con la mayor benevolencia a su petición y voluntad.

Capítulo XIV

Retornan de la ciudad de Roma al valle de Espoleto y permanecen en el camino

34. San Francisco con sus hermanos, pletóricos de gozo por los dones y beneficios de tan gran padre y señor, dio gracias a Dios omnipotente, que ensalza a los humildes y hace prosperar a los afligidos. Inmediatamente fue a visitar el sepulcro del bienaventurado Pedro, y, terminada la oración, salió de Roma con sus compañeros, tomando el camino que lleva al valle de Espoleto. Durante el camino iban platicando entre sí sobre los muchos y admirables dones que el clementísimo Dios les había concedido: cómo el vicario de Cristo, señor y padre de toda la cristiandad, les había recibido con la mayor amabilidad; de qué forma podrían llevar a la práctica sus recomendaciones y mandatos; cómo podrían observar con sinceridad la Regla que habían recibido y guardarla indefectiblemente; de qué manera se conducirían santa y religiosamente en la presencia del Altísimo; en fin, cómo su vida y costumbres, creciendo en santas virtudes, servirían de ejemplo a sus prójimos. Y mientras los nuevos discípulos de Cristo iban así conversando ampliamente sobre estos temas en aquella escuela de humildad, avanzaba el día y pasaban las

horas. Llegaron a un lugar solitario; estaban muy cansados por la fatiga del viaje; tenían hambre, y no podían hallar alimento alguno, porque aquel lugar estaba muy alejado de todo poblado. Pero al punto, por divina providencia, les salió al encuentro un hombre que traía en sus manos un pan; se lo dio y se fue. Ellos, que no lo conocían, quedaron profundamente maravillados, y mutuamente se exhortaban con devoción a confiar más y más en la divina misericordia.

Tomado el alimento y ya confortados, llegaron a un lugar próximo a la ciudad de Orte, y allí permanecieron unos quince días. Algunos de ellos entraban en la ciudad en busca de lo necesario para la subsistencia, y lo poco que podían conseguir de puerta en puerta lo llevaban a los otros hermanos y lo comían en común, con acción de gracias y gozo del corazón. Si algo les sobraba, porque no encontraban a quién dárselo, lo depositaban en un sepulcro, que tiempo atrás había contenido cuerpos de difuntos, para comérselo más tarde. Aquel lugar estaba desierto y abandonado, y pocos, por no decir ninguno, se acercaban allí.

35. Grande era su alegría cuando no veían ni tenían nada que vana y carnalmente pudiera excitarles a deleite (61). Comenzaron a familiarizarse con la santa pobreza (62); y, sintiéndose llenos de consolación en medio de la carencia total de las cosas del mundo, determinaron vivir perpetuamente y en todo lugar unidos a ella, como lo estaban al presente. Ya que, depuesto todo cuidado de las cosas terrenas, les deleitaba sólo la divina consolación, establecieron -y se confirmaron en ello- no apartarse nunca de sus abrazos por muchas que fueran las tribulaciones que los agitasen y muchas las tentaciones que los importunaran.

Y aunque la belleza del lugar, que suele ejercer no pequeño influjo en la relajación del vigor del alma, no había cautivado su afecto, a fin de que ni siquiera una permanencia excesivamente prolongada pudiera suscitar en ellos apariencia de propiedad, abandonaron el lugar (63), y, siguiendo al Padre feliz, entraron en el valle de Espoleto.

Verdaderos amantes de la justicia, trataban también de si debían convivir con los hombres o retirarse a lugares solitarios. Mas San Francisco, que no confiaba en sí mismo y se prevenía para todos los asuntos con la santa oración, escogió no vivir para sí solo, sino para Aquel que murió por todos, pues se sabía enviado a ganar para Dios las almas que el diablo se esforzaba en arrebatárselas (64).

Capítulo XV

Fama del bienaventurado Francisco y conversión de muchos a Dios. Cómo la Orden se llamó de los Hermanos Menores y cómo educaba a los que ingresaban en la Religión

36. El muy valeroso caballero de Cristo Francisco recorría ciudades y castillos anunciando el reino de Dios, predicando la paz y enseñando la salvación y la penitencia para la remisión de los pecados; no con persuasivos discursos de humana sabiduría, sino con la doctrina y poder del espíritu. En todo actuaba con gran seguridad por la autoridad apostólica que había recibido, evitando adulaciones y vanas lisonjas. No sabía halagar las faltas de algunos y las fustigaba; lejos de alentar la vida de los que vivían en pecado, la castigaba con ásperas reprensiones, ya que antes se había convencido a sí mismo viviendo lo que recomendaba con las palabras; no temiendo que le corrigieran, proclamaba la verdad con tal aplomo que hasta hombres doctísimos, ilustres por su fama y dignidad, quedaban admirados de sus sermones, y en su presencia se sentían sobrecogidos de un saludable temor. Corrían a él hombres y mujeres; los clérigos y los religiosos acudían presurosos para ver y oír al santo de Dios, que a todos parecía hombre del otro mundo (65). Gentes de toda edad y sexo dábanse prisa para contemplar las maravillas que el Señor renovaba en el mundo por medio de su siervo. Parecía en verdad que en aquel tiempo, por la presencia de San Francisco y su fama, había descendido del cielo a la tierra una luz nueva que disipaba aquella oscuridad tenebrosa que había invadido casi la región entera, de suerte que apenas había quien supiera hacia dónde tenía que caminar. Tan profundo era el olvido de Dios y tanto había cundido en casi todos el abandono indolente de sus mandatos, que era poco menos que imposible sacudirlos de algún modo de sus viejos e inveterados vicios.

37. Brillaba como fúlgida estrella en la oscuridad de la noche, y como la aurora en las tinieblas; y en breve cambió el aspecto de aquella región; superada la antigua fealdad, se mostró con rostro más alegre. Desapareció la primitiva aridez y al punto brotó la mies en aquel campo escuálido;

también la viña inculta dejó brotar el germen del buen olor de Dios, y, rompiendo en suavísimas flores, dio frutos de bien y de honestidad.

Por todas partes resonaban himnos de gratitud y de alabanza; tanto que muchos, dejando los cuidados de las cosas del mundo, encontraron, en la vida y en la enseñanza del beatísimo padre Francisco, conocimiento de sí mismos y aliento para amar y venerar al Creador. Mucha gente del pueblo, nobles y plebeyos, clérigos y legos, tocados de divina inspiración, se llegaron a San Francisco, deseosos de militar siempre bajo su dirección y magisterio. Cual río caudaloso de gracia celestial, empapaba el santo de Dios a todos ellos con el agua de sus carismas y adornaba con flores de virtudes el jardín de sus corazones. ¡Magnífico operario aquél! Con sólo que se proclame su forma de vida, su regla y doctrina, contribuye a que la Iglesia de Cristo se renueve en los fieles de uno y otro sexo y triunfe la triple milicia de los que se han de salvar (66). A todos daba una norma de vida y señalaba con acierto el camino de salvación según el estado de cada uno.

38. Es particularmente conocido lo que se refiere a la Orden que abrazó y en la que se mantuvo con amor y por profesión. Fue él efectivamente quien fundó la Orden de los Hermanos Menores y quien le impuso ese nombre en las circunstancias que a continuación se refieren: se decía en la Regla: «Y sean menores» (cf. 2 Cel 18.71.148); al escuchar esas palabras, en aquel preciso momento exclamó: «Quiero que esta fraternidad se llame Orden de Hermanos Menores».

Y, en verdad, menores quienes, sometidos a todos (cf. Test 19), buscaban siempre el último puesto y trataban de emplearse en oficios que llevaran alguna apariencia de deshonra, a fin de merecer, fundamentados así en la verdadera humildad, que en ellos se levantara en orden perfecto el edificio espiritual de todas las virtudes.

De hecho, sobre el fundamento de la constancia se erigió la noble construcción de la caridad, en que las piedras vivas, reunidas de todas las partes del mundo, formaron el templo del Espíritu Santo. ¡En qué fuego tan grande ardían los nuevos discípulos de Cristo! ¡Qué inmenso amor el que ellos tenían al piadoso grupo! Cuando se hallaban juntos en algún lugar o cuando, como sucede, topaban unos con otros de camino, allí era de ver el amor espiritual que brotaba entre ellos y cómo difundían un afecto verdadero, superior a todo otro amor. Amor que se manifestaba en los castos abrazos, en tiernos afectos, en el ósculo santo, en la conversación agradable, en la risa modesta, en el rostro festivo, en el ojo sencillo, en la actitud humilde, en la lengua benigna, en la respuesta serena; eran concordes en el ideal, diligentes en el servicio, infatigables en las obras.

39. Al despreciar todo lo terreno y al no amarse a sí mismos con amor egoísta, centraban todo el afecto en la comunidad y se esforzaban en darse a sí mismos para subvenir a las necesidades de los hermanos. Deseaban reunirse, y reunidos se sentían felices; en cambio, era penosa la ausencia; la separación, amarga, y dolorosa la partida.

Pero nada osaban anteponer a los preceptos de la santa obediencia aquellos obedientísimos caballeros que, antes de que se hubiera concluido la palabra de la obediencia, estaban ya prontos para cumplir lo ordenado. No sabían hacer distintivos en los preceptos; más bien, evitando toda resistencia, se ponían, como con prisas, a cumplir lo mandado.

Eran «seguidores de la altísima pobreza» (cf. 2 R 5,4), pues nada poseían ni amaban nada; por esta razón, nada temían perder. Estaban contentos con una túnica sola, remendada a veces por dentro y por fuera (67); no buscaban en ella elegancia, sino que, despreciando toda gala, ostentaban vileza, para dar así a entender que estaban completamente crucificados para el mundo. Ceñidos con una cuerda, llevaban calzones de burdo paño; y estaban resueltos a continuar en la fidelidad a todo esto y a no tener otra cosa.

En todas partes se sentían seguros, sin temor que los inquietase ni afán que los distrajese; despreocupados aguardaban al día siguiente; y cuando con ocasión de los viajes, se encontraban frecuentemente en situaciones incómodas, no se angustiaban pensando dónde habían de pasar la noche. Pues cuando, en medio de los fríos más crudos, carecían muchas veces del necesario albergue, se recogían en un horno (68) o humildemente se guarecían de noche en grutas o cuevas.

Durante el día iban a las casas de los leprosos o a otros lugares decorosos y quienes sabían hacerlo trabajaban manualmente (69), sirviendo a todos humilde y devotamente. Rehusaban cualquier oficio del que pudiera originarse escándalo (70); más bien, ocupados siempre en obras

santas y justas, honestos y útiles, estimulaban a la paciencia y humildad a cuantos trataban con ellos.

40. De tal modo estaban revestidos de la virtud de la paciencia, que más querían morar donde sufriesen persecución en su carne que allí donde, conocida y alabada su virtud, pudieran ser aliviados por las atenciones de la gente. Y así, muchas veces padecían afrentas y oprobios, fueron desnudados, azotados, maniatados y encarcelados, sin que buscasen la protección de nadie; y tan virilmente lo sobrellevaban, que de su boca no salían sino cánticos de alabanza y gratitud.

Rarísima vez, por no decir nunca, cesaban en las alabanzas a Dios y en la oración. Se examinaban constantemente, repasando cuanto habían hecho, y daban gracias a Dios por el bien obrado, y reparaban con gemidos y lágrimas las negligencias y ligerezas. Se creían abandonados de Dios si no gustaban de continuo la acostumbrada piedad en el espíritu de devoción. Cuando querían darse a la oración, recurrían a ciertos medios que se habían ingeniado: unos se apoyaban en cuerdas suspendidas, para que el sueño no turbara la oración; otros se ceñían con instrumentos de hierro; algunos, en fin, se ponían piezas mortificantes de madera (71).

Si alguna vez, por excederse en el comer o beber, quedaba conturbada, como suele, la sobriedad, o si, por el cansancio del viaje, se habían sobrepasado, aunque fuera poco, de lo estrictamente necesario, se castigaban duramente con muchos días de abstinencia. En fin, tal era el rigor en reprimir los incentivos de la carne, que no temían arrojarse desnudos sobre el hielo, ni revolcarse sobre zarzas hasta quedar tintos en sangre (72).

41. Tan animosamente despreciaban lo terreno, que apenas consentían en aceptar lo necesario para la vida, y, habituados a negarse toda comodidad, no se asustaban ante las más ásperas privaciones.

En medio de esta vida ejercitaban la paz y la mansedumbre con todos; intachables y pacíficos en su comportamiento, evitaban con exquisita diligencia todo escándalo. Apenas si hablaban cuando era necesario, y de su boca nunca salía palabra chocarrera ni ociosa, para que en su vida y en sus relaciones no pudiera encontrarse nada que fuera indecente o inhonesto.

Eran disciplinados en todo su proceder; su andar era modesto; los sentidos los traían tan mortificados, que no se permitían ni oír ni ver sino lo que se proponían de intento. Llevaban sus ojos fijos en la tierra y tenían la mente clavada en el cielo. No cabía en ellos envidia alguna, ni malicia, ni rencor, ni murmuración, ni sospecha, ni amargura; reinaba una gran concordia y paz continua; la acción de gracias y cantos de alabanza eran su ocupación.

Estas son las enseñanzas del piadoso Padre, con las que formaba a los nuevos hijos, no tanto de palabra y con la lengua cuanto de obra y de verdad.

Capítulo XVI

Su morada en Rivo Torto y observancia de la pobreza

42. Recogíase el bienaventurado Francisco con los suyos en un lugar, próximo a la ciudad de Asís, que se llamaba Rivo Torto (73). Había allí una choza abandonada; en ella vivían los más valerosos despreciadores de las grandes y lujosas viviendas y a su resguardo se defendían de los aguaceros. Pues, como decía el Santo, «más presto se sube al cielo desde una choza que desde un palacio» (74). Todos los hijos y hermanos vivían en aquel lugar con su Padre, padeciendo mucho y careciendo de todo; privados muchísimas veces del alivio de un bocado de pan, contentos con los nabos que mendigaban trabajosamente de una parte a otra por la llanura de Asís. Aquel lugar era tan exageradamente reducido, que malamente podían sentarse ni descansar. Con todo, no se oía, por este motivo, murmuración o queja alguna; antes bien, con ánimo sereno y espíritu gozoso, conservaban la paciencia.

San Francisco practicaba con el mayor esmero todos los días, mejor, continuamente, el examen de sí mismo y de los suyos; no permitiendo en ellos nada que fuera peligroso, alejaba de sus corazones toda negligencia. Riguroso en la disciplina, para defenderse a sí mismo mantenía una vigilancia estricta. Si alguna vez la tentación de la carne le excitaba, cosa natural, arrojábase

en invierno a un pozo lleno de agua helada y permanecía en él hasta que todo incentivo carnal hubiera desaparecido (cf. nota 72). Ni que decir tiene que ejemplo de tan extraordinaria penitencia era seguido con inusitado fervor por los demás.

43. Les enseñaba no tan sólo a mortificar los vicios y reprimir los estímulos de la carne, sino también los sentidos externos, por los cuales se introduce la muerte en el alma. Acaeció que por aquellos días y por aquellos lugares pasó el emperador Otón, con mucho séquito y gran pompa, a recibir la corona del imperio terreno (75); el santísimo Padre y sus compañeros estaban en la aludida choza, junto al camino por donde pasaba; ni salió él a verlo ni permitió que saliera sino aquel que valientemente le había de anunciar lo efímero de aquella gloria (76).

El glorioso Santo preparaba en su interior una morada digna de Dios, viviendo dentro de sí y moviéndose en los amplios espacios de su corazón; el barullo exterior no era capaz de cautivar sus oídos, ni voz alguna podía hacerle abandonar ni siquiera interrumpir el gran negocio que traía entre manos. Estaba investido de la autoridad apostólica, y por eso se resistía en absoluto a adular a reyes y príncipes.

44. Vivía en el continuo ejercicio de la santa simplicidad y no dejaba que lo angosto del lugar estrechara la holgura de su corazón. Por esto escribía el nombre de los hermanos en los maderos de la choza para que, al querer orar o descansar, reconociera cada uno su puesto y lo reducido del lugar no turbase el recogimiento del espíritu.

Cuando moraban en aquel lugar, un día un hombre con su borrico llegó a la choza que habitaban el varón de Dios y sus compañeros; para impedir que le echaran, invitaba al borrico a entrar, diciendo: «Adelante, que así mejoraremos este lugar». Al oírlo Francisco, y percatándose de la intención, lo llevó muy a mal; se pensaba aquel hombre que los hermanos querían afincarse allí y añadir nuevas chozas a la existente. Y, sin más, San Francisco salió de aquel lugar, abandonó aquel chamizo a causa de las palabras del aldeano, y se trasladó a otro sitio, no lejos de allí, que se llama Porciúncula, donde, como queda dicho (77), había reparado, tiempo atrás, la iglesia de Santa María. No quería tener propiedad para poder poseer todo con plenitud en el Señor.

Capítulo XVII

Cómo el bienaventurado Francisco enseñó a orar a sus hermanos y la obediencia y pureza de éstos (78)

45. Por aquellos días, los hermanos le rogaron que les enseñase a orar, pues, caminando en simplicidad de espíritu, no conocían todavía el oficio eclesiástico (79). Él les respondió: «Cuando oréis, decid: "Padre nuestro" (80) y "Te adoramos, ¡oh Cristo!, en todas tus iglesias que hay en el mundo entero y te bendecimos, pues por tu santa cruz redimiste al mundo" (Test 5)». Los hermanos, discípulos de tan piadoso maestro, se cuidaban de observar esto con suma diligencia, puesto que ponían el máximo empeño en cumplir no sólo aquello que el bienaventurado padre Francisco les decía aconsejándoles fraternamente o mandándoles paternalmente, sino también -si de alguna manera podían adivinarlo- lo que pensaba o estaba cavilando. El mismo bienaventurado Padre solía decirles que es tan verdadera obediencia la que ha sido proferida o expresada como la que no ha sido más que pensada; igual cuando es mandamiento como cuando es deseo; es decir: «Un hermano súbdito debe someterse inmediatamente todo él a la obediencia y hacer lo que por cualquier indicio ha comprendido que quiere el hermano prelado; no solamente cuando ha escuchado la voz de éste, sino incluso cuando ha conocido su deseo».

Y así, dondequiera que hubiese una iglesia que, aun no cogiéndoles de paso, pudieran siquiera divisarla de lejos, se volvían hacia ella y, postrados en tierra, decían: «Adorámoste, Cristo, en todas las iglesias», según les había enseñado el Padre santo. Y lo que no es menos digno de admirar: hacían esto mismo siempre que veían una cruz o un signo de la cruz, fuese en la tierra, en una pared, en los árboles o en las cercas de los caminos.

46. En tal medida estaban repletos de santa simplicidad, tal era su inocencia de vida y pureza de corazón, que no sabían lo que era doblez; pues, como era una la fe, así era uno el espíritu, una la voluntad, una la caridad; siempre en coherencia de espíritus, en identidad de costumbres;

iguales en el cultivo de la virtud; había conformidad en las mentes y coincidencia en la piedad de las acciones.

Confesaban con frecuencia sus pecados a un sacerdote secular de muy mala fama, y bien ganada, y digno del desprecio de todos por la enormidad de sus culpas; habiendo llegado a conocer su maldad por el testimonio de muchos, no quisieron dar crédito a lo que oían, ni dejar por ello de confesarle sus pecados como solían, ni de prestarle la debida reverencia (cf. Test 6-9).

Y como cierto día este u otro sacerdote dijera a uno de los hermanos: «Mira, hermano, no seas hipócrita», aquel hermano, sin más, apoyado en la palabra del sacerdote, creyó ser efectivamente un hipócrita. Y, afectado de un profundo dolor, se lamentaba día y noche. Al preguntarle los hermanos por la causa de tanta tristeza y de tan desacostumbrada aflicción, les respondió: «Un sacerdote me ha dicho esto, y me apena tanto, que con dificultad consigo pensar en otra cosa». Consolábanle los hermanos y le animaban a no tomarlo tan en serio, pero él les respondía: «¿Qué estáis diciendo, hermanos? Es un sacerdote quien me lo ha dicho; ¿acaso puede mentir un sacerdote? Pues como un sacerdote no miente, se impone que creamos ser verdadero lo que ha dicho». Así continuó tiempo y tiempo en esta simplicidad, hasta que el beatísimo Padre le tranquilizó con sus palabras, explicándole el dicho del sacerdote y excusando sagazmente la intención de éste.

Difícilmente podía haber turbación interior tan grande en un hermano que, como un nublado, no se disipara ante la palabra ardiente del Padre y que no diera paso a la serenidad.

Capítulo XVIII

El carro de fuego y el conocimiento de los ausentes que el bienaventurado Francisco tenía

47. Caminando los hermanos en simplicidad ante Dios y con confianza ante los hombres, merecieron por aquel tiempo el gozo de la divina revelación. Mientras, inflamados del fuego del Espíritu Santo, cantaban el *Pater noster* con voz suplicante, en melodía espiritual, no sólo en las horas establecidas, sino en todo tiempo, ya que ni la solicitud terrena ni el enojoso cuidado de las cosas les preocupaba, una noche el beatísimo padre Francisco se ausentó corporalmente de su presencia. Y he aquí que a eso de la media noche, estando unos hermanos descansando y otros orando fervorosamente en silencio, entró por la puertecilla de la casa un carro de fuego deslumbrador que dio dos o tres vueltas por la habitación; sobre él había un gran globo, que, semejándose al sol, hizo resplandeciente la noche. Quedaron atónitos cuantos estaban en vela y se sobresaltaron los que dormían; sintiéronse iluminados no menos en el corazón que en el cuerpo. Reunidos todos, se preguntaban qué podría significar aquello; mas por la fuerza y gracia de tanta claridad quedaban patentes las conciencias de los unos para los otros.

Comprendieron finalmente y descubrieron que era el alma del santo Padre, radiante con aquel inmenso fulgor, la cual, en gracia, sobre todo, a su pureza y a su gran piedad con sus hijos, había merecido del Señor don tan singular.

48. En verdad que muchas veces habían comprobado y experimentado con señales manifiestas que los secretos del corazón no se le ocultaban al altísimo Padre. ¡Cuántas veces, sin que nadie se lo contase, sólo por revelación del Espíritu Santo, conoció las acciones de los hermanos ausentes, descubrió los secretos del corazón y sondeó las conciencias! ¡Y a cuántos amonestó en sueños, mandándoles lo que debían hacer y prohibiéndoles lo que debían evitar! ¡Cuántos fueron los que externamente parecían buenos y cuyas malas obras futuras predijo! Como, asimismo, presintiendo el término de las maldades de muchos, anunció que recibirían la gracia de la salvación. Más aún: si alguno poseía el espíritu de pureza y simplicidad (81), disfrutó de la consolación singular de contemplarlo de un modo que a otros no les era dado. Referiré, entre otros hechos, uno que conocí por testigos fidedignos. El hermano Juan de Florencia, nombrado por San Francisco ministro de los hermanos en la Provincia, celebraba capítulo con ellos en dicha provincia (82); el Señor Dios, con su piedad acostumbrada, le abrió la boca para la predicación e hizo a todos los hermanos atentos y benévulos para escuchar. Había entre éstos uno, sacerdote, ilustre por su fama y más por su vida, llamado Monaldo, cuya virtud estaba fundada en la humildad, alimentada por frecuente oración y defendida por el escudo de la

paciencia. También estaba presente en aquel capítulo el hermano Antonio (83), a quien el Señor abrió la inteligencia para que entendiese las Escrituras y hablara de Jesús en todo el mundo palabras más dulces que la miel y el panal. Predicando él a los hermanos con todo fervor y devoción sobre las palabras «Jesús Nazareno, Rey de los judíos», el mencionado Monaldo miró hacia la puerta de la casa en la que estaban reunidos, y vio con los ojos del cuerpo al bienaventurado Francisco, elevado en el aire, con las manos extendidas en forma de cruz y bendiciendo a los hermanos. Parecían todos llenos de la consolación del Espíritu Santo, y, por el gozo de la salvación que experimentaron, creyeron muy digno de fe cuanto oyeron sobre la visión y presencia del gloriosísimo Padre.

49. En muchas ocasiones conoció lo recóndito de los corazones. Son abundantes los testimonios y frecuentes los casos. Me ceñiré sólo a uno del que no queda lugar a dudas.

Un hermano llamado Ricerio, noble por su linaje y mucho más por sus costumbres, amante de Dios y despreciador de sí mismo y que se conducía en todo con espíritu de piedad y total entrega para ganarse y poseer plenamente la benevolencia del santo Padre, tenía gran temor de que San Francisco le aborreciera internamente, y quedase así excluido de la gracia de su amor. Pensaba este hermano -muy timorato- que quien era amado de San Francisco con íntimo amor, había de merecer también el divino favor; y, por el contrario, quien no lo hallase benévolo y propicio, incurriría en la ira del supremo juez. Pensaba estas cosas en su interior, y frecuentemente se las repetía a sí mismo en el secreto de su corazón, sin que manifestara a nadie sus razonamientos.

50. Mas como cierto día estuviese el bienaventurado Padre orando en la celdilla y se acercase allí el hermano turbado por su idea fija, conoció el santo de Dios su llegada y lo que revolvía en la mente. Al instante lo hizo llamar y le animó: «Hijo, no te turbe ninguna tentación, ni pensamiento alguno te atormente, porque tú me eres muy querido, y has de saber que, entre los que estimo particularmente, eres digno de mi afecto y familiaridad. Llégate a mí confiado cuando gustes y háblame apoyado en la familiaridad que nos une» (84). Quedó el hermano extraordinariamente maravillado, y a partir de este momento fue mayor su veneración; cuanto creció en favor ante el santo Padre, tanto más confiadamente se abandonó a la misericordia de Dios.

¡Cuán doloroso debe resultar, Padre santo, sufrir tu ausencia a quienes no esperan encontrar de nuevo en la tierra otro semejante a ti! Ayúdanos, te lo suplicamos, con tu intercesión a los que nos ves cubiertos de la funesta mancha del pecado. Cuando estabas ya repleto del espíritu de todos los justos, previendo lo futuro y contemplando lo presente, aparecías siempre envuelto en la simplicidad para huir de toda ostentación.

Pero volvamos atrás para continuar el curso de la historia.

Capítulo XIX

Solicitud por sus hermanos y desprecio de sí mismo y humildad verdadera

51. El beatísimo varón Francisco volvió corporalmente a sus hermanos, de los que, según queda dicho, jamás se alejaba en espíritu. Llevado siempre de santa curiosidad por los súbditos, informábase de las acciones de todos mediante diligente y minucioso examen, no dejando nada sin castigo, si algo aparecía menos perfecto. Fijaba la atención, ante todo, en las faltas espirituales; luego juzgaba las faltas externas, y, por último, trataba del modo de evitar las ocasiones que franquean la entrada al pecado.

Custodiaba, con todo interés y con la mayor solicitud, la santa y señora pobreza (85); para que no se llegase a tener cosas superfluas, ni permitía siquiera que hubiera en casa un vaso, siempre que se pudiera pasar sin él sin caer en extrema necesidad. Solía decir que era imposible satisfacer la necesidad sin condescender con el placer (cf. LM 5,1). Muy rara vez consentía en comer viandas cocidas, y, cuando las admitía, las componía muchas veces con ceniza o las volvía insípidas a base de agua fría. ¡Cuántas veces, mientras andaba por el mundo predicando el Evangelio de Dios, invitado a la mesa por grandes príncipes que le veneraban con afecto entrañable, gustaba apenas un poco de carne, por observar el santo Evangelio (86), y todo lo demás, que simulaba comer, lo guardaba en el seno, llevándose la mano a la boca para que nadie

reparase lo que hacía! Y ¿qué diré del uso del vino, cuando ni bebía el agua suficiente aun en los casos en que se veía atormentado por la sed?

52. Dondequiera que se hospedase, no permitía que su lecho fuera cubierto de ropas, sino que sobre la desnuda tierra extendía la túnica, que recibía sus desnudos miembros. Cuando concedía al débil cuerpo el favor del sueño, dormía muchas veces sentado, y, citando se tendía, lo hacía en la forma indicada, poniendo de cabezal un leño o una piedra (87).

Si, como ocurre, sentía despertársele el apetito de comer alguna cosa, difícilmente se avenía a satisfacerlo. Sucedió en cierta ocasión que, estando enfermo, comió un poco de carne de pollo; recobradas las fuerzas del cuerpo, entró en la ciudad de Asís. Al llegar a la puerta, mandó a un hermano que le acompañaba que, echándole una cuerda al cuello, lo llevase como a ladrón por toda la ciudad, proclamando en tono de pregonero: «Aquí lo tenéis; mirad a este glotón, que está bien cebado de carne de gallina sin que vosotros lo supierais». Ante semejante espectáculo, corría la gente y decían entre lágrimas y suspiros: «¡Pobres de nosotros, que pasamos toda la vida manchados con sangre y alimentamos nuestros corazones y cuerpos con lujurias y borracheras!» Así, compungidos de corazón ante ejemplo tan singular, se sentían arrastrados a mejorar su vida.

53. Casos como éste los repetía con frecuencia, ya para despreciarse a la perfección a sí mismo, ya también para estimular a los demás a apetecer los honores que no se acaban. Se miraba a sí mismo como objeto de desecho; libre de todo temor, de toda solicitud por su cuerpo, lo exponía a toda clase de afrentas para que su amor no le hiciera desear cosa temporal. Maestro consumado en el desprecio de sí mismo, a todos lo enseñaba con la palabra (88) y con el ejemplo. Celebrado por todos y por todos ensalzado, sólo para él era un ser vilísimo (cf. Adm 12 y 18), sólo él se consideraba con todo ardor objeto de menosprecio. Con frecuencia se veía honrado de todos, y por ello se sentía tan profundamente herido, que, rehusado todo halago humano, se hacía insultar por alguien. Llamaba a un hermano y le decía: «Te mando por obediencia que me injuries sin compasión y me digas la verdad, contra la falsedad de éstos». Y mientras el hermano, muy a pesar suyo, le llamaba villano, mercenario, sin substancia, él, entre sonrisas y aplausos, respondía: «El Señor te bendiga, porque dices la verdad; esto es lo que necesita oír el hijo de Pedro Bernardone». De este modo traía a su memoria el origen humilde de su cuna.

54. Con objeto de probar que en verdad era digno de desprecio y de dar a los demás ejemplo de auténtica confesión, no tenía reparo en manifestar ante todo el público, durante la predicación, la falta que hubiera cometido. Más aún: si le asaltaba, tal vez, algún mal pensar sobre otro o sin reflexionar le dirigía una palabra menos correcta, al punto confesaba su culpa con toda humildad al mismo de quien había pensado o hablado y le pedía perdón (cf. Adm 22). La conciencia, testigo de toda inocencia, no le dejaba reposar, vigilándose con toda solicitud en tanto la llaga del alma no quedase enteramente curada. No le agradaba que nadie se apercibiera de sus progresos en todo género de empresas; sorteaba por todos los medios la admiración, para no incurrir en vanidad.

¡Pobres de nosotros! Te hemos perdido, digno Padre, ejemplar de toda bondad y de toda humildad; te hemos perdido por justa condena, pues, teniéndote con nosotros, no nos empeñamos en conocerte.

Capítulo XX

Cómo, llevado del deseo del martirio, se dirige primero a España y luego a Siria.

Cómo, por su mediación, Dios, multiplicando los alimentos, salvó la vida de los navegantes

55. Inflamado en divino amor, el beatísimo padre Francisco pensaba siempre en acometer empresas mayores. Mantenía vivo el deseo de alcanzar la cima de la perfección, caminando con un corazón anchuroso por la vía de los mandamientos de Dios. El año sexto de su conversión (89), ardiendo en vehementes deseos de sagrado martirio, quiso pasar a Siria para predicar la fe cristiana y la penitencia a los sarracenos y demás infieles. Para conseguirlo se embarcó en una nave; pero, a causa de los vientos contrarios, se encontró, con los demás navegantes, en las

costas de Eslavonia (90). Viéndose defraudado en tan vivo deseo, poco después rogó a unos marineros que se dirigían a Ancona lo admitiesen en su compañía, pues aquel año apenas había nave que zarpara para Siria. Mas como ellos se negasen rotundamente a tal petición dada la insuficiencia de víveres, el santo de Dios, confiando plenamente en la bondad del Señor, se metió a escondidas en la nave con su compañero. Se presentó entonces, por divina providencia, uno que, sin que nadie lo supiera, traía alimentos; llamó a un marinero temeroso de Dios y le dijo: «Toma todo esto y, cuando surja la necesidad, entrégalo fielmente a los pobres que están ocultos en la nave». Sucedió, pues, que se levantó de improviso una furiosa tempestad, y, habiéndose prolongado los días de navegación, los marineros consumieron los víveres, y no quedaron más alimentos que los que tenía el pobre Francisco. Estos, por gracia y virtud divina, se multiplicaron de tal forma, que, aunque se dilató la travesía, cubrieron con abundancia las necesidades de todos hasta que llegaron al puerto de Ancona. Viéndose los marineros a salvo de los peligros del mar gracias al siervo de Dios Francisco, lo agradecieron al omnipotente Dios, que siempre se muestra admirable y amable con sus siervos.

56. El siervo del Dios excelso, Francisco, dejó el mar y se puso a recorrer la tierra y a trabajar con la reja de la palabra, sembrando la semilla de vida que da frutos de bendición. Al punto, muchísimos hombres buenos e idóneos, clérigos y laicos, huyendo del mundo y rompiendo virilmente con el diablo, por gracia y voluntad del Altísimo, le siguieron devotamente en su vida e ideales. Mas si bien el sarmiento evangélico producía abundancia de frutos sabrosísimos, no por esto se enfrió su excelente propósito y ardiente deseo del martirio. Poco después se dirigió hacia Marruecos a predicar el Evangelio al Miramamolín y sus correligionarios (91). Tal era la vehemencia del deseo que le movía, que a veces dejaba atrás a su compañero de viaje y no cejaba, ebrio de espíritu, hasta dar cumplimiento a su anhelo. Pero loado sea el buen Dios, que tuvo a bien, por su sola benignidad, acordarse de mí (92) y de otros muchos: y es que, una vez que entró en España, se enfrentó con él, y, para evitar que continuara adelante, le mandó una enfermedad que le hizo retroceder en su camino.

57. Volvióse a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, y al poco tiempo se le unieron, muy gozosos, algunos letrados y algunos nobles. Siendo él nobilísimo de alma y muy discreto, los trató con toda consideración y dignidad, dando con delicadeza a cada uno lo que le correspondía. Dotado de singular discreción, ponderaba con prudencia la dignidad de cada uno. Pero, a pesar de todo, no podía hallar sosiego mientras no llevase a feliz término el deseo de su corazón, ahora más vehemente. Por esto, en el año trece de su conversión marchó a Siria con un compañero (93), al tiempo en que la guerra entre cristianos y sarracenos crecía a diario en dureza y crueldad, y no temió presentarse ante el sultán de los sarracenos (94).

¿Quién será capaz de narrar la entereza de ánimo con que se mantuvo ante él, el acento que ponía en sus palabras, la elocuencia y seguridad con que respondía a quienes se mofaban de la ley cristiana? Antes de llegar al sultán fue apresado por sus satélites: colmado de ultrajes y molido a azotes, no tiembla; no teme ante la amenaza de suplicios, ni le espanta la proximidad de la muerte. Y he aquí que, si muchos le agraviaron con animosidad y gesto hostil, el sultán, por el contrario, lo recibió con los más encumbrados honores. Lo agasajaba cuanto podía y, presentándole toda clase de dones, intentaba doblegarle a las riquezas del mundo; ante el tesón con que lo despreciaba todo, como si fuera estiércol, estupefacto, lo miraba como a un hombre distinto de los demás; intensamente conmovido por sus palabras, le escuchaba con gran placer. Como se ve, el Señor no dio cumplimiento a los deseos del Santo, reservándole la prerrogativa de una gracia singular.

Capítulo XXI

Su predicación a las aves y obediencia de las criaturas

58. Al tiempo que aumentaba el número de los hermanos, como queda dicho, el beatísimo padre Francisco recorría el valle de Espoleto. Llegó a un lugar cerca de Menavia donde se habían reunido muchísimas aves de diversas especies, palomas torcaces, cornejas y grajos. Al verlas, el bienaventurado siervo de Dios Francisco, hombre de gran fervor y que sentía gran afecto de piedad y de dulzura aun por las criaturas irracionales e inferiores, echa a correr, gozoso, hacia ellas, dejando en el camino a sus compañeros. Al estar ya próximo, viendo que le aguardaban, las

saludó según su costumbre (95). Admirado sobremanera de que las aves no levantaran el vuelo, como siempre lo hacen, con inmenso gozo les rogó humildemente que tuvieran a bien escuchar la palabra de Dios. He aquí algunas de las muchas cosas que les dijo: «Mis hermanas aves: mucho debéis alabar a vuestro Creador y amarle de continuo, ya que os dio plumas para vestiros, alas para volar y todo cuanto necesitáis. Os ha hecho nobles entre sus criaturas y os ha dado por morada la pureza del aire. No sembráis ni recogéis, y, con todo, Él mismo os protege y gobierna, sin preocupación alguna de vuestra parte». Al oír tales palabras, las avejillas -lo atestiguaba él y los hermanos que le acompañaban- daban muestras de alegría como mejor podían: alargando su cuello, extendiendo las alas, abriendo el pico y mirándole. Y él, paseando por en medio de ellas, iba y venía, rozando con la túnica sus cabezas y su cuerpo. Luego las bendijo y, hecho el signo de la cruz, les dio licencia para volar hacia otro lugar. El bienaventurado Padre reemprendió el camino con sus compañeros y, gozoso, daba gracias a Dios, a quien las criaturas todas veneran con devota confesión.

Adquirida la simplicidad, no por naturaleza, sino por gracia, culpábase a sí mismo de negligencia por haber omitido hasta entonces la predicación a las aves, toda vez que habían escuchado la palabra de Dios con tanta veneración. A partir, pues, de este día, comenzó a exhortar con todo empeño a todas las aves, a todos los animales y a todos los reptiles, e incluso a todas las criaturas insensibles, a que loasen y amasen al Creador, ya que comprobaba a diario la obediencia de todos ellos al invocar el nombre del Salvador.

59. Un día llegó a una aldea llamada Alviano a predicar la palabra de Dios; subiéndose a un lugar elevado para que todos le pudiesen ver, pidió que guardasen silencio. Estando todos callados y en actitud reverente, muchísimas golondrinas que hacían sus nidos en aquellos parajes chirriaban y alborotaban no poco. Y era tal el garlido de las aves, que el bienaventurado Francisco no lograba hacerse oír del pueblo; dirigióse a ellas y les dijo: «Hermanas mías golondrinas: ha llegado la hora de que hable yo; vosotras ya habéis hablado lo suficiente hasta ahora. Oíd la palabra de Dios y guardad silencio y estad quietecitas mientras predico la palabra de Dios». Y las golondrinas, ante el estupor y admiración de los asistentes, al momento enmudecieron y no se movieron de aquel lugar hasta que terminó la predicación. Contemplando semejante espectáculo, la gente, maravillada, se decía: «Verdaderamente este hombre es un santo y amigo del Altísimo». Y con toda devoción se apresuraban a tocarle siquiera el vestido, loando y bendiciendo al Señor.

En verdad, cosa admirable: las mismas criaturas irracionales percibían el afecto y barruntaban el dulcísimo amor que sentía por ellas.

60. Morando una vez en Greccio, un hermano le trajo una liebrejilla cazada a lazo. Al verla el beatísimo varón, conmovido de piedad, le dijo: «Hermana liebrejuela, ven a mí. ¿Por qué te has dejado engañar de este modo?» Luego, el hermano que la tenía la dejó en libertad, pero el animalito se refugió en el Santo y, sin que nadie lo retuviera, se quedó en su seno, como en lugar segurísimo. Habiendo descansado allí un poquito, el santo Padre, acariciándolo con afecto materno, lo dejó libre para que volviera al bosque; puesto en tierra repetidas veces, otras tantas se volvía al seno del Santo; por fin tuvo que mandar a sus hermanos que lo llevaran a la selva, que distaba poco de aquel lugar.

Estando en la isla del lago de Perusa (96), le sucedió un caso semejante con un conejo, animal difícil de domesticar.

61. Idéntico afecto de piedad sentía para con los peces. Si le era posible, devolvía al agua, vivos, los peces que habían sido capturados, advirtiéndoles que tuvieran cuidado de no dejarse coger otra vez. Un día que se encontraba sentado en una barca cerca de un puerto en el lago de Rieti, un pescador cogió un pez grande, vulgarmente llamado tenca, y se lo ofreció devotamente. Él lo recibió alegre y benignamente y comenzó a saludarlo con el nombre de hermano; volviéndolo nuevamente al agua, se puso a bendecir con devoción el nombre del Señor. Durante la oración del Santo, el pez no se apartaba del lugar en que había sido colocado y, junto a la nave, retozaba en el agua; sólo marchó cuando, concluida la oración, recibió del Santo licencia para irse.

Fue así como el glorioso padre Francisco, caminando en la vía de la obediencia y en la absoluta sumisión a la divina voluntad, consiguió de Dios la alta dignidad de hacerse obedecer de las criaturas.

En cierta ocasión, estando enfermo de gravedad en el eremitorio de San Urbano, el agua se le convirtió en vino y, no más gustarlo, se restableció tan presto, que todos creyeron ver, como así fue, un auténtico milagro. En verdad es santo aquel a quien obedecen las criaturas y el que, a voluntad, cambia el destino de los elementos.

Capítulo XXII

Su predicación en Áscoli y cómo por los objetos que sus manos habían tocado los enfermos recobraban la salud

62. Por aquellos días en que el venerable padre Francisco había predicado a las aves, según queda dicho, recorriendo ciudades y castillos y derramando por doquier la semilla de bendición, llegó a la ciudad de Áscoli. Predicando en la misma con grandísimo fervor la palabra de Dios, según su costumbre, por obra de la diestra del Excelso se llenó casi todo el pueblo de tanta gracia y devoción, que todos, ansiosos, se atropellaban para oírlo y verlo. Fue entonces cuando recibieron de sus manos el hábito de la santa Religión treinta entre clérigos y laicos.

Era tanta la fe de hombres y mujeres y tan grande su devoción hacia el santo de Dios, que se tenía por muy feliz quien podía tocar siquiera su vestido. Cuando entraba en una ciudad, se alegraba el clero, se volteaban las campanas, saltaban gozosos los hombres, congratulábanse las mujeres, los niños batían palmas, y muchas veces, llevando ramos de árboles en las manos, salían a su encuentro cantando.

Confundida la herética maldad (97), se ensalzaba la fe de la Iglesia, y mientras los fieles vitoreaban jubilosos, los herejes permanecían agazapados. No había quien osara objetar a sus palabras, pues, siendo tan grandes los signos de santidad que reflejaba, la gente que asistía centraba toda su atención sólo en él. Pensaba que, entre todas las cosas y sobre todas ellas, se había de guardar, venerar e imitar la fe de la santa Iglesia romana, en la cual solamente se encuentra la salvación de cuantos han de salvarse (98). Veneraba a los sacerdotes, y su afecto era grandísimo para toda la jerarquía eclesiástica (99).

63. La gente le presentaba panes para que se los bendijese, y luego los conservaba por mucho tiempo, pues comiéndolos se curaban de varias enfermedades. También muchas veces, llevada de su gran fe, cortaba pedazos a su túnica, dejándole en ocasiones medio desnudo. Y lo que es más de admirar: si el santo Padre había tocado alguna cosa con las manos, también, por medio de ella, recibían algunos enfermos la salud.

Vivía en una aldea de la comarca de Arezzo una mujer que estaba encinta; llegado el tiempo del parto, pasó varios días muy trabajosos sin poder dar a luz; tanto que, desfallecida por un dolor increíble, estaba entre la vida y la muerte. Vecinos y parientes habían oído que el bienaventurado Francisco iba a pasar por aquel camino hacia un eremitorio; pero, mientras ellos le esperaban, Francisco llegó a dicho lugar por otro camino, pues, débil y enfermo como estaba, tuvo que hacer el recorrido montado a caballo. Una vez en el retiro, devolvió el caballo al señor que se lo había prestado caritativamente, sirviéndose de un hermano llamado Pedro. Éste, de vuelta con el caballo, pasó por donde vivía la tan angustiada mujer. Viéndolo venir los hombres del contorno, a toda prisa salieron a su encuentro, pensando que era el bienaventurado Francisco; mas, al comprobar que no era él, se llenaron de profunda tristeza. Por fin se les ocurrió pensar si por ventura podrían dar con algún objeto que el bienaventurado Francisco hubiera tocado con sus manos. En estas averiguaciones se iba pasando el tiempo, hasta que cayeron en la cuenta de que mientras cabalgaba había tenido las bridas del freno en las manos; sacando el freno de la boca del animal en que el Santo había montado, pusieron sobre la mujer las bridas que el Padre había tenido entre sus manos, y al momento, gozosa y sana, dio a luz fuera de todo peligro.

64. Gualfreducio, que moraba en Città della Pieve, hombre religioso y temeroso de Dios y que le daba culto con toda su familia, tenía en su poder una cuerda con la cual el bienaventurado Francisco se había ceñido alguna vez. Acaeció que en aquella región muchos hombres y mujeres sufrían de varias enfermedades y fiebres. Este buen hombre pasaba por las casas de los enfermos, dándoles a beber del agua en la que había metido la cuerda o a la que había echado algún pelillo de la misma, y todos recobraban la salud en el nombre de Cristo (100).

Tales milagros y muchos más que no nos sería posible exponer aunque alargásemos la narración, acontecían estando el bienaventurado Francisco ausente. Con todo, referiré brevemente ahora unos pocos de los que el Señor Dios nuestro se dignó obrar por su presencia.

Capítulo XXIII

Cómo curó a un cojo en Toscanella y a un paralítico en Narni

65. Recorría el santo de Dios en cierta ocasión algunas varias y extensas regiones anunciando el reino de Dios; llegó a una ciudad llamada Toscanella. Mientras esparcía la semilla de vida por esta ciudad según costumbre, se hospedó en casa de un caballero que tenía un hijo único, cojo y enclenque: había que tenerlo en la cuna, aun cuando, siendo todavía de poca edad, había dejado atrás los años del destete. Viendo su padre la gran santidad de que estaba adornado el varón de Dios, se arrojó humildemente a sus pies, pidiéndole la curación de su hijo. Considerábase el Santo indigno e incapaz de tanta virtud y gracia, y rehusó por algún tiempo el hacerlo. Al fin, vencido por la constante súplica del padre, hizo oración e impuso su mano sobre el niño y, bendiciéndolo, lo levantó. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el niño se puso en pie al instante, sano, y echó a correr de aquí para allá por la casa ante la mirada gozosa de todos los presentes.

66. En otra ocasión, el varón de Dios Francisco llegó a Narni, donde permaneció varios días. Había en la ciudad un hombre llamado Pedro, que yacía en cama paralítico; hacía cinco meses que había perdido el uso de todos los miembros, de tal modo que no podía ni levantarse ni moverse lo más mínimo; imposibilitado de pies, manos y cabeza, sólo podía mover la lengua y abrir los ojos. Enterado de que San Francisco había llegado a Narni, mandó un recado al obispo de la ciudad para que, por divina piedad, se dignase enviarle al siervo del Dios altísimo, plenamente convencido de que la vista y presencia del Santo eran lo suficiente para curarle de su enfermedad. Y así fue; pues, habiendo llegado el bienaventurado Francisco a la casa del enfermo, hizo sobre él la señal de la cruz de la cabeza a los pies, y al punto desapareció el mal y recobró el enfermo la salud perdida.

Capítulo XXIV

Cómo devolvió la vista a una mujer y cómo en Gubbio sanó a una paralítica

67. A una mujer, también de la misma ciudad, que estaba ciega, hízole el bienaventurado Francisco la señal de la cruz sobre sus ojos, y al momento recuperó la vista tan deseada. En Gubbio vivía una mujer que tenía ambas manos entumecidas, sin poder hacer nada con ellas. Apenas supo que el santo Francisco había entrado en la ciudad, corrió a toda prisa a verlo, y con rostro lastimoso, llena de aflicción, mostróle las manos contrahechas y le pedía que se las tocara. El Santo, conmovido de piedad, le tocó las manos y se las sanó. Inmediatamente, la mujer volvió jubilosa a su casa, hizo con sus propias manos un requesón y se lo ofreció al santo varón. Éste tomó cortésmente un pedacito y le mandó que se comiese lo restante con su familia.

Capítulo XXV

Cómo curó a un hermano de epilepsia o le libró del demonio (101) y cómo en San Gemini liberó a una endemoniada

68. Había un hermano que con frecuencia sufría una gravísima enfermedad, horrible a la vista; no sé qué nombre darle, ya que, en opinión de algunos, era obra del diablo maligno. Muchas veces, convulso todo él, con una mirada de espanto, se revolcaba, echando espumarajos; sus miembros, ora se contraían, ora se estiraban; ya se doblaban y torcían, ya se quedaban rígidos y duros. Otras veces, extendido cuan largo era y rígido, los pies a la altura de la cabeza, se levantaba en alto lo equivalente a la estatura de un hombre, para luego caer a plomo sobre el suelo. Compadecido el santo padre Francisco de tan gravísima enfermedad, se llegó a él y, hecha oración, trazó sobre él la cruz y lo bendigo. Al momento quedó sano, y nunca más volvió a sufrir molestia por esta enfermedad.

69. Pasando en cierta ocasión el beatísimo padre Francisco por el obispado de Narni, llegó a un lugar que se llama San Gemini (102) para anunciar allí el reino de Dios. Recibió hospedaje con otros tres hermanos en casa de un hombre temeroso y devoto de Dios, que gozaba de buen nombre en aquella tierra. Su mujer estaba atormentada por el demonio, cosa conocida de todos los habitantes de la región. Confiando su marido que pudiera recobrar la libertad por los méritos de Francisco, rogó al Santo por ella. Mas como éste, viviendo en simplicidad, gustase más en saborear desprecios que en sentirse ensalzado entre honores mundanos por sus obras de santidad, rehuía con firmeza complacerle en su petición. Por fin, puesto que de la gloria de Dios se trataba y siendo muchos los que le rogaban, asintió, vencido, a lo que le pedían. Hizo venir también a los tres hermanos que con él estaban y, situándolos en cada ángulo de la casa, les dijo: «Oremos, hermanos, al Señor por esta mujer, a fin de que Dios, para alabanza y gloria suya, la libre del yugo del diablo». Y añadió: «Permanezcamos en pie, separados, cada uno en un ángulo de la casa, para que este maligno espíritu no se nos escape o nos engañe refugiándose en los escondites de los ángulos». Terminada la oración, el bienaventurado Francisco se acercó con la fuerza del Espíritu a la mujer, que lastimosamente se retorció y gritaba horrorosamente, y le dijo: «En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, por obediencia te mando, demonio, que salgas de ella, sin que oses en adelante molestarla». Apenas había terminado estas palabras, cuando salió fuera con tal rapidez, con tanta furia y estrépito, que el santo Padre, ante la repentina curación de la mujer y la precipitada obediencia del demonio, creyó que había sufrido un engaño. De seguido marchó, avergonzado, de aquel lugar -disponiéndolo así la Providencia- para que en nada pudiera vanagloriarse.

Volvió a pasar en otra ocasión por el mismo lugar el bienaventurado Francisco en compañía del hermano Elías; enterada la mujer de su llegada, se levantó al punto y echó a correr por la plaza, clamando en pos del Santo para que se dignase dirigirle la palabra. Mas él se negaba a hablarle, conociendo que era la mujer de la que por divina virtud había arrojado, tiempo atrás, al demonio. Ella besaba las huellas de sus pies, dando gracias a Dios y a San Francisco, su siervo, que le había librado del poder de la muerte. Por fin, a instancias y ruegos del hermano Elías, el Santo, confirmado por el testimonio de muchos de la enfermedad que padeció la mujer, según queda referido, y de su curación, accedió a dirigirle la palabra.

Capítulo XXVI

Cómo lanzó también un demonio en Città di Castello

70. También Città di Castello (103) había una mujer poseída del demonio. Estando el beatísimo padre Francisco en esta ciudad, llevaron a una mujer a la casa donde se hospedaba el Santo. La mujer estaba fuera y, como suelen hacerlo los espíritus inmundos, rompió en un rechinar de dientes y con rostro feroz comenzó a dar gritos de espanto. Muchos hombres y mujeres de la ciudad que habían acudido, suplicaron a San Francisco en favor de aquella mujer, pues, al mismo tiempo que el maligno la atormentaba, a ellos los asustaba con sus alaridos. El santo Padre envió entonces a un hermano que estaba con él a fin de comprobar si era el demonio o un engaño mujeril. En cuanto lo vio ella, comenzó a mofarse, sabiendo que no era San Francisco. El Padre santo había quedado dentro en oración; una vez terminada ésta, salió fuera. No pudo la mujer soportar su virtud, y comenzó a estremecerse y a revolcarse por el suelo. San Francisco la llamó a sí, diciéndole: «En virtud de la obediencia te mando, inmundo espíritu, que salgas de ella». Al momento la dejó, sin ocasionarle mal alguno y dándose a la fuga de muy mal talante.

Gracias sean dadas a Dios omnipotente, que obra todo en todos. Mas como nos hemos propuesto exponer no los milagros, que, si reflejan la santidad, no la construyen (104), sino, más bien, la excelencia de su vida y su forma sincerísima de comportamiento, narraremos las obras de eterna salvación, omitiendo los milagros, que son muy numerosos.

Caridad (105) y constancia de espíritu. Cómo predicó ante el señor papa Honorio y se confiaron él y los suyos al cardenal Hugolino, obispo de Ostia

71. El varón de Dios Francisco había aprendido a no buscar sus intereses, sino a cuidarse de lo que miraba a la salvación de los demás; pero, más que nada, deseaba morir y estar con Cristo (Flp 1,23). Por eso, su preocupación máxima era la de ser libre de cuanto hay en el mundo, para que, ni por un instante, pudiera el más ligero polvillo empañar la serenidad de su alma. Permanecía insensible a todo estrépito del exterior y ponía toda su alma en tener recogidos los sentidos exteriores y en dominar los movimientos del ánimo, para darse sólo a Dios; había hecho su nido en las hendiduras de las rocas, y su morada en las grietas de las peñas escarpadas (Cant 2,14). Recorría con gozosa fruición las célibes mansiones (106) y, todo anonadado, permanecía largo tiempo en las llagas del Salvador.

Por esto escogía frecuentemente lugares solitarios (107), para dirigir su alma totalmente a Dios; sin embargo, no eludía perezosamente intervenir, cuando lo creía conveniente, en los asuntos del prójimo y dedicarse de buen grado a su salvación. Su puerto segurísimo era la oración; pero no una oración fugaz, ni vacía, ni presuntuosa, sino una oración prolongada, colmada de devoción y tranquilidad en la humildad. Podía comenzarla al anochecer y con dificultad la habría terminado a la mañana; fuese de camino o estuviese quieto, comiendo o bebiendo, siempre estaba entregado a la oración. Acostumbraba salir de noche a solas para orar en iglesias abandonadas y aisladas; bajo la divina gracia, superó en ellas muchos temores y angustias de espíritu.

72. Combatía cuerpo a cuerpo con el diablo, pues en estos lugares no sólo le excitaba interiormente con tentaciones, sino que lo amedrentaba externamente con estrépitos y sacudimientos. Pero, conocedor el fortísimo caballero de Dios de que su Señor todo lo puede en todo lugar, lejos de acobardarse ante tales temores, decía en su corazón: «No podrás, malvado, emplear contra mí las armas de tu malicia más de lo que podrías si estuviéramos en público delante de todos».

En verdad que su perseverancia era suma y a nada atendía fuera de las cosas de Dios. Predicaba muchísimas veces la divina palabra a miles de personas, y lo hacía con la misma convicción que si dialogara con un íntimo compañero. Las multitudes más numerosas las contemplaba como si fueran un solo hombre, y a un solo hombre le predicaba con tanto interés como si estuviera ante una muchedumbre. Aquella su seguridad en la predicación procedía de la pureza de su espíritu, y, aunque improvisara, decía cosas admirables e inauditas para todos. Mas, si alguna vez se recogía en meditación antes del sermón y le sucedía que ante el auditorio no recordaba nada de lo meditado y no se le ocurría de qué hablarles, entonces, sin rubor alguno, confesaba ante el pueblo que había pensado sobre muchas cosas con el objeto de predicárselas, pero que de todas ellas se había olvidado; y al momento se llenaba de tanta elocuencia, que dejaba admirados a los oyentes. Otras veces, en cambio, no sabiendo qué decirles, les daba la bendición y despedía a la gente, sobremanera evangelizada con sólo esto.

73. En cierta ocasión se llegó a Roma por asuntos de la Orden, y deseaba muy mucho predicar ante el papa Honorio y los venerables cardenales (108). Conocedor de este deseo el señor Hugolino, ilustre obispo de Ostia, que veneraba al santo de Dios con singular afecto, sintióse poseído de temor y de alegría, admirando el fervor del santo varón y su ingenua simplicidad. Pero, confiando en la misericordia del Omnipotente, que nunca falta en tiempo de necesidad a los que piadosamente le honran, lo presentó al señor papa y a los reverendos cardenales. Hallándose Francisco ante tantos príncipes, obtenidas la licencia y la bendición, comenzó a predicar sin temor alguno. Y tal era el fervor de espíritu con que hablaba, que, no cabiendo en sí mismo de alegría, al tiempo que predicaba movía sus pies como quien estuviera saltando; no por ligereza, sino como inflamado en el fuego del divino amor, no incitando a la risa, sino arrancando lágrimas de dolor. Muchos de ellos sintiéronse compungidos de corazón, admirando la divina gracia y la seguridad de tal hombre. Entre tanto, el venerable señor obispo de Ostia, sobrecogido de temor, oraba al Señor de todo corazón a fin de que la simplicidad del bienaventurado varón no fuese menospreciada, pues lo mismo la gloria del Santo que su ignominia recaían sobre él, que se había constituido en padre de aquella familia.

74. En efecto, como es la unión entre hijo y padre y la de la madre con su hijo único, así era la de San Francisco con el obispo de Ostia; dormía y descansaba tranquilo en el seno de su clemencia. En verdad que hacía las veces de pastor y cumplía su misión, si bien reservaba este título para el santo varón. El bienaventurado Padre disponía las cosas necesarias, pero era el hábil señor quien hacía que se llevara a feliz término lo dispuesto. ¡Cuántos eran, sobre todo en los comienzos en que acaecía todo esto, los que atentaban contra la nueva plantación de la Orden, para destruirla! ¡Cuántos trabajaban por sofocar la viña selecta que la mano del Señor, en su misericordia, había plantado de nuevo en el mundo! ¡Cuántos se esforzaban por robar y destruir sus primeros y purísimos frutos! Todos ellos fueron heridos por la espada de tan reverendo padre y señor y aniquilados. Era, evidentemente, un torrente de elocuencia, un bastión de la Iglesia, un paladín de la verdad y un servidor de los humildes. ¡Bendito y memorable el día en que el santo de Dios se confió a tan venerable señor!

Estaba éste en cierta ocasión desempeñando la misión de legado de la Sede apostólica -cosa frecuente- en Toscana (109), al tiempo que el bienaventurado Francisco, no contando todavía con muchos hermanos y deseoso de ir a Francia (110), llegó a Florencia, donde residía entonces el obispo. No existía aún entre ellos una profunda amistad; sólo el conocimiento mutuo de la santa vida que entrambos hacían los unía en afectuosa caridad.

75. Como era habitual, por lo demás, en el bienaventurado Francisco visitar a los obispos o sacerdotes al entrar en una ciudad o territorio, al enterarse aquí de la presencia de tan grande prelado, se presentó ante él con la mayor reverencia. Al verlo el señor obispo, lo acogió con humilde devoción, como lo hacía siempre con todos los que revelaban una vida religiosa, y más en particular con aquellos que ostentaban la noble enseña de la bienaventurada pobreza y de la santa simplicidad. Y puesto que se cuidaba de ayudar a los pobres en su necesidad y se interesaba de sus asuntos, se informó con diligencia sobre el motivo de su venida y captó con suma benignidad su propósito. Al contemplarlo despreciador más que nadie de todos los bienes terrenos y ferviente como ninguno en el fuego que Jesús trajo a la tierra (Lc 12,49), su alma quedó en aquel instante unida a la de Francisco; pidió devotamente sus oraciones y él se ofreció, sumamente complacido, como su protector en todo. Por esto le aconsejó que no continuara el viaje emprendido, sino que cuidara y custodiara con solicitud a los que el Señor le había encomendado (111).

Alegroso en gran manera San Francisco al ver que tan reverendo señor le mostraba una actitud tan benévola, un afecto tan dulce y palabras tan persuasivas, y, postrado a sus pies, devotamente se entregó y se confió a su solicitud a sí mismo y a sus hermanos.

Capítulo XXVIII

Espíritu de caridad y afecto de compasión para con los pobres y lo que hizo con una oveja y con unos corderillos

76. El padre de los pobres, el pobrecillo Francisco, identificado con todos los pobres, no se sentía tranquilo si veía otro más pobre que él; no era por deseo de vanagloria, sino por afecto de verdadera compasión. Y si es verdad que estaba contento con una túnica extremadamente mísera y áspera, con todo, muchas veces deseaba dividirla con otro pobre (cf. 1 Cel 39; 2 Cel 5.90).

Movido de un gran afecto de piedad y queriendo este pobre riquísimo socorrer de alguna manera a los pobres, en las noches más frías solicitaba de los ricos del mundo que le dieran capas o pellicos. Como éstos lo hicieran devotamente y más a gusto de lo que él pedía de ellos, el bienaventurado Padre les decía: «Os lo recibo con esta condición: que no esperéis verlo más en vuestras manos». Y al primer pobre que encontraba en el camino lo vestía, gozoso y contento, con lo que había recibido (cf. 2 Cel 86-87).

No podía sufrir que algún pobre fuese despreciado, ni tampoco oír palabras de maldición contra las criaturas (112). Ocurrió en cierta ocasión que un hermano ofendió a un pobre que pedía limosna, diciéndole estas palabras injuriosas: «¡Ojo, que no seas un rico y te hagas pasar por pobre!» Habiéndolo oído el padre de los pobres, San Francisco, se dolió profundamente, y reprendió con severidad al hermano que así había hablado, y le mandó que se desnudase delante del pobre y, besándole los pies, le pidiera perdón. Pues solía decir: «Quien dice mal de un pobre,

ofende a Cristo, de quien lleva la enseña de nobleza y que se hizo pobre por nosotros en este mundo» (113).

Por eso, si se encontraba con pobres que llevaban leña u otro peso, por ayudarlos lo cargaba con frecuencia sobre sus hombros, en extremo débiles.

77. Su espíritu de caridad se derramaba en piadoso afecto, no sólo sobre hombres que sufrían necesidad, sino también sobre los mudos y brutos animales, reptiles, aves y demás criaturas sensibles e insensibles. Pero, entre todos los animales, amaba con particular afecto y predilección a los corderillos, ya que, por su humildad, nuestro Señor Jesucristo es comparado frecuentemente en las Sagradas Escrituras con el cordero, y porque éste es su símbolo más expresivo. Por este motivo, amaba con más cariño y contemplaba con mayor regocijo las cosas en las que se encontraba alguna semejanza alegórica del Hijo de Dios.

De camino por la Marca de Ancona, después de haber predicado en la ciudad de este nombre, marchaba a Osimo junto con el señor Pablo, a quien había nombrado ministro de todos los hermanos en la dicha provincia; en el campo dio con un pastor que cuidaba un rebaño de cabras e irascos. Entre tantas cabras e irascos había una ovejita que caminaba mansamente y pacía tranquila. Al verla, el bienaventurado Francisco paró en seco y, herido en lo más vivo de su corazón, dando un profundo suspiro, dijo al hermano que le acompañaba: «¿No ves esa oveja que camina tan mansa entre cabras e irascos? Así, créemelo, caminaba, manso y humilde, nuestro Señor Jesucristo entre los fariseos y príncipes de los sacerdotes. Por esto, te suplico, hijo mío, por amor de Cristo, que, unido a mí, te compadezcas de esa ovejita y que, pagando por ella lo que valga, la saquemos de entre las cabras e irascos».

78. Maravillado de su dolor, comenzó también el hermano Pablo a compartirlo. Preocupado de cómo podrían pagar su precio y no disponiendo sino de las viles túnicas que vestían, se presentó al punto un mercader que estaba de camino y les ofreció las costas que buscaban. Dando gracias a Dios y llevándose consigo la oveja, llegaron a Osimo y se presentaron ante el obispo de la ciudad. Éste los acogió con mucha veneración, y quedó sorprendido tanto por la oveja que acompañaba al varón de Dios como del afecto que éste sentía hacia ella. Mas luego que el siervo de Dios le hubo referido una larga parábola sobre la oveja, el obispo, todo compungido, dio gracias al Señor por la simplicidad del varón de Dios.

Al día siguiente salió de la ciudad y, pensando qué podría hacer de la oveja, por consejo de su compañero y hermano, la dejó en el monasterio de las siervas de Cristo, cerca de San Severino (114), para que la cuidaran. También ellas recibieron gozosas la ovejuela, como un gran regalo que Dios les hacía. La cuidaron por mucho tiempo con todo mimo, y de su lana tejieron una túnica y se la enviaron al bienaventurado padre Francisco a Santa María de la Porciúncula mientras se celebraba un capítulo. El santo de Dios la recibió con gran reverencia y gozo de su alma, y, abrazándola, la besaba e invitaba a todos los presentes a compartir con él tanto gozo.

79. En otra ocasión, pasando de nuevo por la Marca con el mismo hermano, que gustoso le acompañaba, se encontró en el camino con un hombre que iba al mercado, llevando atados y colgados al hombro dos corderillos para venderlos. Al oírlos balar el bienaventurado Francisco, conmoviéronse sus entrañas y, acercándose, los acarició como madre que muestra sus sentimientos de compasión con su hijo que llora. Y le preguntó al hombre aquel: «¿Por qué haces sufrir a mis hermanos llevándolos así atados y colgados?» «Porque los llevo al mercado -le respondió- para venderlos, pues ando mal de dinero». A esto le dijo el Santo: «¿Qué será luego de ellos?» «Pues los compradores -replicó- los matarán y se los comerán». «No lo quiera Dios -reaccionó el Santo-. No se haga tal; toma este manto que llevo a cambio de los corderos». Al punto le dio el hombre los corderos y muy contento recibió el manto, ya que éste valía mucho más. El Santo lo había recibido prestado aquel mismo día, de manos de un amigo suyo, para defenderse del frío. Una vez con los corderillos, se puso a pensar qué haría con ellos y, aconsejado del hermano que le acompañaba, resolvió dárselos al mismo hombre para que los cuidara, con la orden de que jamás los vendiera ni les causara daño alguno, sino que los conservara, los alimentara y los pastoreara con todo cuidado.

Amor que tenía a todas las criaturas por el Creador. Su retrato físico y moral

80. Sería excesivamente prolijo, y hasta imposible, reunir y narrar todo cuanto el glorioso padre Francisco hizo y enseñó mientras vivió entre nosotros. ¿Quién podrá expresar aquel extraordinario afecto que le arrastraba en todo lo que es de Dios? ¿Quién será capaz de narrar de cuánta dulzura gozaba al contemplar en las criaturas la sabiduría del Creador, su poder y su bondad? En verdad, esta consideración le llenaba muchísimas veces de admirable e inefable gozo viendo el sol, mirando la luna y contemplando las estrellas y el firmamento. ¡Oh piedad simple! ¡Oh simplicísima piedad!

También ardía en vehemente amor por los gusanillos, porque había leído que se dijo del Salvador: *Yo soy gusano y no hombre* (Sal 21,7). Y por esto los recogía del camino y los colocaba en lugar seguro para que no los escachasen con sus pies los transeúntes. ¿Y qué decir de las otras criaturas inferiores, cuando hacía que a las abejas les sirvieran miel o el mejor vino en el invierno para que no perecieran por la inclemencia del frío? Deshacíase en alabanzas, a gloria del Señor, ponderando su laboriosidad y la excelencia de su ingenio; tanto que a veces se pasaba todo un día en la alabanza de estas y de las demás criaturas. Como en otro tiempo los tres jóvenes en la hoguera (Dan 3,17), invitaban a todos los elementos a loar y glorificar al Creador del universo, así este hombre, lleno del espíritu de Dios, no cesaba de glorificar, alabar y bendecir en todos los elementos y criaturas al Creador y Gobernador de todas las cosas (115).

81. ¿Quién podrá explicar la alegría que provocaba en su espíritu la belleza de las flores, al contemplar la galanura de sus formas y al aspirar la fragancia de sus aromas? Al instante dirigía el ojo de la consideración a la hermosura de aquella flor que, brotando luminosa en la primavera de la raíz de Jesé, dio vida con su fragancia a millares de muertos. Y, al encontrarse en presencia de muchas flores, les predicaba, invitándolas a loar al Señor, como si gozaran del don de la razón. Y lo mismo hacía con las mieses y las viñas, con las piedras y las selvas, y con todo lo bello de los campos, las aguas de las fuentes, la frondosidad de los huertos, la tierra y el fuego, el aire y el viento, invitándoles con ingenua pureza al amor divino y a una gustosa fidelidad. En fin, a todas las criaturas las llamaba hermanas, como quien había llegado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios, y con la agudeza de su corazón penetraba, de modo eminente y desconocido a los demás, los secretos de las criaturas (116).

Y ahora, ¡oh buen Jesús!, a una con los ángeles, te proclama admirable quien, viviendo en la tierra, te predicaba amable a todas las criaturas.

82. No hay inteligencia humana que pueda entender lo que sentía cuando pronunciaba, santo Señor, tu nombre; aparecía todo él jubiloso, lleno de castísima alegría, como un hombre nuevo y del otro mundo. Por esto mismo, dondequiera que encontrase un escrito divino o humano, en el camino, en casa o sobre el suelo, lo recogía con grandísimo respeto y lo colocaba en lugar sagrado y decoroso, en atención a que pudiera estar escrito en él el nombre del Señor o algo relacionado con éste (117). Como un religioso le preguntara en cierta ocasión para qué recogía con tanta diligencia también los escritos de los paganos y aquellos en que no se contenía el nombre del Señor, respondió: «Hijo mío, porque en ellos hay letras con las que se compone el gloriosísimo nombre del Señor Dios. Lo bueno que hay en ellos, no pertenece a los paganos ni a otros hombres, sino a sólo Dios, de quien es todo bien». Y cosa no menos de admirar: cuando hacía escribir algunas cartas de saludo o exhortación, no toleraba que se borrara una letra o sílaba, así fuera superflua o impropcedente (118).

83. ¡Oh cuán encantador, qué espléndido y glorioso se manifestaba en la inocencia de su vida, en la sencillez de sus palabras, en la pureza del corazón, en el amor de Dios, en la caridad fraterna, en la ardorosa obediencia, en la condescendencia complaciente, en el semblante angelical! En sus costumbres, fino; plácido por naturaleza; afable en la conversación; certero en la exhortación; fidelísimo a su palabra; prudente en el consejo; eficaz en la acción; lleno de gracia en todo. Sereno de mente, dulce de ánimo, sobrio de espíritu, absorto en la contemplación, constante en la oración y en todo lleno de fervor. Tenaz en el propósito, firme en la virtud, perseverante en la gracia, el mismo en todo. Pronto al perdón, tardo a la ira, agudo de ingenio, de memoria fácil, sutil en el razonamiento, prudente en la elección, sencillo en todo. Riguroso consigo, indulgente con los otros, discreto con todos.

Hombre elocuentísimo, de aspecto jovial y rostro benigno, no dado a la flojedad e incapaz de la ostentación. De estatura mediana, tirando a pequeño; su cabeza, de tamaño también mediano y redonda; la cara, un poco alargada y saliente; la frente, plana y pequeña; sus ojos eran regulares, negros y candorosos; tenía el cabello negro; las cejas, rectas; la nariz, proporcionada, fina y recta; las orejas, erguidas y pequeñas; las sienes, planas; su lengua era dulce, ardorosa y aguda; su voz, vehemente, suave, clara y timbrada (119); los dientes, apretados, regulares y blancos; los labios, pequeños y finos; la barba, negra y rala; el cuello, delgado; la espalda, recta; los brazos, cortos; las manos, delicadas; los dedos, largos; las uñas, salientes; las piernas, delgadas; los pies, pequeños; la piel, suave; era enjuto de carnes; vestía un hábito burdo; dormía muy poco y era sumamente generoso. Y como era humildísimo, se mostraba manso con todos los hombres, haciéndose con acierto al modo de ser de todos. El que era el más santo entre los santos, aparecía como uno más entre los pecadores.

Tú, padre santísimo, que amas a los pecadores, ayúdales; y a los que ves miserablemente postrados en la abyección de la culpa, te pedimos, levántalos, misericordiosamente, con tu poderoso valimiento.

Capítulo XXX

El pesebre que preparó el día de Navidad

84. La suprema aspiración de Francisco, su más vivo deseo y su más elevado propósito, era observar en todo y siempre el santo Evangelio (120) y seguir la doctrina de nuestro Señor Jesucristo y sus pasos con suma atención, con todo cuidado, con todo el anhelo de su mente, con todo el fervor de su corazón. En asidua meditación recordaba sus palabras y con agudísima consideración repasaba sus obras. Tenía tan presente en su memoria la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión, que difícilmente quería pensar en otra cosa.

Digno de recuerdo y de celebrarlo con piadosa memoria es lo que hizo tres años antes de su gloriosa muerte, cerca de Greccio, el día de la natividad de nuestro Señor Jesucristo. Vivía en aquella comarca un hombre, de nombre Juan, de buena fama y de mejor tenor de vida, a quien el bienaventurado Francisco amaba con amor singular, pues, siendo de noble familia y muy honorable (121), despreciaba la nobleza de la sangre y aspiraba a la nobleza del espíritu. Unos quince días antes de la navidad del Señor, el bienaventurado Francisco le llamó, como solía hacerlo con frecuencia, y le dijo: «Si quieres que celebremos en Greccio esta fiesta del Señor, date prisa en ir allá y prepara prontamente lo que te voy a indicar. Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos (122) lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno». En oyendo esto el hombre bueno y fiel, corrió presto y preparó en el lugar señalado cuanto el Santo le había indicado.

85. Llegó el día, día de alegría, de exultación. Se citó a hermanos de muchos lugares; hombres y mujeres de la comarca, rebosando de gozo, prepararon, según sus posibilidades, cirios y teas para iluminar aquella noche que, con su estrella centelleante, iluminó todos los días y años. Llegó, en fin, el santo de Dios y, viendo que todas las cosas estaban dispuestas, las contempló y se alegró. Se prepara el pesebre, se trae el heno y se colocan el buey y el asno. Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humildad, y Greccio se convierte en una nueva Belén. La noche resplandece como el día, noche placentera para los hombres y para los animales. Llega la gente, y, ante el nuevo misterio, saborean nuevos gozos. La selva resuena de voces y las rocas responden a los himnos de júbilo. Cantan los hermanos las alabanzas del Señor y toda la noche transcurre entre cantos de alegría. El santo de Dios está de pie ante el pesebre, desbordándose en suspiros, traspasado de piedad, derretido en inefable gozo. Se celebra el rito solemne de la misa sobre el pesebre (123) y el sacerdote goza de singular consolación.

86. El santo de Dios viste los ornamentos de diácono (124), pues lo era, y con voz sonora canta el santo evangelio. Su voz potente y dulce, su voz clara y bien timbrada, invita a todos a los premios supremos. Luego predica al pueblo que asiste, y tanto al hablar del nacimiento del Rey pobre como de la pequeña ciudad de Belén dice palabras que vierten miel. Muchas veces, al querer mencionar a Cristo Jesús, encendido en amor, le dice «el Niño de Bethlehem», y,

pronunciando «Bethleem» como oveja que bala, su boca se llena de voz; más aún, de tierna afección. Cuando le llamaba «niño de Bethleem» o «Jesús», se pasaba la lengua por los labios como si gustara y saboreara en su paladar la dulzura de estas palabras.

Se multiplicaban allí los dones del Omnipotente; un varón virtuoso (125) tiene una admirable visión. Había un niño que, exánime, estaba recostado en el pesebre; se acerca el santo de Dios y lo despierta como de un sopor de sueño. No carece esta visión de sentido (126), puesto que el niño Jesús, sepultado en el olvido en muchos corazones, resucitó por su gracia, por medio de su siervo Francisco, y su imagen quedó grabada en los corazones enamorados. Terminada la solemne vigilia, todos retornaron a su casa colmados de alegría.

87. Se conserva el heno colocado sobre el pesebre, para que, como el Señor multiplicó su santa misericordia, por su medio se curen jumentos y otros animales. Y así sucedió en efecto: muchos animales de la región circunvecina que sufrían diversas enfermedades, comiendo de este heno, curaron de sus dolencias. Más aún, mujeres con partos largos y dolorosos, colocando encima de ellas un poco de heno, dan a luz felizmente. Y lo mismo acaece con personas de ambos sexos: con tal medio obtienen la curación de diversos males.

El lugar del pesebre fue luego consagrado en templo del Señor (127): en honor del beatísimo padre Francisco se construyó sobre el pesebre un altar y se dedicó una iglesia, para que, donde en otro tiempo los animales pacieron el pienso de paja, allí coman los hombres de continuo, para salud de su alma y de su cuerpo, la carne del Cordero inmaculado e incontaminado, Jesucristo, Señor nuestro, quien se nos dio a sí mismo con sumo e inefable amor y que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo y es Dios eternamente glorioso por todos los siglos de los siglos. Amén. Aleluya. Aleluya.

PARTE SEGUNDA

Comienza la segunda parte, que trata sólo de dos años de la vida de nuestro beatísimo padre Francisco y de su tránsito feliz

Capítulo I

Tenor de esta segunda parte. Muerte feliz del Santo. Ejemplo de perfección de San Francisco

88. En la primera parte, que, por la gracia del Salvador, hemos llevado a feliz término, hemos descrito, de alguna manera, la vida y los hechos de nuestro beatísimo padre Francisco hasta el año dieciocho de su conversión. En esta segunda parte consignaremos con brevedad los demás hechos memorables ocurridos a partir del penúltimo año de su vida según hemos podido saberlos; pero de momento, queremos ceñirnos sólo a lo más importante, dejando que puedan añadir siempre cosas nuevas quienes quieran decirlas.

Nuestro beatísimo padre Francisco, cumplidos los veinte años de su total adhesión a Cristo en el seguimiento de la vida y huellas de los apóstoles y habiendo dado cima perfectamente a lo que había iniciado, salió de la cárcel de la carne y remontó felizmente el vuelo a las mansiones de los espíritus celestiales el año 1226 de la encarnación del Señor, en la indicción decimocuarta, el 4 de octubre, domingo (128), en la ciudad de Asís, lugar de su nacimiento, y cerca de Santa María de la Porciúncula, que fue donde primeramente estableció la Orden de los Hermanos Menores. Su sagrado y santo cuerpo fue colocado entre himnos y cánticos y guardado con todos los honores en esa misma ciudad, y en ella resplandece por sus muchos milagros. Amén.

89. Ya desde su primera juventud había recibido una instrucción deficiente o nula en cuanto a los caminos y conocimiento de Dios. Vivió no poco tiempo cediendo a sus tendencias naturales e impulsado por el hervor de las pasiones. Pero, justificado del pecado por obra de la diestra del Excelso, por gracia y virtud del Altísimo fue colmado de sabiduría divina más que todos sus contemporáneos. Como la doctrina evangélica, salvadas excepciones singulares, dejara mucho que desear en todas partes en cuanto a la conducta de la mayoría, Francisco fue enviado por Dios para dar, a imitación de los apóstoles, testimonio de la verdad a todos los hombres y en todo el mundo (cf. CtaO 9). Así, sus enseñanzas pusieron en evidencia que la sabiduría del mundo no era más que necedad, y en poco tiempo, siguiendo a Cristo y por medio de la necedad de la predicación (1 Cor 1,21), atrajo a los hombres a la verdadera sabiduría de Dios.

Porque el nuevo evangelista de los últimos tiempos, como uno de los ríos del paraíso (129), inundó el mundo entero con las aguas vivas del Evangelio y con sus obras predicó el camino del Hijo de Dios y la doctrina de la verdad. Y así surgió en él, y por su medio resurgió en toda la tierra, un inesperado fervor y un renacimiento de santidad: el germen de la antigua religión renovó muy pronto a quienes estaban de tiempo atrás decrépitos y acabados. Un espíritu nuevo se infundió sobre los corazones de los elegidos, y se derramó en medio de ellos una saludable unción cuando este santo siervo de Cristo, cual lumbrera del cielo, resplandeció de lo alto con novedad de formas y nuevas señales. Ha renovado los antiguos portentos cuando en el desierto de este mundo, con nuevo orden, pero fiel al antiguo, se plantó la viña fructífera, portadora de flores suaves de santas virtudes, que extiende por doquier los sarmientos de la santa religión.

90. Y aunque, como nosotros, era frágil, no se contentó, sin embargo, con el solo cumplimiento de los preceptos comunes, sino que, ardiendo en fervorósísima caridad, emprendió el camino de la perfección cabal, alcanzó la cima de la perfecta santidad y vio el límite de toda consumación. Por eso, las personas de toda clase, sexo y edad encuentran en él enseñanzas claras de doctrina salvífica, así como espléndidos ejemplos de obras de santidad. Si algunos quieren emprender cosas arduas y se esfuerzan aspirando a carismas más elevados de caminos más excelentes, mírense en el espejo de su vida y aprenderán toda perfección. Si otros, por el contrario, temerosos de lanzarse por rutas más difíciles y de escalar la cumbre del monte, aspiran a cosas más

humildes y llanas, también éstos encontrarán en él enseñanzas apropiadas. Quienes, en fin, buscan señales y milagros, contemplan su santidad, y conseguirán cuanto pidan.

Y, ciertamente, su vida gloriosa añade una luz más esplendente a la perfección de los primeros santos; lo prueba la pasión de Jesucristo y su cruz lo manifiesta colmadamente. En efecto, el venerable Padre fue marcado con el sello de la pasión y cruz en cinco partes de su cuerpo, como si hubiera estado colgado de la cruz con el Hijo de Dios. Gran sacramento es éste (Ef 5,32), que patentiza la sublimidad de la prerrogativa del amor; pero encierra un arcano designio y un misterio venerando, que creemos es conocido de Dios solamente (cf. 2 Cel 203) y en parte revelado por el mismo Santo a cierta persona. Por eso no hay que insistir mucho en sus alabanzas, ya que la alabanza de éste proviene de Aquel que es alabanza de todos, la fuente y el honor distinguidísimo que reparte premios de luz.

Bendiciendo, pues, al Dios santo, verdadero y glorioso, volvamos a la historia.

Capítulo II

El supremo anhelo del bienaventurado Francisco y cómo, abriendo el libro sagrado, descubrió el querer del Señor sobre sí

91. Una vez, el bienaventurado padre Francisco, separándose de la gente que a diario acudía devotísima a oírle y contemplarle, se retiró a un lugar tranquilo, secreto y solitario (130), para darse allí a Dios y sacudir el polvillo que se le pudiera haber pegado en el trato con los hombres. Era costumbre suya distribuir el tiempo que le había sido otorgado para merecer la gracia, empleando parte, según lo creía conveniente, en bien del prójimo, y consagrando el resto al gozoso silencio de la contemplación.

Tomó, pues, consigo unos compañeros, muy pocos -los que mejor conocían su santa vida-, para que le protegieran del asedio y molestias de los hombres e, interesándose de su paz, la custodiaran.

Habiendo permanecido allí por algún tiempo y como por la continua oración y frecuente contemplación hubiese conseguido de modo inefable la divina familiaridad, sintió deseos de saber lo que el Rey eterno quería o podía querer de él. Con la mayor diligencia buscaba y con toda devoción anhelaba saber de qué manera, por qué camino y con qué deseo podría llegar a unirse más íntimamente al Señor Dios según el consejo y beneplácito de su voluntad. Este fue siempre su más alta filosofía, ésta la suprema ilusión que mantuvo viva a lo largo de su vida: ir conociendo de los sencillos y de los sabios, de los perfectos y de los imperfectos, como pudiera entrar en el camino de la verdad y llegar a metas más altas.

92. Él era, de hecho, perfectísimo entre los perfectos; pero, lejos de reconocerse tal, se consideraba imperfecto del todo. Había gustado y contemplado cuán dulce, suave y bueno es el Dios de Israel para los limpios de corazón, para los que le buscan con simplicidad pura y pureza verdadera.

La dulzura y suavidad infusas, que en raras ocasiones se conceden, y esto a personas muy contadas, y cuya comunicación él había sentido en su interior, le obligaban a desasirse por entero de sí mismo; y, rebosando de un gozo inmenso, aspiraba por todos los medios a llegar con todo su ser allí donde, fuera de sí, en parte ya estaba. Poseído del espíritu de Dios, estaba pronto a sufrir todos los padecimientos del alma, a tolerar todos los tormentos del cuerpo, si al fin se le concedía lo que deseaba: que se cumpliese misericordiosamente en él la voluntad del Padre celestial.

Se llegó un día ante el sagrado altar construido en el eremitorio en que moraba y, tomando el códice que contenía los sagrados evangelios, con toda reverencia lo colocó sobre él. Postrado en la oración de Dios, no menos con el corazón que con el cuerpo, pedía en humilde súplica que el Dios benigno, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, se dignara manifestarle su voluntad. Y para poder consumir perfectamente lo que simple y devotamente antes había comenzado, imploraba con humildad se le mostrase, en la primera apertura del libro, lo que tendría que hacer. Sin duda, era guiado por el espíritu de los varones santos y perfectísimos de

quienes se lee que, en su afán de santidad, hicieron cosas semejantes con piadosa devoción (131).

93. Levantóse luego de la oración, con espíritu de humildad y contrito corazón; fortalecióse con la señal de la santa cruz, tomó el libro del altar y lo abrió con reverencia y temor. Lo primero con que dieron sus ojos al abrir el libro fue la pasión de nuestro Señor Jesucristo, y en ésta, el pasaje que anunciaba que había de padecer tribulación. Para que no se pudiera pensar que esto había sucedido por casualidad, abrió el libro por segunda y tercera vez, y dio con el mismo pasaje u otro parecido. Invaso del espíritu de Dios, comprendió que debía entrar en su reino a través de muchas tribulaciones, de muchas angustias y de muchos combates.

No se turba, empero, el fortísimo caballero ante las inminentes batallas, ni decae de ánimo si tiene que combatir las lides del Señor en el campo de este mundo.

No temió sucumbir ante el enemigo quien no había cedido ni ante sí mismo cuando por mucho tiempo había luchado sobre lo que permitían las fuerzas humanas. Era, ciertamente, ferventísimo; y si en siglos pasados hubo quien le emulase en cuanto a propósitos, no ha habido quien le haya superado en cuanto a deseos. Pues sabía mejor realizar cosas perfectas que decir las: ponía siempre toda su alma no en palabras, que no tienen la virtud de obrar el bien, aunque lo manifiestan, sino en santas obras. Se mantenía firme y alegre, y en su corazón cantaba para sí y para Dios cantos de júbilo. Por eso fue hallado digno de mayor revelación [la estigmatización] quien supo gozarse en otra revelación mínima, y mucho se le encomendó a quien fue fiel en lo poco (Mt 25,21).

Capítulo III

Visión de un hombre en figura de serafín crucificado

94. Durante su permanencia en el eremitorio que, por el lugar en que está, toma el nombre de Alverna (132), dos años antes de partir para el cielo tuvo Francisco una visión de Dios (133): vio a un hombre que estaba sobre él; tenía seis alas, las manos extendidas y los pies juntos, y aparecía clavado en una cruz. Dos alas se alzaban sobre su cabeza, otras dos se desplegaban para volar, y con las otras dos cubría todo su cuerpo (134). Ante esta contemplación, el bienaventurado siervo del Altísimo permanecía absorto en admiración, pero sin llegar a descifrar el significado de la visión. Se sentía envuelto en la mirada benigna y benévola de aquel serafín de inestimable belleza; esto le producía un gozo inmenso y una alegría fogosa; pero al mismo tiempo le aterraba sobremanera el verlo clavado en la cruz y la acerbidad de su pasión. Se levantó, por así decirlo, triste y alegre a un tiempo, alternándose en él sentimientos de fruición y pesadumbre. Cavilaba con interés sobre el alcance de la visión, y su espíritu estaba muy acongojado, queriendo averiguar su sentido. Mas, no sacando nada en claro y cuando su corazón se sentía más preocupado por la novedad de la visión, comenzaron a aparecer en sus manos y en sus pies las señales de los clavos, al modo que poco antes los había visto en el hombre crucificado que estaba sobre sí.

95. Las manos y los pies se veían atravesados en su mismo centro por clavos, cuyas cabezas sobresalían en la palma de las manos y en el empeine de los pies y cuyas puntas aparecían a la parte opuesta. Estas señales eran redondas en la palma de la mano y alargadas en el torso; se veía una carnosidad, como si fuera la punta de los clavos retorcida y remachada, que sobresalía del resto de la carne. De igual modo estaban grabadas estas señales de los clavos en los pies, de forma que destacaban del resto de la carne. Y en el costado derecho, que parecía atravesado por una lanza, tenía una cicatriz que muchas veces manaba, de suerte que túnica y calzones quedaban enrojecidos con aquella sangre bendita.

¡Cuán pocos fueron los que, en vida del siervo crucificado del Señor crucificado, merecieron contemplar la sagrada herida del costado! Pero afortunado Elías, que de alguna manera pudo verla mientras vivía el Santo (135); y no menos feliz Rufino, que la tocó con sus manos: en cierta ocasión metió éste la mano en el seno del santísimo varón para darle friegas; se le deslizó la mano, como muchas veces acaece, hacia el lado derecho, y llegó a tocarle la preciosa cicatriz. Este contacto produjo al santo de Dios tan agudo dolor, que, apartando la mano, pidió que el Señor se lo perdonara.

Con tal industria ocultaba esto a las miradas de los extraños y tan recatadamente lo velaba a los más allegados, que los hermanos que estaban a su lado y sus más fervientes seguidores, lo ignoraron por mucho tiempo. Y, aunque este siervo y amigo del Altísimo se veía engalanado de tantas y tales margaritas cual preciosas gemas, y más adornado de gloria y honor que todos los hombres, no obstante, su corazón no se envaneció ni buscó complacer a nadie para satisfacer deseos de vanagloria; antes bien, para evitar que el favor humano le robara la gracia donada (Adm 28), se esforzaba en ocultarlo por cuantos modos podía (2 Cel 135).

96. No solía revelar a nadie -si no es a alguno que otro- aquel importante secreto; temía que los predilectos, a título de particular afecto, como ocurre muy a menudo, lo revelaran, y tuviera él que padecer algún menoscabo en la gracia que le había sido concedida. Conservaba siempre en su corazón, y con frecuencia lo tenía en sus labios, el dicho del profeta: *He escondido en mi corazón tus palabras con el fin de no pecar delante de ti* (Sal 118,11). Para los casos en que, habiendo recibido a personas del mundo, quería cortar la conversación con éstas, había dado a los hermanos e hijos que con él moraban la consigna de que recitaría dicho versículo con la intención de que ellos manifestaran en seguida con toda cortesía a los visitantes que podían retirarse. Pues tenía la experiencia de que es un gran mal comunicar todo a todos, y sabía que no puede ser hombre espiritual quien no tiene más secretos ni secretos más importantes, que los que se reflejan en el rostro y que por lo que exteriorizan pueden ser juzgados en todas partes por los hombres. De hecho, había dado con algunos que, simulando estar de acuerdo, disentían interiormente; con quienes le aplaudían por delante y se burlaban a sus espaldas; con otros que, juzgando los hechos, habían difundido entre personas sencillas y buenas suspicacias respecto de él. Muchas veces la malicia trata de denigrar a la pureza, y, por ser familiar a muchos la mentira, no llega a darse crédito a la verdad de unos pocos.

Capítulo IV

Fervor del bienaventurado Francisco y la enfermedad de sus ojos

97. Por este mismo tiempo comenzó su cuerpo a sentirse atacado de varias dolencias, y con más vehemencia que de ordinario hasta entonces. Ciertamente, sus enfermedades eran frecuentes, como quiera que había castigado tanto a su cuerpo y lo había reducido a servidumbre hacía tantos años. A lo largo de dieciocho años ya cumplidos, rara vez, por no decir nunca, había dado descanso a su carne, recorriendo varias y muy dilatadas regiones con el fin de que aquel espíritu devoto, aquel espíritu ferviente que la habitaba, esparciera por doquier la semilla de la palabra de Dios. Difundía el Evangelio por toda la tierra; muchas veces en un solo día recorría cuatro o cinco castillos y aun pueblos, anunciando a todos el reino de Dios y edificando a los oyentes no menos con su ejemplo que con su palabra, pues había convertido en lengua todo su cuerpo.

Tal era la concordia entre carne y espíritu, tanta la obediencia, que, cuando el espíritu se esforzaba por alcanzar la santidad, la carne no sólo no oponía resistencia, sino que se empeñaba en adelantarse, según lo que está escrito: *Sedienta está mi alma; mi alma languidece en pos de ti* (Sal 62,2). El esfuerzo permanente de sumisión había hecho que la sujeción le resultara espontánea y a través de una docilidad continua había alcanzado el señorío de la virtud; es de saber que los hábitos engendran muchas veces naturaleza.

98. Mas como, por ley de la naturaleza y de la humana condición, el hombre exterior necesariamente se va consumiendo día a día, aunque el interior se vaya renovando, aquel preciosísimo vaso que contenía el tesoro celestial comenzó a quebrarse por todas partes y a sentirse falto de fuerzas. A la verdad que, cuando el hombre se acaba, es entonces cuando comienza, y cuando llega a su término, entonces inicia su trabajo (Eclo 18,6). Por eso, a medida que el cuerpo iba perdiendo sus fuerzas, iba fortaleciéndose el espíritu. Deseaba en tanto grado la salvación de las almas y era tal la sed que sentía por el bien del prójimo que, no pudiendo caminar a pie, recorría los poblados montado en borriquillo.

Los hermanos le aconsejaban frecuentemente e insistentemente le rogaban que tratara de restablecer, con la ayuda de los médicos, su cuerpo, enfermo y debilitado en extremo. Él, empero, hombre de noble espíritu, dirigido siempre al cielo, que no ansiaba otra cosa que morir y estar con

Cristo (Flp 1,23), se negaba en redondo a tal plan. Y como no había cumplido en su carne lo que faltaba a la pasión de Cristo, aunque llevase en su cuerpo las llagas, le acometió una gravísima enfermedad de ojos al tiempo que Dios multiplicaba sobre él su misericordia. El mal iba creciendo de día en día y, al parecer, la falta de cuidado lo agravaba. Por fin, el hermano Elías, a quien había escogido para sí como madre (136), y para los demás hermanos como padre (137), le indujo a que no rechazara la medicina, sino que la aceptara en el nombre del Hijo de Dios, por quien fue creada, según está escrito: *El Altísimo creó en la tierra la medicina, y el varón prudente no la desechará* (138). El santo Padre asintió amablemente, y con toda humildad se sometió a quien se lo aconsejaba.

Capítulo V

Cómo fue recibido por el cardenal Hugolino, obispo de Ostia, en la ciudad de Rieti, y cómo el Santo le predijo que llegaría a ser obispo de todo el mundo

99. Al no dar con un remedio eficaz entre los muchos que se le habían aplicado, marchó a la ciudad de Rieti, en la que residía, según decían, un gran especialista en dicha enfermedad. Al llegar a la ciudad, la curia romana, que moraba allí por aquellos días (139), le tributó un cálido recibimiento con todos los honores; se distinguió en la acogida el señor Hugolino, obispo de Ostia, destacado por la integridad de costumbres y santidad de vida (140). Con el consentimiento y por voluntad del señor papa Honorio, el bienaventurado Francisco lo había escogido como padre y señor de toda la Religión y Orden de sus hermanos; lo recomendaba su gran interés por la bendita pobreza y su mucha estima de la santa simplicidad. Este gran señor se acomodaba a la vida de los hermanos; y, deseoso de santidad, era simple con los simples; con los humildes, humilde; y pobre con los pobres. Era un hermano entre los hermanos; entre los menores, mínimo, y, en cuanto le era permitido, se esforzaba en llevar la misma vida y costumbres como uno más entre ellos. Estaba empeñado en propagar por todas partes la sagrada Religión, y contribuyó muy mucho a la difusión de la Orden en tierras remotas la esclarecida fama de su distinguida vida.

El Señor le había adornado de docta palabra; con ella confundía a los adversarios de la verdad, refutaba a los enemigos de la cruz de Cristo, atraía a los extraviados al buen camino, pacificaba a los discordes, y a los concordos los unía más estrechamente en el vínculo de la caridad. En la Iglesia de Dios era lámpara que arde y luce y saeta elegida preparada para el tiempo oportuno. ¡Oh, cuántas veces, depuestas las ricas vestiduras, vestido con otras más humildes, con los pies descalzos, caminaba como uno más de los hermanos en busca de cuanto sirve a la paz! Siempre que era necesario trataba con solicitud de establecerla, ya entre un hombre y su prójimo, ya entre Dios y el hombre. Por todo ello lo eligió Dios poco después para pastor de toda su santa Iglesia y lo exaltó entre todos los pueblos.

100. Y que esto sucediese por inspiración divina y por voluntad de Jesucristo, lo prueba el hecho de que el bienaventurado Francisco, mucho tiempo antes, lo anunció de palabra y lo ratificó con sus hechos. Cuando la Orden y Religión de los hermanos comenzaba ya a dilatarse mucho por obra de la divina gracia y, cual cedro en el paraíso de Dios (141), alcanzaba en los cielos el ápice en santos méritos y, como viña escogida, extendía sus sagrados sarmientos por toda la tierra, San Francisco se presentó ante el señor papa Honorio, en aquel entonces cabeza de la Iglesia romana, suplicándole con toda humildad que nombrara al señor Hugolino, obispo de Ostia, padre y señor suyo y de todos sus hermanos. Accedió el señor papa a las preces del Santo y, condescendiendo benignamente, delegó en él toda su potestad sobre la Orden. Hugolino la recibió con reverencia y devoción, y, cual siervo fiel y prudente al frente de la familia del Señor, se esforzó por todos los medios en servir oportunamente el alimento de la vida eterna a cuantos tenía a su cuidado. Por este motivo, el santo Padre se sometía a él en todo y le veneraba con admirable y reverente afecto.

Conducido por el espíritu de Dios, del que estaba pleno, intuía con mucho tiempo de antelación lo que luego había de ocurrir públicamente. Cuantas veces quería escribirle, ya por motivo de su Religión, ya, más frecuentemente, por el ardiente amor de Cristo que le profesaba, no se resignaba en sus cartas a llamarlo obispo ostiense o veletrense (142), como lo hacían otros en sus saludos, sino que escribía así: «Al reverendísimo padre (o: Al señor Hugolino), obispo de todo el orbe». Frecuentemente, también lo saludaba con bendiciones extrañas, y, si bien se mostraba

hijo por su devota sumisión, a veces, por inspiración del Espíritu Santo, lo consolaba con palabras de padre, *para reforzar las bendiciones de los padres hasta que llegase el deseado de los collados eternos* (Gén 49,26).

101. Este prelado sentía un amor extraordinario para con el Santo; cuanto el bienaventurado varón decía o hacía (143), lo encontraba bien, y con sólo su presencia se sentía muchas veces conmovido. Confesaba él mismo que, por muy perturbado o agitado de ánimo que estuviera, bastaba la presencia y el diálogo con San Francisco para disipar toda oscuridad en la mente y devolverle la serenidad, para ahuyentar toda tristeza y recuperar el gozo espiritual. Le servía al bienaventurado Francisco como siervo a su señor, y cuantas veces lo veía le mostraba reverencia, como a un apóstol de Cristo, e, inclinándose exterior e interiormente, a menudo le besaba las manos con sus labios sagrados.

Solícito y devoto se cuidaba de cómo el bienaventurado Padre podría recuperar la perdida salud de la vista, pues le reconocía santo y justo y en extremo necesario y útil para la Iglesia de Dios. A causa de Francisco se compadecía de toda la congregación de los hermanos, y en la persona del padre se apiadaba de los hijos. Por tanto, animaba al santo Padre a cuidarse y a no rechazar lo que necesitaba por la enfermedad, porque su negligencia podría ser juzgada pecado y no mérito. San Francisco observaba humildemente cuanto le venía ordenado por tan reverendo señor y carísimo padre, y en adelante se comportaba con más prudencia, y con mayor seguridad tomaba lo que era necesario para su curación. Mas en tal forma había penetrado el mal, que para remediarlo en algo se precisaba contar con un especialista extraordinario y echar mano de procedimientos dolorosísimos. De hecho sufrió cauterios en varias partes de la cabeza, le sajaron las venas, le pusieron emplastos, le inyectaron colirios; en lugar de proporcionarle alivio, estas intervenciones le perjudicaban casi siempre.

Capítulo VI

Virtudes de los hermanos que servían a San Francisco y cómo quería que fuesen todos los hermanos

102. A lo largo de casi dos años soportó estos dolores con mucha paciencia y humildad, dando gracias a Dios en todo. A fin de poder dedicarse más libremente a Dios y en sus frecuentes éxtasis recorrer las mansiones celestiales y penetrar en ellas y poder también, por la abundancia de la gracia, comparecer ante el dulcísimo y serenísimo Señor de todo, confió el cuidado de su persona a algunos hermanos que le merecían un amor singular. Eran éstos hombres de virtud, devotos para con Dios, agraciados ante los santos y queridos de los hombres; como casa sobre cuatro columnas, descansaba sobre ellos el bienaventurado Francisco. En gracia a la modestia, que, cual corresponde a hombres espirituales, les era muy familiar, silencio ahora sus nombres. La modestia es el ornato de toda edad, testimonio de inocencia, indicio de espíritu pudoroso, control del comportamiento, gloria especial de la conciencia, custodia del buen nombre y divisa de toda honestidad. Esta virtud era su adorno, y ella los hacía amables y benévolos ante los hombres; era gracia que poseían todos; pero, a su vez, cada uno destacaba por su virtud personal. Era uno de muy distinguida discreción; otro mostraba singular paciencia; un tercero resplandecía por su simplicidad llamativa; el último era fornido de cuerpo y sereno y pacífico de espíritu (144). Estos, con toda vigilancia, con el mayor interés, con toda su voluntad, velaban por el descanso espiritual del bienaventurado Padre y atendían a la debilidad de su cuerpo, sin recusar molestias o trabajos, consagrados por entero al servicio del Santo.

103. Y aunque el glorioso Padre estuviese ya consumado en gracia ante Dios y resplandeciese en santas obras entre los hombres del siglo, sin embargo, estaba siempre pensando en emprender cosas más perfectas, y, como peritísimo caballero en las milicias de Dios, desafiaba al adversario para reñir con él nuevas peleas. Se proponía llevar a cabo grandes proezas bajo la jefatura de Cristo, y, a pesar de irse descomponiendo sus miembros, y muerto ya su cuerpo, esperaba que con una nueva batalla había de conseguir el triunfo sobre el enemigo. Es que la virtud no conoce el límite del tiempo, porque espera un premio eterno. Ardía por esto en deseos vehementes de poder volver a aquellos comienzos de humildad, y, gozoso en la esperanza por la inmensidad de su amor, cavilaba en reducir su cuerpo, ya extenuado, a la antigua servidumbre.

Alejaba de sí con la mayor decisión los estorbos de todos los afanes y ahogaba totalmente el estrépito de todas las preocupaciones. Y cuando por la enfermedad se veía precisado a mitigar el primitivo rigor, solía decir: «Comencemos, hermanos, a servir al Señor Dios, pues escaso es o poco lo que hemos adelantado». No pensaba haber llegado aún a la meta (145), y, permaneciendo firme en el propósito de santa renovación, estaba siempre dispuesto a comenzar nuevamente. Le hubiera gustado volver a servir a los leprosos y padecer desprecios, como en tiempos pasados. Le apetecía apartarse de las relaciones con los hombres y marchar a lugares muy retirados, para que, libre de todo cuidado y abandonada toda preocupación por los demás, no hubiera otro muro que le separara de Dios sino el de su propia carne.

104. Se daba cuenta de que muchos ambicionaban puestos de magisterio, y, detestando la temeridad de los tales, se empeñaba en apartarlos de semejante peste con su ejemplo. Solía decir que es cosa buena y agradable a Dios cuidar de los demás, y añadía que conviene que asuman la responsabilidad de las almas quienes en esto nada buscan para sí y están siempre y en todo pendientes de la divina voluntad; quienes nada anteponen a su propia salud espiritual y no fijan la atención en los aplausos de los súbditos, sino en su provecho; quienes no anhelan el honor humano, sino la gloria ante Dios; quienes no aspiran a la prelatura, antes bien la temen; quienes, teniéndola, no se encumbran, más bien se humillan, y, privados de ella, no se abaten, sino se sienten honrados (146).

Y decía que, particularmente en nuestros días, en los que creció la malicia y sobreabundó la iniquidad, era peligroso gobernar, y, por el contrario, era más útil ser gobernado. Dolíase de que algunos hubieran abandonado sus primeras obras y por nuevos descubrimientos hubiesen olvidado la primitiva simplicidad. Por eso se lamentaba de los que, habiendo aspirado tiempo atrás con toda su alma a cosas más elevadas, hubieran decaído hasta las más bajas y viles, y, abandonados los auténticos goces del alma, anduvieran vagando, entre frivolidades y vanidades, en el campo de una vacía libertad. Pedía, pues, a la divina clemencia por la liberación de sus hijos y le suplicaba devotísimamente que los conservara en la gracia que les había sido regalada.

Capítulo VII

Cómo regresó de Siena a Asís. Encomio de la iglesia de Santa María de la Porciúncula. Bendición a todos los hermanos

105. Seis meses antes del día de su muerte, hallándose en Siena para poner remedio a la enfermedad de los ojos, comenzó a agravarse en todo su cuerpo: su estómago, deshecho por larga enfermedad, más la hepatitis y los fuertes vómitos de sangre, hacían pensar en la proximidad de la muerte. Al tener conocimiento de esto el hermano Elías, que se hallaba distante, púsose inmediatamente en camino. Con su venida, el santo Padre mejoró de tal forma que, dejando Siena, marchó con él a Celle de Cortona. Estando aquí por algún tiempo, comenzó a hincharsele el vientre; la hinchazón se extendió a piernas y pies, y el estómago se le fue debilitando tanto, que apenas podía tomar alimento (147). Rogó más tarde al hermano Elías que lo trasladase a Asís. El buen hijo hizo lo que el amoroso Padre le mandó, y, dispuesto todo lo necesario, lo llevó al lugar deseado. Se alegró la ciudad a la llegada del bienaventurado Padre y toda lengua loaba a Dios; el pueblo todo esperaba que presto había de morir el santo de Dios, y ésta era la causa de tan desbordante alegría.

106. Y por divino querer acaeció que aquella santa alma, desligada de la carne, pasara al reino de los cielos desde el lugar en que, todavía en vida, tuvo el primer conocimiento de las cosas sobrenaturales y le fue infundida la unción de la salvación. Pues, aunque sabía que en todo rincón de la tierra se encuentra el reino de los cielos y creía que en todo lugar se otorga la gracia divina a los elegidos de Dios, él había experimentado que el lugar de la iglesia de Santa María de la Porciúncula estaba henchido de gracia más abundante y que lo visitaban con frecuencia los espíritus celestiales. Por eso solía decir muchas veces a los hermanos: «Mirad, hijos míos, que nunca abandonéis este lugar. Si os expulsan por un lado, volved a entrar por el otro, porque este lugar es verdaderamente santo y morada de Dios. Fue aquí donde, siendo todavía pocos, nos multiplicó el Altísimo; aquí iluminó el corazón de sus pobres con la luz de su sabiduría; aquí encendió nuestras voluntades en el fuego de su amor. Aquí el que ore con corazón devoto obtendrá lo que pida y el que profane este lugar será castigado con mucho rigor. Por tanto, hijos

míos, mantened muy digno de todo honor este lugar en que habita Dios y cantad al Señor de todo corazón con voces de júbilo y alabanza».

107. A medida que se agravaba la enfermedad, iba languideciendo la fuerza corporal; y, carente ya de energías, no podía moverse en forma alguna. A un hermano que le preguntó si toleraba más a gusto esta larga y continua enfermedad que un violento martirio de mano de un verdugo cualquiera, le respondió: «Hijo mío, para mí lo más querido, lo más dulce, lo más grato, ha sido siempre, y ahora lo es, que se haga en mí y de mí lo que sea más del agrado de Dios. Sólo deseo estar en todo de acuerdo con su voluntad y obedecer a ella. Pero el sufrir tan sólo tres días esta enfermedad me resulta más duro que cualquier martirio. Lo digo no en atención al premio, sino a las molestias que trae consigo».

¡Oh mártir! Mártir que toleraba sonriente y lleno de gozo aquello que sólo verlo resultaba dolorosísimo y penosísimo a todos. No había quedado en él miembro que no sufriera intensamente (148); y, perdiendo poco a poco el calor natural, día a día se iba acercando el final. Los médicos se quedaban estupefactos y los hermanos maravillados de cómo un espíritu podía vivir en carne tan muerta, pues, consumida la carne, le restaba sólo la piel adherida a los huesos.

108. Al notar que era ya inminente el último día -de esto estaba advertido por revelación divina desde hacía dos años-, llamó a los hermanos que él quiso y bendijo a cada uno según le venía inspirado del cielo, como, tiempos atrás, el patriarca Jacob a sus hijos (Gén 49,1-27); o mejor si se quiere: como otro Moisés que, antes de subir al monte que le mostraba el Señor, colmó de bendiciones a los hijos de Israel (Dt 33,1). Le rodeaban los hermanos; como el hermano Elías estaba a su izquierda, cruzó las manos (149) y puso la derecha sobre su cabeza; al estar privado de la luz de los ojos corporales, preguntó: «¿Sobre quién tengo mi mano derecha?» «Sobre el hermano Elías», le respondieron. «Sí, eso es lo que quiero», dijo. Y continuó: «A ti, hijo mío, te bendigo en todo y por todo. Y como bajo tu dirección el Altísimo ha multiplicado mis hermanos e hijos, así sobre ti y en ti los bendigo a todos. En el cielo y en la tierra te bendiga Dios, Rey de todo el universo. Te bendigo cuanto puedo y más de lo que yo puedo; y lo que yo no puedo, hágalo en ti quien todo lo puede. Acuérdate Dios de tus obras y trabajos y en la retribución de los justos sea conservada tu herencia. Que halles toda bendición que desees y que te sea concedido cuanto pides dignamente (150). Adiós, hijos míos, vivid en el temor de Dios y permaneced siempre en él, porque vendrá sobre vosotros una terrible tentación y la tribulación está cerca. Dichosos los que perseveren en las obras que comenzaron; mas algunos las abandonarán por los escándalos que van a suceder. Yo me apresuro a ir al Señor, y confío en llegar a mi Dios, a quien con devoción he servido en mi espíritu».

Estaba entonces viviendo en el palacio del obispo de Asís (151), y por esto rogó a los hermanos que cuanto antes lo trasladaran a Santa María de la Porciúncula, pues deseaba entregar su alma a Dios donde, como se ha dicho, conoció claramente por primera vez el camino de la verdad.

Capítulo VIII

Lo que hizo y dijo en su preciosa muerte

109. Habían transcurrido ya veinte años desde su conversión. Quedaba así cumplido lo que por voluntad de Dios le había sido manifestado. En efecto, el bienaventurado Padre y el hermano Elías moraban en cierta ocasión en Foligno; una noche, mientras dormían, se apareció al hermano Elías un sacerdote vestido de blanco, de edad avanzada y de aspecto venerable, y le dijo: «Levántate, hermano, y di al hermano Francisco que se han cumplido dieciocho años desde que renunció al mundo y se unió a Cristo; que a partir de hoy le quedan todavía dos años en esta vida, y que, pasados éstos, le llamará el Señor a sí y entrará por el camino de todo mortal». Y sucedió que, terminado el plazo que mucho antes había sido fijado, se cumplió la palabra del Señor.

Había descansado ya unos pocos días en aquel lugar, para él tan querido; conociendo que la muerte estaba muy cercana, llamó a dos hermanos e hijos suyos preferidos (152) y les mandó que, espiritualmente gozosos, cantaran en alta voz las alabanzas del Señor (153) por la muerte que se acercaba, o más bien, por la vida que era tan inminente. Y él entonó con la fuerza que pudo aquel salmo de David: *Con mi voz clamé al Señor, con mi voz imploré piedad del Señor* (Sal

141). Entre los presentes había un hermano a quien el Santo amaba con un afecto muy distinguido (154); era él muy solícito de todos los hermanos; viendo este hecho y sabedor del próximo desenlace de la vida del Santo, le dijo: «¡Padre bondadoso, mira que los hijos quedan ya sin padre y se ven privados de la verdadera luz de sus ojos! Acuérdate de los huérfanos que abandonas y, perdonadas todas sus culpas, alegría con tu santa bendición tanto a los presentes cuanto a los ausentes».

«Hijo mío -respondió el Santo-, Dios me llama. A mis hermanos, tanto a los ausentes como a los presentes, les perdono todas las ofensas y culpas y, en cuanto yo puedo, los absuelvo; cuando les comuniqués estas cosas, bendícelos a todos en mi nombre».

110. Mandó luego que le trajesen el código de los evangelios y pidió que se le leyera el evangelio de San Juan desde aquellas palabras: *Seis días antes de la Pascua, sabiendo Jesús que le era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre...* (Jn 12,1 y 13,1). Era el mismo texto evangélico que el ministro había preparado para leérselo antes de haber recibido mandato alguno; fue también el que salió al abrir por primera vez el libro, siendo así que dicho volumen, del que tenía que leer el evangelio, contenía la Biblia íntegra. Ordenó luego que le pusieran un cilicio y que esparcieran ceniza sobre él, ya que dentro de poco sería tierra y ceniza.

Estando reunidos muchos hermanos, de los que él era padre y guía, y aguardando todos reverentes el feliz desenlace y la consumación dichosa de la vida del Santo, se desprendió de la carne aquella alma santísima, y, sumergida en un abismo de luz, el cuerpo se durmió en el Señor. Uno de sus hermanos y discípulos -bien conocido por su fama y cuyo nombre opino se ha de callar, pues, viviendo aún entre nosotros, no quiere gloriarse de tan singular gracia- vio cómo el alma del santísimo Padre subía entre muchas aguas derecha al cielo (155). Era como una estrella, parecida en tamaño a la luna, fúlgida como el sol, llevada en una blanca nubecilla.

111. Justamente por todo esto, podemos exclamar: ¡Oh cuán glorioso es este Santo, cuya alma vio un discípulo subir al cielo! ¡Bella como la luna, resplandeciente como el sol, que fulguraba de gloria mientras ascendía en una blanca nube! ¡Luz del mundo que en la Iglesia de Cristo iluminas más que el sol! ¡Nos has substraído los rayos de tu luz y has pasado a aquella patria esplendente donde, en lugar de nuestra pobre compañía, tienes la de los ángeles y los santos! ¡Oh sustento glorioso digno de toda alabanza, no te desentiendas del cuidado de tus hijos aunque te veas ya despojado de su carne! Tú sabes, y bien que lo sabes, en qué peligros has dejado a los que sola tu dichosa presencia aliviaba siempre misericordiosamente en sus innumerables fatigas y frecuentes angustias. ¡Oh Padre santísimo, lleno de compasión, siempre pronto a la misericordia y a perdonar los extravíos de tus hijos! A ti, Padre dignísimo, te bendecimos; a ti, a quien bendijo el Altísimo, que es siempre Dios bendito sobre todas las cosas. Amén.

Capítulo IX

Llanto y gozo de los hermanos al contemplar en él las señales de la cruz. Las alas del serafín

112. Conocido esto, se congregó una gran muchedumbre, que bendecía a Dios, diciendo: «¡Loado y bendito seas tú, Señor Dios nuestro, que nos has confiado a nosotros, indignos, tan precioso depósito! (156). ¡Gloria y alabanza a ti, Trinidad inefable!» La ciudad de Asís fue llegando por grupos, y los habitantes de toda la región corrieron a contemplar las maravillas divinas que el Dios de la majestad había obrado en su santo siervo. Cada cual cantaba su canto de júbilo según se lo inspiraba el gozo de su corazón y todos bendecían la omnipotencia del Salvador por haber dado cumplimiento a su deseo. Mas los hijos se lamentaban de la pérdida de tan gran padre, y con lágrimas y suspiros expresaban el íntimo afecto de su corazón.

No obstante, Un gozo inexplicable templaba esta tristeza, y lo singular del milagro los había llenado de estupor. El luto se convirtió en cántico, y el llanto en júbilo (157). No habían oído ni jamás habían leído en las Escrituras lo que ahora estaba patente a los ojos de todos; y difícilmente se hubiera podido persuadir de ello a nadie de no tener pruebas tan evidentes. Podía, en efecto, apreciarse en él una reproducción de la cruz y pasión del Cordero immaculado que lavó los crímenes del mundo; cual si todavía recientemente hubiera sido bajado de la cruz, ostentaba

las manos y pies traspasados por los clavos, y el costado derecho como atravesado por una lanza.

Además contemplaban su carne, antes morena, ahora resplandeciente de blancura; su hermosura venía a ser garantía del premio de la feliz resurrección. Su rostro era como rostro de ángel, como de quien vive y no de quien está muerto; los demás miembros quedaron blandos y frescos como los de un niño inocente. No se contrajeron los nervios, como sucede con los cadáveres, ni se endureció la piel; no quedaron rígidos los miembros, sino que, flexibles, permitían cualquier movimiento.

113. A la vista de todos resplandecía tan maravillosa belleza; su carne se había vuelto más blanca (158); pero era sorprendente contemplar, en el centro de manos y pies, no vestigios de clavos, sino los clavos mismos, que, hechos de su propia carne, presentaban el color oscuro del hierro, y el costado derecho tinto en sangre. Estas señales de martirio no causaban espanto a quienes las veían; es más, prestaban a su carne mucha gracia y hermosura, como las piedrecillas negras en pavimento blanco. Llegábanse presurosos los hermanos e hijos, y, derramando lágrimas, besaban las manos y los pies del piadoso Padre que los había dejado, y el costado derecho, cuya herida recordaba la de Aquel que, derramando sangre y agua, reconcilió el mundo con el Padre. Muy honrada se sentía la gente; no sólo aquellos a quienes era dado el besar, sino también los que no podían más que ver las sagradas llagas de Jesucristo que san Francisco llevaba en su cuerpo.

¿Quién, ante semejante espectáculo, había de darse al llanto y no más bien al gozo? Y si llorase, ¿no serían sus lágrimas de alegría más que de dolor? ¿Quién podría tener un pecho tan de hierro que no rompiera en gemidos? ¿O quién podría tener un corazón tan de piedra que no se abriese a la compunción, que no ardiese en divino amor y que no se llenase de buena voluntad? ¿Quién sería tan rudo, tan insensible, que no llegara a comprender con toda claridad que un santo que había sido honrado con don tan singular en la tierra iba a ser ensalzado con inefable gloria en los cielos?

114. ¡Oh don singular, señal del privilegio del amor, que el caballero venga adornado de las mismas armas de gloria que por su excelsa dignidad corresponden únicamente al Rey! ¡Oh milagro digno de eterna memoria y sacramento que continuamente ha de ser recordado con admirable reverencia! De modo visible representa el misterio de la sangre del Cordero que, manando copiosamente de las cinco aberturas, lavó los crímenes del mundo. ¡Oh sublime belleza de la cruz vivificante, que a los muertos da vida; tan suavemente oprime y con tanta dulzura punza, que en ella adquiere vida la carne ya muerta y el espíritu se fortalece! ¡Mucho te amó quien por ti fue con tanta gloria hermoseado!

¡Gloria y bendición al solo Dios sabio, que renueva los antiguos prodigios y repite los portentos para consolar con nuevas revelaciones las mentes de los débiles y para que por obra de las maravillas visibles sean sus corazones arrebatados al amor de las invisibles! (159). ¡Oh maravillosa y amable disposición de Dios, que, para evitar toda sorpresa sobre la novedad del milagro, mostró misericordiosamente, en primer lugar en quien venía del cielo (160), lo que más tarde había de obrarse milagrosamente en quien vivía en la tierra! Y, ciertamente, el verdadero Padre de las misericordias quiso indicarnos cuán gran premio merecerá el que se empeñe en amarle de todo corazón para verse colocado en el orden superior de los espíritus celestiales (161) y más próximo al propio Dios.

Sin duda alguna, lo podremos conseguir si, a semejanza del serafín (162), extendemos dos alas sobre la cabeza y, a ejemplo del bienaventurado Francisco, buscamos en toda obra buena una intención pura y un comportamiento recto, y, orientado todo a Dios, tratamos infatigablemente de agradarle en todas las cosas. Estas dos alas se unen necesariamente al cubrir la cabeza, significando que el Padre de las luces no puede aceptar en modo alguno la rectitud en el obrar sin la pureza de intención; ni viceversa, pues Él mismo nos lo asegura: *Si tu ojo fuese sencillo, todo tu cuerpo será lúcido; si, en cambio, fuese malo, todo el cuerpo será tenebroso* (Mt 6,22-23). El ojo sencillo no es el que no ve lo que ha de ver, incapaz de descubrir la verdad, o el que ve lo que no ha de ver, careciendo de pureza de intención. En el primer caso tenemos no simplicidad, sino ceguera, y en el segundo, maldad. Las plumas de estas alas son: el amor del Padre, que misericordiosamente salva, y el temor del Señor, que juzga terriblemente; ellas han de mantener

las almas de los elegidos suspendidas sobre las cosas terrenas reprimiendo las malas tendencias y ordenando los castos afectos.

El segundo par de ellas es para volar, esto es, para consagrarnos a un doble deber de caridad para con el prójimo, alimentando su alma con la palabra de Dios y sustentando el cuerpo con los bienes de la tierra. Estas dos alas muy raramente se juntan, porque difícilmente puede dar un cumplimiento a entrambas cosas. Las plumas de estas dos alas son la diversidad de obras que se deben realizar para aconsejar y ayudar al prójimo.

Finalmente, con las otras dos alas se debe cubrir el cuerpo desnudo de méritos; esto se cumple debidamente cuando, al desnudarlo por el pecado, lo revestimos con la inocencia de la confesión y la contrición. Las plumas de estas dos alas son los varios afectos engendrados por la detestación del pecado y por el hambre de justicia.

115. Todo esto lo observó a perfección el beatísimo padre Francisco, quien tuvo imagen y forma de serafín, y, perseverando en la cruz, mereció volar a la altura de los espíritus más sublimes. Siempre permaneció en la cruz, no esquivando trabajo ni dolor alguno con tal de que se realizara en sí la voluntad del Señor.

Bien lo saben cuantos hermanos convivieron con él: qué a diario, qué de continuo traía en sus labios la conversación sobre Jesús; qué dulce y suave era su diálogo; qué coloquio más tierno y amoroso mantenía. De la abundancia del corazón hablaba su boca, y la fuente de amor iluminado que llenaba todas sus entrañas, bullendo saltaba fuera. ¡Qué intimidades las tuyas con Jesús! Jesús en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús presente siempre en todos sus miembros. ¡Oh, cuántas veces, estando a la mesa, olvidaba la comida corporal al oír el nombre de Jesús, al mencionarlo o al pensar en él! Y como se lee de un santo: «Viendo, no veía; oyendo, no oía» (163). Es más: si, estando de viaje, cantaba a Jesús o meditaba en Él, muchas veces olvidaba que estaba de camino y se ponía a invitar a todas las criaturas a loar a Jesús. Porque con ardoroso amor llevaba y conservaba siempre en su corazón a Jesucristo, y éste crucificado, fue señalado gloriosísimamente sobre todos con el sello de Cristo; con mirada extática le contemplaba sentado, en gloria indecible e incomprensible, a la derecha del Padre, con el cual, Él, coeterno Hijo del Altísimo, en la unidad del Espíritu Santo, vive y reina, vence e impera, Dios eternamente glorioso por todos los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo X

Llanto de las señoras de San Damián y cómo fue sepultado con honor y gloria

116. Los hermanos e hijos, que habían acudido con multitud de gente de las ciudades vecinas - dichosa de poder asistir a tales solemnidades-, pasaron aquella noche del tránsito del santo Padre en divinas alabanzas; en tal forma que, por la dulzura de los cánticos y el resplandor de las luces, más parecía una vigilia de ángeles. Llegada la mañana, se reunió una muchedumbre de la ciudad de Asís con todo el clero; y, levantando el sagrado cuerpo del lugar en que había muerto, entre himnos y cánticos, al son de trompetas, lo trasladaron con todo honor a la ciudad. Para acompañar con toda solemnidad los sagrados restos, cada uno portaba ramos de olivo y de otros árboles, y, en medio de infinitas antorchas, entonaban a plena voz cánticos de alabanza. Los hijos llevaban a su padre y la grey seguía al pastor que se había apresurado tras el pastor de todos; cuando llegaron al lugar donde por primera vez había establecido la Religión y Orden de las vírgenes y señoras pobres, lo colocaron en la iglesia de San Damián, morada de las mencionadas hijas, que él había conquistado para el Señor; abrieron la pequeña ventana a través de la cual determinados días suelen las siervas de Cristo recibir el sacramento del cuerpo del Señor (164). Descubrieron el arca que encerraba aquel tesoro de celestiales virtudes; el arca en que era llevado, entre pocos, quien arrastraba multitudes. La señora Clara, en verdad clara por la santidad de sus méritos, primera madre de todas las otras -fue la primera planta de esta santa Orden-, se acercó con las demás hijas a contemplar al Padre, que ya no les hablaba y que, habiendo emprendido otras rutas, no retornaría a ellas.

117. Al contemplarlo, rompieron en continuos suspiros, en profundos gemidos del corazón y copiosas lágrimas, y con voz entrecortada comenzaron a exclamar: «Padre, Padre, ¿qué vamos a hacer? ¿Por qué nos dejas a nosotras, pobrecitas? ¿A quién nos confías en tanta desolación?»

¿Por qué no hiciste que, gozosas, nos adelantáramos al lugar a donde vas las que quedamos ahora desconsoladas? ¿Qué quieres que hagamos encerradas en esta cárcel, las que nunca volveremos a recibir las visitas que solías hacernos? Contigo ha desaparecido todo nuestro consuelo, y para nosotras, sepultadas al mundo, ya no queda solaz que se le pueda equiparar. ¿Quién nos ayudará en tanta pobreza de méritos, no menos que de bienes materiales? ¡Oh padre de los pobres, enamorado de la pobreza! Tú habías experimentado innumerables tentaciones y tenías un tacto fino para discernirlas; ¿quién nos socorrerá ahora en la tentación? Tú nos ayudaste en las muchas tribulaciones que nos visitaron; ¿quién será el que, desconsoladas en ellas, nos consuele? ¡Oh amarguísima separación! ¡Oh ausencia dolorosa! ¡Oh muerte sin entrañas, que matas a miles de hijos e hijas arrebatándoles tal padre, cuando alejas de modo inexorable a quien dio a nuestros esfuerzos, si los hubo, máximo esplendor!»

Mas el pudor virginal se imponía sobre tan copioso llanto; muy inoportuno resultaba llorar por aquel a cuyo tránsito habían asistido ejércitos de ángeles y por quien se habían alegrado los ciudadanos de los santos y los familiares de Dios. Dominadas por sentimientos de tristeza y alegría, besaban aquellas coruscantes manos, adornadas de preciosísimas gemas y rutilantes margaritas; retirado el cuerpo, se cerró para ellas aquella puerta que no volvería a abrirse para dolor semejante. ¡Cuanta era la pena de todos ante los afligidos y piadosos lamentos de estas vírgenes! ¡Cuántos, sobre todo, los lamentos de sus desconsolados hijos! El dolor de cada uno era compartido por todos. Y era casi imposible que pudiera cesar el llanto cuando aquellos ángeles de paz tan amargamente lloraban.

118. Llegados, por fin, a la ciudad, con gran alegría y júbilo depositaron el santísimo cuerpo en lugar sagrado (165), y desde entonces más sagrado. A gloria del sumo y omnipotente Dios, ilumina desde allí el mundo con multitud de milagros, de la misma manera que hasta ahora lo ha ilustrado maravillosamente con la doctrina de la santa predicación. ¡Gracias a Dios! Amén.

Santísimo y bendito Padre: he aquí que he tratado de honrarte con justos y merecidos elogios, bien que insuficientes, y he narrado, como he podido, tus gestas. Concédeme por ello a mí, miserable, te siga en la presente vida con tal fidelidad, que, por la misericordia divina, merezca alcanzarte en la futura. Acuérdate, ¡oh piadoso!, de tus pobres hijos, a quienes después de ti, su único y singular consuelo, apenas si les queda alguno. Pues, aunque tú, la mejor parte de su herencia y la primera, te encuentres unido al coro de los ángeles y seas contado entre los apóstoles en el trono de la gloria, ellos, no obstante, yacen en el fango y están encerrados en cárcel oscura, desde donde claman a ti entre llantos: «Muestra, padre, a Jesucristo, Hijo del sumo Padre, sus sagradas llagas y presenta las señales de la cruz que tienes en tu costado, en tus pies y en tus manos, para que Él se digne, misericordioso, mostrar sus propias heridas al Padre, quien ciertamente por esto ha de mostrarse siempre propicio con nosotros, pobres pecadores. Amén. Así sea. Así sea» (166).

PARTE TERCERA

Comienza la tercera parte, que trata de la canonización del bienaventurado Francisco y de sus milagros

119. Si felices fueron los inicios, mucho más feliz fue el final con que los remató el gloriosísimo padre Francisco el año vigésimo de su conversión, entregando felicísimamente su espíritu al cielo; coronado de gloria y honor, obtenido un puesto en medio de piedras de fuego (167), presente ante el trono de la divinidad, se ocupa eficazmente de los asuntos de aquellos que tuvo que dejar en el mundo. En efecto, ¿qué le podrá ser denegado a quien, por la impresión de las sagradas llagas, es figura de Aquel que, siendo igual al Padre, esplendor de su gloria e imagen de la substancia de Dios, se sienta en las alturas a la derecha de su Majestad, consiguiendo la purificación de los pecados? ¿Cómo no ha de ser escuchado quien, configurado con la muerte de Cristo Jesús en la participación de sus sufrimientos, muestra sus sagradas llagas en manos, pies y costado?

Alegra ya, en verdad, al mundo entero que con gozo renovado experimenta la redención, y a todos brinda los frutos de la verdadera salvación. Ilumina al mundo con la esplendorosa luz de sus milagros y alumbraba el orbe entero con fulgor de auténtica estrella. Lloraba poco ha el mundo al verse privado de su presencia, y a su ocaso se veía sumergido como en abismo de tinieblas. Pero ahora, ante la aparición de la nueva luz, bañado, como en mediodía, de rayos más esplendentes, siente que toda oscuridad ha desaparecido. Cesó ya, ¡bendito sea Dios!, todo lamento, pues a diario y en todas partes se va viendo con nuevo regocijo que de él proviene copiosísima sobreabundancia de santas virtudes. Vienen del oriente y del occidente, del mediodía y del septentrión, quienes, favorecidos por su patrocinio, confirman con el testimonio de la verdad lo que yo digo. Amante distinguido como era de las cosas celestiales, mientras vivió en la carne no quiso aceptar propiedad alguna en el mundo, para poder así poseer más plenamente y con mayor gozo el bien total. Y ahora lo tiene todo quien no consintió estar dividido; cambió el tiempo por la eternidad. En todo lugar ayuda a todos, en todas partes está presente a todos y, amor verdadero de la unidad, no conoce los daños de la división.

120. Cuando todavía estaba entre los pecadores, recorría, predicando, el mundo entero; ahora que reina en el cielo, como heraldo del sumo Rey, vuela veloz, más que el pensamiento, y socorre con insignes favores a todos los pueblos. Todos le honran, le veneran, le glorifican y ensalzan. Todos participan del mismo bien. ¿Quién podrá enumerar y describir los milagros que el Señor se ha dignado obrar por su medio en todas partes?

¡Cuántos son los prodigios que obra Francisco aun sólo en Francia, donde el rey y la reina y todos los magnates acuden a besar y venerar el cabezal que usó el Santo durante su enfermedad! (168). ¡Cuántos los sabios del orbe y personas eminentísimas en letras -de los que París produce mayor número que ninguna otra ciudad de la tierra- que veneran, admiran y honran humilde y devotísimamente a Francisco, iletrado y amigo de la verdadera simplicidad y de toda sinceridad! Bien le cuadra el nombre de Francisco a quien se distinguía por su franqueza y la nobleza de su corazón (169). Los que experimentaron su magnanimidad tuvieron pruebas de su libertad y liberalidad, de su seguridad e intrepidez en todo, de la energía y fervor de ánimo con que conculcó las cosas de este siglo.

Y ¿qué diré de las otras partes del mundo, en las que, por virtud de sus prendas, se alejan los males, huyen las enfermedades y, a la sola invocación de su nombre, se ven libres de sus calamidades muchos hombres y mujeres?

121. También sobre su sepulcro tienen lugar, frecuentemente, nuevos milagros, y, a medida que aumentan las peticiones, se van alcanzando preclaros beneficios para almas y cuerpos. Los ciegos recobran la vista; los sordos, el oído; los cojos, el movimiento; habla el mudo, salta el gotoso, y el leproso queda limpio; el hidrópico adelgaza, y cuantos sufren de las más variadas y diversas dolencias a causa de sus enfermedades, obtienen la salud deseada; así, el cuerpo muerto sana los cuerpos vivos, como en vida daba vida a las almas muertas.

Tales maravillas llegan a conocimiento del romano pontífice; pontífice supremo, guía de los cristianos, señor del mundo, pastor de la Iglesia, ungido del Señor, vicario de Cristo. Gózase y exulta, se regocija y alegra, al ver que en su tiempo, y mediante el hijo de sus entrañas, a quien tuvo en el regazo, alimentó con la leche de la palabra y crió con manjares de salvación, la Iglesia de Dios se rejuvenece con nuevos misterios, pero con antiguas maravillas. Llegan también a oídos de los demás custodios de la Iglesia, pastores de la grey, defensores de la fe, amigos del esposo, coadjutores suyos, puntales del mundo, los venerables cardenales. Se congratulan con la Iglesia, comparten su gozo con el papa, glorifican al Salvador, que con suma e inefable sabiduría, por suma e incomparable gracia, con suma e inestimable bondad, escogió lo necio y despreciable del mundo para atraerse a sí todo lo poderoso. Los escucha igualmente y aplaude el orbe entero, y todos los príncipes, padres de la fe católica, sobreabundan en gozo y quedan colmados de santa consolación.

122. Mas, inesperadamente, las cosas cambian, y surge un nuevo problema en el mundo. Al gozo de la paz sucede la turbación y, encendida la llama de la envidia, la Iglesia se desgarran en luchas domésticas e intestinas. Los romanos, gente sediciosa y feroz, caen sobre sus vecinos, según costumbre, y, en su temeridad, ponen las manos sobre el santo (170). El papa Gregorio hace cuanto puede para contener el mal, por reprimir la crueldad, por mitigar la violencia, y, como torre bien fortificada, defiende la Iglesia de Dios. Son muchos los peligros que surgen, multiplicanse los males, y, en el resto del orbe, los pecadores yerguen su cerviz contra Dios. ¿Qué es lo que puede hacer? Con certera visión del futuro, ponderando lo presente, decide abandonar la Urbe a los sediciosos para defender y librar el orbe de las sediciones. Se dirige a Rieti, donde es recibido con los debidos honores; pasa luego a Espoleto, donde es también honrado con gran veneración. Breve es el tiempo que se detiene en esta ciudad; así y todo, tras haber informado de la situación de la Iglesia, tiene a bien visitar, en compañía de los venerables cardenales, a las siervas de Cristo, muertas y sepultadas para el mundo (171). Su santa vida, su altísima pobreza, su gloriosa institución, mueven a lágrimas al pontífice y a sus acompañantes, los induce al desprecio del siglo y los enardece para una vida célibe.

¡Oh humildad amable, madre de todas las gracias! ¡El príncipe de todo el orbe, el sucesor del príncipe de los apóstoles, se digna visitar a unas pobrecitas mujeres, se llega a las despreciadas y humildes encarceladas! ¡Humildad verdaderamente digna de un justo elogio; pero, no obstante, poco practicada y desconocida en muchos de los siglos pasados!

123. Aligera el paso y se da prisa por llegar a Asís, donde se conserva aquel preclaro depósito para él tan querido; buscaba olvidarse de todos los sufrimientos y de las tribulaciones que le amenazaban. Toda la comarca se alegra con su llegada, la ciudad se ve inundada de gozo, el pueblo en masa lo celebra con regocijo, y aquel día luminoso resplandece con nuevas claridades. Salen todos a su encuentro y se forma un solemne cortejo. Le recibe la piadosa comunidad de hermanos pobres, que entonan dulces cantos al ungido del Señor (172). Llega al lugar el vicario de Cristo, y, en cuanto se apea, saluda, reverente y feliz, el sepulcro de San Francisco. Rompe en suspiros, golpéase el pecho, llora, y con gran devoción inclina su veneranda cabeza.

Se tienen solemnes encuentros acerca de la canonización del Santo y frecuentemente se celebran reuniones de cardenales para tratar este asunto. Llegan de todas partes gentes que han sido liberadas de sus males por intercesión del santo de Dios, se ve que en todas partes resplandecen milagros numerosos; la asamblea aprueba unos, verifica otros, escucha más relatos y recibe nuevas noticias. Por razones de su cargo y por causas imprevistas, el bendito papa tiene que ir a Perugia (173); pero retornará a Asís a tratar con benevolencia sobreabundante y singular de negocio tan importante. Establecido, por fin, en Perugia, se celebra la sagrada reunión de los venerables cardenales en la cámara del señor papa para resolver la causa. Todos están acordes, y lo manifiestan unánimemente; leen los milagros con profunda veneración y con los más altos elogios ensalzan la vida del bienaventurado Padre y su conversión.

124. «No necesita -afirman todos- de atestación de milagros la vida santísima de este santísimo varón, que hemos visto con nuestros propios ojos, que con nuestras manos hemos tocado y que, ilustrados por la verdad, hemos comprobado». Todos rebosan de alegría, gozan, lloran, y en su llanto encuentran amplia bendición. Fijan el día bendito en que el mundo todo se llenará de santa alegría. Se avecina el día agosto, por siempre venerable, que inunda de gozo inmenso no sólo la tierra, sino también las mansiones celestiales. Son convocados los obispos,

llegan los abades, asisten prelados venidos de las más remotas tierras; está también representada la dignidad real (174); acude una noble multitud de condes y señores. Cortejan luego todos al señor de todo el orbe y con él entran con gran pompa en la ciudad de Asís. Llegan al lugar preparado para tan solemne acto (175); rodean al bienaventurado papa todos los eminentes cardenales, obispos y abades. Es de ver la magnífica concurrencia de sacerdotes y clérigos; la gozosa y sagrada aglomeración de religiosos; la afluencia de las que se distinguen por el hábito modesto y el velo sagrado; la inmensa muchedumbre de todos los pueblos; la casi innumerable multitud de ambos sexos. Vienen de todas partes, y con sumo placer están presentes en tan extraordinaria asamblea gentes de toda edad. Allí están el pequeño y el grande, el siervo y el libre.

125. Está presente el sumo pontífice, esposo de la Iglesia de Cristo, rodeado de tanta variedad de hijos; lleva en su cabeza la corona de gloria como signo de santidad; ostenta las insignias pontificales, está revestido de los ornamentos sagrados, con bordados de oro y recamados de piedras preciosas; es el ungido del Señor, deslumbrante en la magnificencia de su gloria; cubierto de gemas radiantes de formas variadas, se atrae las miradas de todos. Le rodean cardenales y obispos, que lucen las más esplendentes joyas y van vestidos de un blanco de fulgor de nieve; ofrecen una imagen de belleza mayor que la celestial y encarnan el gozo de los bienaventurados. Todo el pueblo está suspenso esperando la palabra de gozo, la palabra de alegría, la palabra nueva, la palabra llena de toda suavidad, la palabra de alabanza y de perpetua bendición.

El papa Gregorio predica primero a la multitud; con dulce afecto y voz sonora, proclama las alabanzas de Dios; con magníficas palabras hace también el elogio del santo padre Francisco, y prorrumpe en lágrimas cuando recuerda y pregona la pureza de su vida. Su sermón comienza así: *Como la estrella de la mañana en medio de la niebla, y como la luna llena en sus días, y como el sol refulgente, así resplandeció este hombre en el templo de Dios* (Ecclo 50,6-7). Terminada la prédica, puntualmente exacta y fidedigna en absoluto, uno de los subdiáconos del señor papa, llamado Octaviano (176), lee con voz potente, ante toda la asamblea, los milagros del Santo. El señor Rainerio (177), cardenal diácono, hombre de sutil ingenio, ilustre por su piedad y costumbres, los ojos bañados en lágrimas, los explica con palabras sagradas. Gózase el pastor de la Iglesia, y entre profundos suspiros, que le brotan de lo más hondo, y repetidos sollozos, derrama lágrimas copiosas. Lloran también los demás prelados de la Iglesia; y tan abundantes son las lágrimas, que llegan a humedecer los ornamentos sagrados. Todo el pueblo, en fin, se deshace en llanto, y la misma ansiedad con que esperan intensifica su cansancio.

126. El bienaventurado papa levanta la voz, eleva los brazos al cielo y proclama: «Para alabanza y gloria de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la gloriosa Virgen María, y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y para honor de la gloriosa Iglesia Romana, con el consejo de nuestros hermanos (178) y de los otros prelados, venerando en la tierra a quien Dios ha glorificado en el cielo, establecemos que el beatísimo padre Francisco sea inscrito en el catálogo de los santos y que su fiesta se celebre el día de su muerte».

Terminadas estas palabras, los reverendos cardenales, a una con el papa, entonaron en alta voz el *Te Deum laudamus*. Al punto, la multitud rompe en clamorosas alabanzas de Dios, y en la tierra resuenan sus voces, vibran en el aire cantos de alegría y el suelo se baña de lágrimas. Suenan cánticos nuevos (179) y los siervos de Dios regustan estas melodías del espíritu. Se escuchan dulces cánticos y con voces bien moduladas se cantan himnos espirituales. Se respira suavísimo perfume y se escuchan alegres melodías que conmueven los corazones de todos; resplandece aquel día, coloreado con los rayos más rutilantes; ondean verdes ramos de olivo y tiernas ramas de otros árboles; los adornos festivos del día hermocean a todos, iluminándolos con fúlgidas luces; y la bendición de la paz alegra los corazones de los presentes. Finalmente, el bienaventurado papa Gregorio baja del excelso solio y penetra en el santuario por las gradas inferiores (180) para ofrecer votos y sacrificios; besa con fruición la tumba que guarda el cuerpo santo y consagrado a Dios. Eleva repetidamente a Dios sus preces y celebra los misterios sagrados. Formando corona, le rodean los hermanos, que alaban, adoran y bendicen al Dios omnipotente, que obra maravillas en toda la tierra. El pueblo entero se suma a las alabanzas de Dios y, en honor de la excelsa Trinidad, rinde acciones de gracias a San Francisco. Amén.

Todo esto sucedió en la ciudad de Asís el día 16 de julio del segundo año del pontificado del señor papa Gregorio IX.

MILAGROS DE SAN FRANCISCO

En el nombre de Cristo, comienzan los milagros de nuestro santísimo padre Francisco

127. Invocando humildemente la gracia de nuestro Señor Jesucristo, para mover a ferviente devoción a los presentes y para corroborar la fe de los venideros, con la ayuda de Cristo transcribimos brevemente, pero según verdad, los milagros que, como queda dicho, se leyeron ante el señor papa Gregorio y se comunicaron al pueblo.

Contrahechos sanados

El mismo día en que el sacrosanto cuerpo del beatísimo padre Francisco, embalsamado más con aromas celestiales que con esencias terrenas, fue escondido como preciosísimo tesoro, llevaron a una niña que hacía un año que tenía el cuello monstruosamente contrahecho y la cabeza inclinada hacia el hombro y pegada a él, de suerte que no podía mirar hacia arriba sino de soslayo. Tuvo durante un rato la cabeza bajo el arca que encerraba el precioso cuerpo del Santo, y de pronto, por los méritos de éste, enderezó el cuello y la cabeza recobró su posición natural; tan sorprendida quedó de esta repentina mudanza, que, llorando, echó a correr. Debido a la enfermedad que le aquejó durante tan largo tiempo, le quedó una concavidad sobre el hombro en que había llevado cargada la cabeza.

128. En el condado de Narni había un criado con la pierna tan contrahecha, que de ningún modo podía caminar si no era con ayuda de dos muletas. Vivía de la mendicidad; tantos años llevaba así afectado de esta grave enfermedad, que ni siquiera conocía a sus propios padres. Quedó libre de dicho mal por los méritos de nuestro beatísimo padre Francisco, de manera que en adelante andaba siempre sin ayuda de las muletas, alabando y bendiciendo por ello a Dios y a su santo.

129. Un tal Nicolás, ciudadano de Foligno, tenía la pierna izquierda contrahecha; exasperado por agudísimos dolores, gastó tanto en médicos para recuperar la salud perdida, que se hallaba cargado de deudas, superiores a las que hubiera querido y a las que podía saldar. Como a la postre sus remedios no le aprovechaban en absoluto y sentía unos dolores tan intensos que con sus lastimeros gritos no dejaba dormir de noche a los vecinos, se ofreció a Dios y a San Francisco y se hizo llevar a su sepulcro. Pasó una noche en oración ante la tumba del Santo y se le curó la pierna; rebosante de gozo, regresó sin muletas a casa.

130. Había un niño que tenía una pierna tan contrahecha, que llevaba la rodilla pegada al pecho, y el calcañal a las nalgas. Mientras se dirigía al sepulcro del bienaventurado Francisco, su padre castigaba la propia carne con un cilicio y su madre se imponía duras penitencias para conseguir la curación del hijo. Tan plena y repentina fue la curación, que, sano y alegre, dando gracias a Dios y a San Francisco, podía correr por las plazas.

131. Había en la ciudad de Fano un tullido que tenía las piernas tan contrahechas, que las llevaba pegadas a las nalgas, y tan llenas de úlceras, que, por el hedor que despedían, los hospitalarios en modo alguno lo querían recibir y tener en el hospital. Habiendo implorado la misericordia del beatísimo padre Francisco, se vio poco después, rebosante de alegría, curado por los méritos del Santo.

132. Una niña de Gubbio, de manos contrahechas, hacía un año que tenía por completo imposibilitados todos sus miembros. La nodriza llevó a la niña y una imagen de cera (181) al sepulcro del beatísimo padre Francisco, impetrando la gracia de la curación. Estuvo allí por espacio de ocho días; al cabo de ellos recuperó de tal manera el ejercicio de todos sus miembros, que quedó capacitada para realizar los servicios que anteriormente solía.

133. Otro niño de Montenero (182) que, al estar privado de fuerzas y del uso de sus miembros de cintura abajo, no podía caminar ni sentarse, durmió por varios días ante las puertas de la iglesia en que reposa el cuerpo de San Francisco (183). Un día entró en la iglesia y, habiendo tocado el sepulcro del beatísimo padre Francisco, salió sano y salvo. Contaba el muchacho que, cuando yacía junto al sepulcro del glorioso Santo, se le presentó un joven, vestido con el hábito de los hermanos, que estaba sobre el sepulcro y tenía unas peras en sus manos; lo llamó y,

ofreciéndole una, le animó a que se levantase; tomando él la pera en las manos, le decía: «Mira, estoy paralítico y no me puedo mover». Comió la pera y alargó la mano para coger otra que le ofrecía el mismo joven. Fue invitado nuevamente a que se levantara; pero, incapacitado por la enfermedad, no lo hacía. Mas, al extender la mano hacia la pera, se la agarró el joven y, sacándole fuera, desapareció de su vista. Al verse el niño sano y salvo, comenzó a dar voces, comunicando a todos cuanto había sucedido.

134. A una mujer del pueblo que se llama Coccorano la llevaron en una espuerta al sepulcro del glorioso Padre; tenía los miembros impedidos del todo, a excepción de la lengua. Habiendo permanecido algún tiempo ante la tumba del santísimo varón, quedó estupendamente curada.

Otro vecino de Gubbio que llevó en un cesto a su hijo lisiado al sepulcro del santo Padre, lo recuperó sano y salvo. Tan deforme estaba, que las piernas, totalmente secas, las llevaba pegadas a las nalgas.

135. Bartolomé, de la ciudad de Narni, en extremo pobre y necesitado, se durmió un rato a la sombra de un nogal; al despertar se encontró tan entumecido, que le era imposible caminar. El mal avanzaba lentamente: pierna y pie se fueron debilitando; la pierna se fue encorvando y adelgazando; no sentía las punzadas de cuchillo ni temía lo más mínimo las quemaduras. El enamorado de los pobres y padre de todos los necesitados, el santísimo Francisco, se le manifestó en sueños una noche, mandándole que se llegara a unos baños, en los que, apiadado de tanta miseria, quería curarlo de aquella enfermedad. Pero como al despertar no supiera qué determinación tomar, refirió detalladamente la visión al obispo de la ciudad. Éste le animó a que fuera a los baños que se le habían indicado, y, haciendo sobre él la señal de la cruz, lo bendijo. Como mejor pudo comenzó a caminar hacia el lugar indicado, apoyándose en un bastón. Iba caminando triste y atormentado por intensos sufrimientos, cuando he aquí que oyó una voz que le decía: «Ve con la paz del Señor; yo soy aquel a quien tú te ofreciste». Próximo ya a los baños, erró el camino a causa de la oscuridad de la noche. Entonces volvió a escuchar la voz que le advertía que no iba por buen camino, y le enderezó hacia los baños. Llegado ya al lugar y penetrando en el baño, sintió que se le imponía una mano sobre el pie y otra sobre la pierna, al tiempo que ésta se le distendía suavemente. Al momento se curó, saltó fuera del baño, alabando y bendiciendo la omnipotencia del Creador y al bienaventurado Francisco, su siervo, que tanta gracia y fuerza le había concedido. Había vivido contrahecho y de la mendicación durante seis años cuando era ya de edad avanzada.

Ciegos que recobran la vista

136. A una mujer llamada Sibilia, ciega hacía muchos años y desconsolada por su ceguera, la llevaron al sepulcro del varón de Dios. Recobró la luz que había perdido y, gozosa y alegre, volvió a su casa.

Un ciego de Spello recobró, ante el sepulcro del glorioso cuerpo, la vista, tiempo ha perdida.

Había otra mujer en Camerino privada por completo de la vista en el ojo derecho; sus padres colocaron sobre él un paño que había tocado el bienaventurado Francisco; oraron mientras esto hacían; y dieron gracias a Dios y al Santo por haberle restituido la luz.

Cosa parecida ocurrió a una mujer de Gubbio, que cuenta regocijada cómo, después que oró, recobró la vista de que antes disfrutaba.

Un ciudadano de Asís ciego hacía ya cinco años, que, habiendo gozado de la amistad del bienaventurado Francisco, la recordaba cada vez que se dirigía a él en oración, quedó curado al solo contacto de su sepulcro.

Hacía cosa de un año que un tal Albertino de Narni había quedado totalmente ciego, de modo que los párpados le caían hasta las mejillas. Se ofreció al bienaventurado Francisco y, al punto, restablecida la vista, se dispuso a venir y vino a visitar su glorioso sepulcro.

Endemoniados

137. Había en la ciudad de Foligno un hombre llamado Pedro; en cumplimiento de un voto o de una penitencia impuesta por sus pecados, emprendió un viaje para visitar el santuario de San Miguel Arcángel (184); de camino dio con una fuente. Sentía sed por la fatiga del viaje; al gustar el agua de la fuente, le pareció haber tragado demonios. Así fue en efecto: por tres años fue poseso de ellos, y hacía cosas tan horrorosas y malas para ser vistas, que no se pueden relatar. Se llegó a la tumba del santísimo Padre; los demonios, enfurecidos, lo desgarraban cruelmente; con sólo tocar el sepulcro, se obró un milagro manifiesto y quedó maravillosamente liberado.

138. Una mujer de la ciudad de Narni, impulsada por una furia brutal y privada de juicio, hacía cosas horribles y decía disparates. Apareciósele en visión el bienaventurado Francisco y le dijo: «Haz sobre ti la señal de la cruz». Y al responder: «No puedo», se la hizo el Santo, y desaparecieron de ella aquella pasión de locura y los engaños diabólicos.

Muchos otros hombres y mujeres atormentados por los demonios con diversos suplicios y engañados con sus falacias, se vieron libres de su servidumbre por los méritos insignes del santo y glorioso Padre.

Y como esta clase de gente suele ser fácilmente víctima de ilusiones, es suficiente cuanto hemos referido, y pasamos a los hechos más importantes.

Enfermos salvados de la muerte, un hidrópico, un artrítico, algunos paralíticos y otros enfermos

139. Un niño llamado Mateo, de la ciudad de Todi, estuvo en cama, como muerto, durante ocho días; tenía la boca cerrada; los ojos, apagados; la piel del rostro, manos y pies, totalmente ennegrecida como una olla; todos habían perdido las esperanzas de que recuperara la vida; pero, suplicándolo su madre, se repuso con rapidez sorprendente. Echaba por la boca sangre corrompida, y parecía que iba a arrojar hasta las entrañas. Puesta de rodillas su madre, invocó humildemente el nombre de San Francisco; no bien se levantó ella de la oración, comenzó el niño a abrir los ojos, a ver la luz y a tomar el pecho; y poco después, desapareciendo el color negro de la piel, recuperó su carne el color natural, y él la salud y las fuerzas. Cuando ya iba mejorando, le preguntó su madre: «Hijo mío: ¿quién te ha puesto bueno?» Y él, balbuciendo, respondía: «Ciccu, Ciccu». Volvían a preguntarle: «¿De quién eres tú servidor?» Y nuevamente replicaba: «Ciccu, Ciccu». Como era tan pequeñito, no sabía todavía hablar, y decía a medias el nombre de Francisco.

140. Estaba un joven en un lugar muy alto; cayó de él, y a consecuencia perdió el habla y quedó impedido en todos sus miembros. Se le creía ya muerto, pues pasó tres días sin comer ni beber y sin sentido alguno. Pero su madre, en lugar de requerir auxilio de ningún médico, pidió la salud de su hijo al bienaventurado Francisco. En respuesta a la oración, lo recibió vivo y sano, y prorrumpió en alabanzas del omnipotente Salvador.

Otro, de nombre Mancino, enfermó de muerte; nadie esperaba su curación; pero fue invocado el nombre del bienaventurado Francisco, y al punto recobró la salud.

Había un niño en Arezzo, llamado Gualtiero, aquejado de fiebres continuas y que padecía dos postemas; habiéndole desahuciado todos los médicos, sus padres rogaron al bienaventurado Francisco, y lograron de él la tan ansiada salud.

Otro estaba próximo a morir; pusieron a modelar la imagen de cera, y, antes de que estuviera concluida, se vio libre de todo dolor violento.

141. Una mujer postrada en el lecho desde hacía muchos años, sin poder darse la vuelta ni moverse, se ofreció a Dios y al bienaventurado Francisco, y, libre de todos sus males, pudo desempeñar los quehaceres de su vida.

En la ciudad de Narni había una mujer que hacía ocho años que tenía una mano seca, inútil para todo trabajo. Al cabo se le apareció en visión el beatísimo padre Francisco y, extendiéndole la mano enferma, se la dejó, como la otra, hábil para el trabajo.

En la misma ciudad había un joven que de hacía diez años sufría una gravísima enfermedad; estaba todo hinchado y no había medicina que le sirviera. A petición de su madre, recibió, por los méritos del bienaventurado Francisco, el bien de la salud.

En la ciudad de Fano había un hidrópico con los miembros horriblemente hinchados. Por la intercesión del bienaventurado Francisco mereció ser totalmente curado.

Un ciudadano de Todi sufría tan horriblemente de gota artrítica, que ni podía sentarse ni reposar en modo alguno. Este agudo dolor le ocasionaba un frío tan persistente, que se sentía morir. Llamó a médicos, frecuentó baños, tomó medicamentos sin tasa; pero todo fue inútil para sus males. Hasta que cierto día, en presencia de un sacerdote, hizo una promesa para que San Francisco le restituyera la salud perdida. Habiendo suplicado al Santo, se vio en posesión de la salud.

142. Una mujer parálitica de la ciudad de Gubbio invocó por tres veces el nombre del bienaventurado Francisco, y fue abandonada de la enfermedad y quedó sana.

Un hombre llamado Bontadoso sufría tan agudos dolores en pies y manos, que no podía ni moverse, ni caminar; había perdido, además, el apetito y el sueño. Un día se llegó a él una mujer y le animó a que se ofreciera al bienaventurado Francisco con toda devoción, si quería verse libre inmediatamente de su enfermedad. El enfermo, como fuera de sí por dolor tan acerbo, le respondía: «No creo en su santidad». Mas, ante la repetida insistencia de la mujer, que le aconsejaba hiciese el ofrecimiento, el enfermo lo formuló en estos términos: «Me ofrezco a San Francisco y creo en su santidad si me libra de mi enfermedad en el espacio de tres días». Al poco, por los méritos del santo de Dios, curó, y pudo caminar, comer y descansar, dando gloria a Dios omnipotente.

143. Un hombre fue herido gravemente en la cabeza por una flecha de hierro; penetró ésta por el hueco del ojo y quedó clavada en la cabeza. En vista de que los médicos se declaraban incapaces de prestarle asistencia alguna, se ofreció devota y humildemente al santo de Dios, Francisco, en espera de quedar curado por su intercesión. Mientras descansaba y dormía un rato, oyó que San Francisco le decía que se hiciera extraer la flecha por la parte posterior de la cabeza. Al día siguiente hicieron lo que había visto en sueños, y sin gran dificultad quedó curado.

144. Un hombre del pueblo de Spello llamado Emperador sufrió durante dos años una hernia tal, que los intestinos todos le caían por el bajo vientre. No pudiendo introducirlos y retenerlos dentro por mucho tiempo, se veía obligado a llevar una almohadilla para sujetarlos. Recurrió a los médicos en demanda de ayuda; pero, al exigirle éstos unos honorarios que no estaban a su alcance, pues carecía de medios para los gastos y subsistencia de un día, desesperó decididamente de su asistencia. Ante esto, se volvió en demanda de auxilio al cielo, y comenzó a invocar con toda humildad, por el camino, en casa y en todo lugar, la ayuda del bienaventurado Francisco. Y sucedió que al poco tiempo, por la gracia de Dios y los méritos del bienaventurado Francisco, recobró la salud completamente.

145. Un hermano (185) que en la Marca de Ancona militaba bajo la obediencia de nuestra Religión sufría muchísimo por una fístula que tenía en la región ilíaca; tan grave estaba, que había perdido toda esperanza de que los médicos le curaran. Pidió por ello al ministro, bajo cuya obediencia estaba, permiso para visitar el lugar donde descansaba el cuerpo del beatísimo Padre, seguro de que por los méritos del Santo había de conseguir la gracia de la curación. Mas el ministro se lo negó por temor de que las nieves y lluvias propias del tiempo y las fatigas del viaje agravaran el mal. Como el hermano quedara un tanto turbado por no habersele otorgado la autorización, se le apareció una noche el santo padre Francisco y le dijo: «Hijo, no te turbes por esto; quítate la pelliza que vistes, tira ese emplastro con su vendaje, guarda tu Regla y curarás». Al levantarse por la mañana, hizo cuanto se le indicó, y dio gracias a Dios de la inmediata curación.

Leprosos curados

146. Había en San Severino, de la Marca de Ancona, un joven llamado Atto, tan llagado en todo el cuerpo que, por el dictamen de los médicos, todos le tenían como leproso. Estaban sus miembros todos entumecidos e hinchados, y, debido a la inflamación de las venas, lo veía todo con una mirada extraña. No podía caminar, y el desdichado tenía que permanecer continuamente en el lecho del dolor, con inmensa amargura y tristeza de sus padres. Abatido sin tregua el padre

por este inmenso dolor, no sabía que hacer con el hijo. Hasta que cierto día le dio la corazonada de ofrecerlo de todos modos al bienaventurado Francisco, y habló así a su hijo: «¿Quieres, hijo mío, ofrecerte a San Francisco, que en todas partes obra tantos milagros, para que se digne librarte de este mal?» A lo que el hijo respondió: «Lo quiero, padre». Al momento hizo el padre que le trajeran papel y, habiendo tomado las medidas de altura y anchura del hijo, le dirigió estas palabras: «Levántate, hijo mío, y ofrécete al bienaventurado Francisco, y, cuanto se te conceda la salud, le llevarás todos los años, mientras vivas, un cirio de tu altura». Al mandato del padre, se levantó el joven como pudo, y, juntas las manos, comenzó a invocar humildemente la misericordia del bienaventurado Francisco. Tomada la medida del papel y concluida la oración, al instante quedó curado de la lepra, e, irguiéndose, glorificó a Dios y al bienaventurado Francisco y echó a andar con gran alegría.

Un joven de la ciudad de Fano llamado Buenhombre, paralítico y leproso a juicio de todos los médicos, fue ofrecido con devoción al bienaventurado Francisco por sus padres, y, limpio de la lepra y curado de la parálisis, consiguió plena salud.

Mudos que hablan y sordos que oyen

147. En el castro de Pieve vivía un criado muy pobre y mendigo, del todo mudo y sordo de nacimiento. Tenía la lengua tan exageradamente corta, que, a juzgar por los repetidos exámenes que le hicieron, parecía cortada. Una tarde se acercó a la casa de un conciudadano del mismo pueblo llamado Marcos, pidiéndole por señas, como lo hacen los mudos, hospedaje: inclinó la cabeza hacia un lado, poniendo la mano bajo la mejilla, para darle a entender que aquella noche quería hospedarse en su casa. El señor lo recibió contento y lo tuvo consigo muy a gusto, porque veía que el mozo era hábil para lo que se le encomendaba. El criado era de buena índole, y, aunque sordo y mudo de nacimiento, comprendía por signos cuanto se le mandaba. Una noche, mientras el señor cenaba con su mujer, estando el criado con ellos, dijo aquél a ésta: «Sería para mí un milagro extraordinario que el bienaventurado Francisco le diera a este mozo el oído y la palabra».

148. Y añadió: «Prometo al Señor Dios que, si el bienaventurado Francisco se digna obrar tal prodigio, por su amor este criado será para mí muy querido y lo mantendré por mi cuenta durante toda su vida». ¡Maravilloso en verdad! Al terminar la última palabra de la promesa, reclamó el criado: «¡Vive San Francisco!» Y a continuación, volviendo a mirar, añadió: «Veo a San Francisco aquí, en lo alto; ha venido para darme el habla». Y luego prosiguió el criado: «¿Qué diré yo a la gente?» A lo que el hombre respondió: «Alabarás a Dios y salvarás a muchos hombres». Luego el señor, lleno de gozo y alegría, se levantó y publicó cuanto había sucedido. Llegáronse todos los que conocían anteriormente al joven sin habla y, admirados y estupefactos, alabaron a Dios y al bienaventurado Francisco. Le creció la lengua y cobró proporciones apropiadas para poder hablar, y, como si nunca hubiese sido mudo, comenzó a pronunciar palabras bien articuladas.

149. Otro niño llamado Villa no podía hablar ni andar. Su madre preparó una imagen de cera al tiempo que hacía por él una promesa de fidelidad, y le llevó con gran reverencia al lugar en que reposa el bienaventurado Francisco. De regreso a su casa, se encontró con que su hijo andaba y hablaba.

Había en la diócesis de Perusa un hombre enteramente privado de la palabra; llevaba siempre la boca abierta, hacía horribles muecas y vivía en desasosiego completo. Es que tenía la garganta muy entumecida e inflamada. Habiendo venido al lugar en que descansa el cuerpo santísimo y queriendo llegarse hasta el sepulcro subiendo las escaleras, vomitó mucha sangre y, totalmente restablecido, comenzó a hablar, y a cerrar y abrir la boca como es normal.

150. Una mujer sufría un intenso dolor en la garganta; era tal el ardor que sentía, que su lengua, pegada al paladar, había quedado seca. No podía hablar, ni comer, ni beber, y no sentía mejoría ni alivio alguno con los emplastos y medicinas que se le aplicaban. Por último, desde su corazón -no podía expresarse con palabras- se ofreció a San Francisco, y en seguida sintió en su carne una convulsión, y notó que su garganta arrojaba una piedrecilla redonda -tomándola en sus manos, la mostró a todos-, y luego curó.

Había en el pueblo de Greccio un joven que había perdido el oído, la memoria y el habla, y no comprendía ni percibía cosa alguna. Sus padres, que tenían gran confianza en San Francisco, se lo ofrecieron con humilde devoción. Apenas terminado el acto de ofrecimiento, recuperó el joven, por gracia del santísimo y gloriosísimo padre Francisco, todos los sentidos de que carecía.

Para alabanza, gloria y honor de Jesucristo, Señor nuestro, cuyo reino e imperio, sólido e inmutable, permanece por todos los siglos de los siglos. Amén.

EPÍLOGO

151. Es bien poco lo que hemos referido sobre los milagros de nuestro beatísimo padre Francisco, y mucho lo que hemos omitido; dejamos a los que quieran seguir sus huellas la tarea de buscar la gracia de nueva bendición, para que aquel que con su palabra y ejemplo, con su vida y doctrina, renovó gloriosamente el mundo entero, se digne fecundar, con nuevas lluvias de celestiales carismas, las mentes de los que aman el nombre del Señor.

A cuantos lean, vean u oigan esto que he escrito, ruego, por el amor del pobre Crucificado y por sus llagas, que el bienaventurado padre Francisco llevó en su cuerpo, me tengan presente ante Dios a mí, pecador. Amén.

Bendición, honor y toda alabanza al Dios solo sabio, que a gloria suya obra siempre sabiamente todo en todos. Amén. Amén. Amén.

Notas

- 1) Gregorio IX, el gran amigo de San Francisco y protector oficial de la Orden en tiempo en que no era sino el cardenal Hugolino; fue papa de 1227 a 1241.
- 2) El 19 de julio de 1228.
- 3) El valle de Espoleto pertenecía entonces al imperio. En 1198, Conrado de Ürslingen se vio obligado a cederlo al papa. Así aprovechó esta misma ocasión para deshacerse de la soberanía teutónica y crearse un gobierno comunal.
- 4) Celano no precisa la fecha de nacimiento. Pero la podemos fijar a partir de algunos datos que nos proporciona: nos dice que murió «el año vigésimo de su conversión» (1 Cel 119) o «cumplidos los veinte años de su total adhesión a Cristo» (1 Cel 88), conversión que tuvo lugar a los veinticinco de su edad (1 Cel 2). Como sabemos que su muerte ocurrió el 3 de octubre de 1226, su nacimiento ha de colocarse en 1181 ó 1182.
- 5) Lo que Celano nos dice en esta *Vida primera* es muy distinto de lo que nos va a decir en la *Vida segunda* (3-5). La razón principal de estas diferencias es que el autor emplea en sus dos escritos esquemas teológicos distintos: mientras en la primera biografía se valdría de ciertos esquemas descriptivo-teológicos agustinianos, en los que se resalta el pecado para que luego destaque más la gracia, en la segunda quiere presentar una imagen de Francisco destinado desde el principio a una santidad encumbrada.
- 6) Séneca el filósofo, que en la Edad Media gozaba de gran prestigio como presunto corresponsal con San Pablo. Si Celano le da el título de poeta, es porque se le atribuyen varias tragedias. La cita está tomada de su correspondencia (*Ad Lucil. l. VI epist. 8 n. 1*).
- 7) San Agustín en sus *Confesiones*: «Fingía haber hecho lo que no había hecho para no parecer tanto más abyecto cuanto más inocente, y tanto más vil cuanto más casto» (II 3,7).
- 8) Parece que el joven Francisco cultivó de modo particular la originalidad y la extravagancia en sus vestidos, valiéndose de los paños del negocio de su padre. Los *Tres compañeros* destacan el modo de vestir impropio a su condición, vanidoso y llamativo; a veces añadía retazos de paño valioso a vestidos de tela ordinaria (TC 2).
- 9) No más cruzar la Porta Nova, la más próxima a la casa paterna de Francisco, contempla uno un hermoso paisaje: a la izquierda queda la impresionante mole del monte Subasio; a la derecha, el valle umbro; de frente, el sinuoso camino que lleva a Foligno.
- 10) Por aquellas fechas, un irreprimible frenesí guerrero quemaba a los italianos del centro contra los invasores alemanes, que se habían tornado cordialmente odiosos en todas partes. El gran senescal del imperio, Markwald de Anweiler, intentaba por las armas la tutela del futuro Federico II, confiada a Inocencio III. Este papa encargó el mando de sus huestes a Gualterio de Brienne. Muchas ciudades, emborrachadas por los logros primeros de ese militar en la Pulla, se lanzaron a organizar levadas de nuevas tropas. Cf. LM 1,3 nota.
- 11) Noticias complementarias a este respecto en 2 Cel 6. Fueron, sin duda, recogidas de las que transmitieron los *Tres Compañeros* (TC 5).
- 12) Según conjetura de Sabatier (*Études inédites* p. 163), se trataría de quien más tarde había de ser el hermano León.
- 13) Compárese este pasaje con 2 Cel 95.
- 14) Cf. Test 14 y 2CtaCle 6.
- 15) *Escarlata*: palabra reservada hoy día al color rojo vivo, que hasta el siglo XVI designó un tinte brillante de color blanco, azul o verde. Los aires exóticos que influyeron en la moda occidental en tiempos de las Cruzadas trajeron del Oriente las primeras muestras de damasco, escarlata y carmesí. Todas estas telas raras eran muy apreciadas y muy costosas.
- 16) Dista unos quince kilómetros, que Francisco, de regreso, tuvo que hacerlos a pie.

- 17) «Nos es desconocida la época en que fue construida la iglesia; sabemos únicamente que aparece mencionada en un documento de la primera mitad del siglo XI. No hubiera quedado vestigio alguno de la misma si un día no hubiera entrado en ella San Francisco para orar» (A. Masseron, *Assise* [París 1950] p. 158).
- 18) Para la Edad Media, el *miles* es el caballero que reviste su actividad política de sentido de humor y desinterés; gracias a los juglares, la idea de caballero penetró hasta en las menores aldeas. La palabra condensó el ideal de toda una época.
- 19) Francisco tuvo un gran respeto a los sacerdotes durante toda su vida. Cf. Test 6-10.
- 20) Sin duda, el «amigo» del que habla en 1 Cel 6.
- 21) Probablemente, sería uno de esos rincones situados bajo la escalera, carente en absoluto de la más pequeña comodidad. Recuérdese la leyenda de San Alejo.
- 22) «En la ruta natural del Mediterráneo al Mar del Norte, ya desde fines del siglo XII se fijó la Champaña como centro principal de intercambio entre Oriente y Occidente. En Troyes, Provins, Bar-sur-Aube, Lagny, centros por los que sucesivamente se iban montando las ferias a lo largo del año, los *hombres de negocios italianos* eran los animadores y los que regulaban el tráfico... A veces cruzaban los Alpes o los Apeninos en el rigor de las estaciones; viajaban solos o en caravanas, con o sin conductores especializados. Eran muy frecuentes las emboscadas, ya que los mercaderes podían ser presa fácil y provechosa tanto de personas necesitadas como de bandidos profesionales. Mejor que nadie conocían ellos las posadas de la ruta, los almacenes en las villas, los albergues poco confortables, en que el buen humor de los viajeros apenas podía disipar la pena de estar lejos de los suyos» (Y. Renouard, *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Âge* [Arman Colin 1950] pp.40. 74).
- 23) Como se ha visto (1 Cel 10), Francisco, desconfiando de sus propias fuerzas, no osaba exponerse a la cólera de su padre, sino que prefería ocultarse en un escondrijo.
- 24) *Guido secundus*, que fue obispo de Asís desde 1204 (?) hasta su muerte, el 30 de julio de 1228. El tribunal episcopal tenía sus competencias, y las decisiones que tomaba acarrearían efectos jurídicos. Pero un tribunal eclesiástico, ¿tenía autoridad para juzgar a un laico? Para Heimbucher (*Die Orden und Kongregationen der katholischen Kirche* [Paderborn 1935] I p. 670), el mero hecho de ser ermitaño colocaba a Francisco bajo la jurisdicción episcopal. Según Hilarino Felder (*Der Christusritter aus Assisi*, Zürich 1941), Francisco debió de ser recibido como «oblato» de la iglesia de San Damián, y así obtendría el poder acogerse a la jurisdicción eclesiástica. Además, el que atendía a San Damián era, probablemente, un monje del monte Subasio.
- 25) Tema familiar a la espiritualidad medieval y, sobre todo, a la franciscana: 2 Cel 12. 194. 214 y los paralelos de San Buenaventura: LM 2,4; 7,2; 14,3.
- 26) Es signo manifiesto del gozo que embargaba a Francisco después de su definitiva renuncia. Solía cantar en francés cuando quería expresar la alegría interior. Cf. 1 Cel 16; 2 Cel 127; LM 2,5; Lm 1,8; TC 33; EP 93.
- 27) Probablemente, de San Verecundo, un poco al sur de Gubbio. Hoy día, *Vallingegno*.
- 28) *Garcio* es el término que emplea el texto original; encierra un sentido despreciativo, que se aplicaba en razón de las ocupaciones que se asignaban por motivos de incapacidad o malas costumbres.
- 29) Sería uno de los tres hermanos Spadalinga, según un documento del 11 de abril de 1399, editado en AFH 1 (1908) y MF 5 (1890) 77.
- 30) En el hospital de San Salvador de los Muros, en el lugar de la actual *Casa Gualdi*, a medio camino entre Asís y Santa María de los Angeles. ¿Qué es lo que a Francisco le impulsaba a ir a los leprosos? A ello le induciría la contemplación de Cristo doliente según Is 53 (*le tuvimos como leproso...*); las estatuas y vidrieras, que representaban al mismo Cristo con rasgos de leproso; la recomendación de Cristo en Mt 10,8, texto, por lo demás, decisivo en la vocación de Francisco, que dice: *limpiad los leprosos*. Acaso influyó también en él la leyenda de aquel monje que, creyendo que llevaba a un leproso a sus espaldas, vio que transportaba al mismo Cristo. San Francisco los amaba con un amor singular y les daba la designación de «mis hermanos cristianos» (LP 64; EP 58).

- 31) Celano anota este detalle porque la familia de Clara, expulsada de su casa de la plaza de San Rufino, en Asís, cuando el levantamiento popular de 1198-99, se había refugiado en su castillo de Cocorano, en territorio de Perusa. Cf. **P. Théobald**, *Assise au temps de saint François*: EF sept. (1938) p. 448s. Acerca de la familia de Clara Favarone, cf. **I. Omaechevarría**, *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos* (Madrid, BAC 314, 1970).
- 32) Clara Favarone tenía dieciocho años cuando la noche del 18 al 19 de marzo, la que siguió al domingo de Ramos de 1212, prometió obediencia a Francisco en Santa María de los Ángeles. Después de una breve permanencia en el monasterio de benedictinas de Bastia y en el de Sant'Angelo in Panso, pasó a habitar con sus primeras seguidoras en el edificio adyacente a la capilla de San Damián, la primera restaurada por el Santo. En los tres primeros años, a lo que parece, la fraternidad femenina ensayó la aventura evangélica a base de la elemental «forma de vida» que les trazara Francisco, en retiro y fidelidad gozosa a dama Pobreza; en 1215, según parece, sor Clara se vio obligada a acogerse a la Regla de San Benito.
- 33) Donde nosotros no vemos sino mero juego de palabras, Celano descubre el presagio de un destino; para ello se apoya en que, según la Escritura, el nombre encierra la vocación.
- 34) Es la aplicación de la Adm 16.
- 35) En 1218-19. Según las constituciones llamadas «hugolinas» (BF I pp. 263-67). Texto definitivamente aprobado por Inocencio IV (bula *Solet annuere*, del 13 de noviembre de 1245: BF I pp. 394-99).
- 36) Parece que Celano concibe el propósito de escribirla. Hoy nos es conocida una *Vida de Santa Clara*, escrita por orden de Alejandro IV, que fue quien canonizó a la Santa en septiembre de 1255 (**I. Omaechevarría**, *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos* [Madrid, BAC 314, 1970] pp. 125-99. ¿Es Celano su autor? La mayoría de los investigadores creen que ha de atribuirsele la paternidad de la obra (**Id.**, *ibid.*, pp. 121-22).
- 37) Su descripción aparece en este mismo número. El llevarlo era suficiente para que se diera la *transformación* jurídica, señalada mas arriba en 1 Cel 14 nota. Que la palabra *habitus* haya que interpretarla aquí en el sentido natural de vestido y no de comportamiento, nos lo garantizan Julián de Espira (título de los capítulos 2 y 3: AF 10 pp. 340-42) y Bernardo de Bessa (*Liber de laudibus*, AF 3 p. 687).
- 38) Se trata, probablemente, de la iglesia de San Pedro; no se conoce con precisión su ubicación.
- 39) Esta iglesia dependía también de la abadía de Monte Subasio.
- 40) Celano no cita literalmente los textos evangélicos, sino que conglomeraba recomendaciones de textos tomados, indistintamente, de los tres sinópticos. Se señala de ordinario como fecha de este hecho el 24 de febrero de 1208. Pero se ha de observar que el 24 de febrero de ese año se celebró el primer domingo de cuaresma. Por otra parte, no parece probable que Francisco escuchara dicho evangelio en la fiesta de un apóstol, ya que los biógrafos se contentan con decir «quadam die», «cierto día» (1 Cel 22; TC 25).
- 41) Para los inicios de la Orden cf. **K. Esser**, *La Orden franciscana. Orígenes e ideales* (Aránzazu 1976).
- 42) La iglesia de San Jorge (en el lugar de su emplazamiento se encuentra hoy la capilla del Santísimo Sacramento de la basílica de Santa Clara) se hallaba a pocos pasos de la casa Bernardone; en ella había una escuela presbiterial que frecuentó Francisco; Santa Clara le escuchó predicar en ella; y fue también aquí donde en 1228 se desarrollaron las ceremonias de la canonización. Cuando Celano escribía estas líneas, Gregorio IX ordenaba la construcción de una iglesia destinada a acoger definitivamente el cuerpo del Santo (bula del 29 de abril de 1228).
- 43) Paz y salvación: dos temas que aparecen ya unidos en aquel célebre versículo de Isaías: *¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia la salvación!* (Is 52,7), y que San Buenaventura lo comenta así: «Anunció la paz, predicó la salvación, y con moniciones saludables, a muchos que, separados de Cristo, antes habían estado lejos de la salvación, los reconcilió en la verdadera paz» (LM 3,2; cf. 2 R 3,13).
- 44) Compostela; cf. más abajo 1 Cel 30.

- 45) Sin duda, Pedro Cattani, jurista, acaso canónigo de la catedral de Asís. Siguió a Francisco el mismo día que Bernardo de Quintavalle (TC 28). Gozó de la simpatía del Santo. Le acompañó en su viaje a Oriente en 1219 (cf. 2 Cel 30 nota). Es elegido vicario general (Lázaro Iriarte opina que con funciones de ministro general; cf. *Consideraciones sobre las llagas* 4 nota 8) el 29 de septiembre de 1220. Ejerce el cargo hasta el 10 de marzo de 1221, fecha de su muerte en la Porciúncula, donde fue sepultado.
- 46) Recibido en la Orden el 23 de abril de 1208, murió en 1262. La segunda parte de la frase está interpolada; Celano no podía hablar en 1229 de la larga vida del hermano Gil. Cf. *Introducción a las Florecillas*; en este volumen p. 798.
- 47) Alusión al relato de la vocación de Isaías (Is 6,6).
- 48) Los apóstoles (Hch 14,14).
- 49) Es la oración del publicano (Lc 18,13). Según Wadding (*Annales* I a. 1209 XXIV p. 65), el hecho tuvo lugar en Poggio-Bustone. Tal es también la opinión de Cuthbert (*Vida de San Francisco de Asís* [Barcelona 1956] p. 63).
- 50) Al mismo tiempo que Francisco deseaba sumamente el crecimiento de su Orden, temía sobremanera al número, que, como consecuencia, trae la decadencia (1 Cel 28; 2 Cel 23.70.158). Cf. también **J. F. Gilmont**, *Paternité et médiation du fondateur d'Ordre*: Rev. Asc. Myst. 40 (1964) pp. 393-426.
- 51) *Fideliter et devote*: Celano aplica aquí estos dos adverbios a la oración, mientras San Francisco quiere expresar con ellos el modo de realizar el trabajo para que no se apague el espíritu de oración (2 R 5,1-2).
- 52) El valle de Rieti (**Wadding**, *Annales* I a. 1209 XXIV p. 65).
- 53) La práctica de estos «capítulos» se perpetuó; Cf. **Jacobo de Vitry**, *Carta 1* (en este volumen pp. 963 y 966) y Adm 22.
- 54) Este comportamiento de los primeros hermanos corresponde a las admoniciones que les dirigía San Francisco, y de las que nos han quedado algunos textos: «Dichoso aquel siervo que no se enaltece más por el bien que el Señor dice y obra por su medio, que por el que dice y obra por medio de otro» (Adm 17).
- 55) Eran Juan de San Constanzo, Bárbaro, un segundo Bernardo y Ángel Tancredi. Cf. LP 7 nota.
- 56) Son los mismos términos con que San Francisco, en su Testamento, califica esta primera redacción.
- 57) *Benigne et caritative*: son las disposiciones con que San Francisco quiere que un superior reciba a un hermano que se encuentre en dificultad (2 R 10,15).
- 58) Como se obligará, algunos años más tarde, a los «Pobres católicos».
- 59) Inocencio III pensaba, tal vez, en la predicación de la cruzada o en la lucha contra los cátaros.
- 60) Ya que los reyes y emperadores, vasallos suyos, recibían el poder, la «espada», a través de él y le rendían homenaje.
- 61) Tanto en la vida real de los hermanos como en los escritos de San Francisco aparecían íntimamente relacionadas la pobreza y la alegría (cf. Adm 27).
- 62) El autor del *Sacrum commercium* se ha inspirado, tal vez, en esto para el título.
- 63) Para un franciscano, «instalarse» equivale a pegarse a algo, apropiarse de alguna cosa. Para Francisco, el ideal evangélico comporta principios tan simples como los siguientes: el mal consiste en la apropiación; el bien, en cambio, en la donación de lo que se tiene y de lo que se es. Cf. el elogio del hermano Lúcido en EP 85.
- 64) Este caso de conciencia aparece desarrollado en LM 12,1-2. Y Jacobo de Vitry aporta una confirmación de la solución (*Carta 1*; cf. en este mismo volumen p. 963).
- 65) *Homo alterius saeculi*. Cf. 1 Cel 82; LM 4,5. Cf. **K. Esser**, *Homo alterius saeculi*: WuW 20 (1957) pp. 180-97.

- 66) ¿Alusión al triple grupo de clérigos, religiosos y laicos en la Iglesia o a las tres Órdenes franciscanas: hermanos menores, clarisas y terciarios?
- 67) Test 16-17. A consecuencia de la extensión de la Orden, la 2 R 2,14 admite, no obstante, una túnica suplementaria en razón de climas más rigurosos o salud corporal más frágil.
- 68) Muchas villas poseían un horno comunal.
- 69) 1 R 7; 2 R 5. Y el Testamento añade: «Y los que no lo saben, que lo aprendan» (v. 21).
- 70) Evitaban particularmente los trabajos de mayordomos y los que hubiera que hacer en compañía de mujeres o de cátaros. La 1 R 7 prohíbe también los empleos de mayordomo, canciller y todo puesto que implique alguna superioridad en una casa; y añade: «Estén sujetos a todos los que se hallan en la misma casa».
- 71) San Francisco se vio obligado a llamar la atención (cf. 2 Cel 21).
- 72) Procedimientos empleados corrientemente por los anacoretas. Celano toma en este caso la expresión de San Gregorio (*Diálogos* II 2), que refiere cómo San Benito, para vencer una tentación, «se echó en unos espinos, de los que salió con el cuerpo rasgado».
- 73) Hoy resulta muy difícil localizar Rivo Torto. Se encontraba en la llanada de Asís. Allí había una leprosería, llamada de Santa María Magdalena por el nombre de la capilla a ella adjunta. Fue la atracción por el servicio a los leprosos lo que le condujo a aquel lugar. En él estuvo hasta que los monjes benedictinos le cedieron Santa María de la Porciúncula.
- 74) Sentencia atribuida por Pedro el Cantor a un ermitaño (*Verbum abbreviatum*: PL 205 p. 257).
- 75) El emperador Otón IV (1198-1218) atravesó el ducado de Espoleto los últimos días de septiembre de 1209. Pero es probable que el suceso aquí referido tuviera lugar en 1210, durante otro viaje de Otón.
- 76) Coronado en Roma el 4 de octubre de 1209, Otón IV fue destituido por Inocencio III el 18 de noviembre de 1210.
- 77) Cf. 1 Cel 21. Sobre la instalación en la Porciúncula, cf. LP 8.
- 78) Tal como lo esclarecerá el fin del capítulo, se trata aquí de la «pura y santa simplicidad», a la que en el *Saludo a las virtudes* canta Francisco como hermana de la sabiduría.
- 79) Sin embargo, pronto lo adoptarán (Test 18).
- 80) Cf. la *Paráfrasis del Padrenuestro* en los Escritos de San Francisco. Tanto San Francisco como sus hermanos mantuvieron la costumbre de recitarla antes de cada hora del oficio coral; de esta forma, la alabanza oficial de la Iglesia no suplantó la oración espontánea de los inicios.
- 81) Celano nos dirá en el *Tratado de los milagros* 182 que San Francisco amaba la inocencia y sentía predilección por los niños, de los que ella es característica.
- 82) El mismo San Francisco nombraba provinciales y convocaba a capítulo a toda la Orden. En un principio se celebraba éste dos veces al año en la Porciúncula: por Pentecostés y en San Miguel (TC 14); más tarde, una vez al año (**Jacobo de Vitry**, *Carta 1*; cf. este volumen pp. 963 y 966). A partir de 1217, fecha de la gran dispersión, los hermanos se reunían una vez al año por provincias, por la fecha de San Miguel (1 R 18), y sólo los ministros iban a la Porciúncula para celebrar capítulo general cada tres años en Pentecostés (2 R 8). Según la *Crónica de los XXIV Generales*, el capítulo provincial del que aquí se habla se celebró en Arlés en 1224 (AF 3 pp. 23 y 230).
- 83) San Antonio de Padua nació en Lisboa en 1195. Fue primero canónigo regular de San Agustín y en 1220 se hizo hermano menor. Asistió al capítulo general de 1221. Descubierta fortuitamente en 1222 su vasta ciencia de la Sagrada Escritura y su prodigiosa elocuencia, desarrolló una fecunda campaña de evangelización en Italia y en el mediodía de Francia. Murió en Arcella, cerca de Padua, el 13 de junio de 1231, a la edad de treinta y seis años. Antes de un año, el 30 de mayo de 1232, era canonizado por Gregorio IX. Su fama de taumaturgo, alimentada por la devoción popular, es, más bien, póstuma. Pío XII lo declaró Doctor Evangélico en 1946.

- 84) Cf. 2 Cel 44 bis. Es curioso constatar cómo se asemejan a éste dos episodios de la vida del hermano León: en primer lugar, aquella crisis que terminó con la recepción de un billete lleno de ternura y de tacto (CtaL); más tarde, otra crisis, que se desvaneció gracias al pergamino en que Francisco le transcribe las *Alabanzas*, acompañadas de la bendición. Cf. los Escritos de San Francisco.
- 85) Era su denominación favorita (SalVir 2; 2 Cel 84).
- 86) Lc 10,8: *Comed lo que os presentan*; recomendación incluida en 1 R 3,13 y 2 R 3,14.
- 87) Alimentos crudos, no condimentados ni acompañados de vino; una piedra por almohada; estos detalles se encuentran en el SC 59-63.
- 88) El resumen de sus exhortaciones lo encontramos en las Adm 5, 13, 17, 19, 22, 23, y en varios lugares de las reglas y del Testamento.
- 89) Probablemente, en 1212.
- 90) La actual Dalmacia. Habiendo partido de Ancona, San Francisco no había cubierto más de 150 kilómetros.
- 91) San Francisco tomó, probablemente, el camino de Santiago.
- 92) El comienzo del número siguiente da a entender que Tomás formaba parte de una promoción de nobles y letrados que tuvo el insigne honor de recibir el hábito de manos del seráfico Padre. Una alusión personal de este género es tanto más preciosa cuanto más rara resulta en la obra de Celano.
- 93) El hermano Iluminado, robusto en lo físico y de muy buen sentido. Dante lo ha colocado en el Paraíso junto a San Buenaventura (*Paraíso* XII 126-32).
- 94) Melek-el-Kamel (1218-38), que firmará en 1229 el tratado de Jaffa con Federico II. El primer sitio de Damietta terminó el 20 de agosto de 1219; se intentó negociar la paz, pero hubo que volver a tomar las armas el 26 de septiembre; durante ese tiempo de tregua, que duró como un mes, tuvo lugar este episodio.
- 95) «¡El Señor os conceda la paz!» (1 Cel 23).
- 96) Más conocido por lago Trasimeno.
- 97) Téngase en cuenta que el catarismo desbordó ampliamente en Italia las fronteras de Lombardía.
- 98) Tal es el sentido de Iglesia que distingue a Francisco de todos los novadores liberales de su época, el sentido de la tradición, que le permite llevar a buen término una verdadera reforma. La 1 R 17 prescribe a todos los predicadores idéntica sumisión.
- 99) Cf. 1 Cel 44. Enumera sus grados en su 1 R 23,7: sacerdotes, diáconos, subdiáconos, acólitos, exorcistas, lectores, ostiarios y todos los clérigos. A todos ellos exhorta a perseverar en la verdadera fe.
- 100) Según Canuti (*Memoria del B. Giacomo* [1904] p. 15), este Gualfreducio sería tío del bienaventurado Jacobo, jurista y terciario, muerto hacia 1304 por haberse constituido en abogado de los pobres del hospital de Città della Pieve contra recaudadores sin escrúpulo. Cf. **Wadding**, *Annales* VI 32-34 pp. 36-39.
- 101) Los terrores supersticiosos de la antigüedad (una crisis de epilepsia era suficiente para interrumpir inmediatamente las asambleas o los comicios; de donde viene el nombre de «mal comicial») persisten en la Edad Media con las creencias de influencia demoníaca.
- 102) Donde actualmente se alza una iglesia gótica del siglo XIV: «En el lugar en que estaba emplazado un pequeño oratorio y un humilde convento, edificado por el propio San Francisco en 1213» (**Cavanna**, *L'Umbria francescana* p. 191).
- 103) A 50 kilómetros de Gubbio. Es el centro más importante del alto valle del Tíber; se encuentra en el camino más cómodo y directo de Santa María de los Ángeles al Alverna; Francisco debió de pasar por allí con alguna frecuencia.
- 104) Cf. TC, carta introductoria.

- 105) *Charitate* en lugar de *claritate*, según los mss. L y OX, que de esta forma hace que el título esté más en consonancia con el contenido del n. 71.
- 106) En latín: *caelibes mansiones*.
- 107) Greccio, Celle di Cortona, Le Carceri, el Alverna... jalonan los itinerarios de Francisco. Compuso, además, un reglamento particular para los hermanos que habían de vivir en los eremitorios.
- 108) Cf. 1 Cel 100; 2 Cel 25; y el testimonio de Esteban de Borbón, en este mismo volumen p. 973.
- 109) Era la legación de 1217 para la predicación y organización de la cruzada (Callebaut, en AFH 19, 1926, 530-58). Según R. Brooke, dicha legación pudo haber sido en 1218.
- 110) Francia, en este caso, no es la Provenza, como la *lengua francesa* (cf. 1 Cel 16) no es el provenzal; se trata del dominio real propiamente dicho, llamado, a partir del siglo XIV, Ile de France; y es así como lo entendió el hermano Pacífico, designado como sustituto de Francisco; partió para Vézelay y París. Las *Floreccillas* utilizan, anacrónicamente, la expresión «Provincia de Francia» (c. 13) en oposición a «Provincia de Provenza»; pero son denominaciones posteriores al hecho.
- 111) En esta ocasión, la LP 108 I pone en labios de Hugolino las siguientes palabras: «Hermano, no quiero que vayas a las partes ultramontanas, porque hay en la curia romana muchos preladados y otras gentes que muy a gusto impedirían el bien de tu Religión».
- 112) Sin embargo, él mismo ha maldecido o considerado malditos a quienes «con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que ha sido edificado por los santos hermanos de esta Orden» (2 Cel 156; cf. también LP 59). Maldijo también a Pedro Staccia, guardián del convento de Bolonia, por crimen de lesa pobreza.
- 113) Cita de 2 R 6,3, inspirada, a su vez, en 2 Cor 8,9. Episodio similar en 2 Cel 85. La pobreza franciscana no es, ante todo, virtud *ascética* («más rico soy espiritualmente cuanto menos poseo»); ni es principalmente *condición para el apostolado* («cuanto más desligado de los bienes temporales, más dispuesto para trabajar por el reino»); es de naturaleza *teológica* o *mística*: si San Francisco amó la pobreza, fue porque contempló a un Cristo pobre. Cf. LM 7,1. Inútil intentar desengañarle. Ninguna otra razón lo haría más entusiasta de la pobreza, ningún argumento serviría para disuadirle de amarla y practicarla. Cf. 2 Cel 55.
- 114) Monasterio de clarisas en Colpersito, cerca de San Severino. Fue en este convento donde con un sermón convirtió Francisco al hermano Pacífico, entonces joven poeta cortesano y que había venido al monasterio a visitar a una pariente.
- 115) Aquí, como en 1 Cel 58, es clara la alusión al *Cántico de las criaturas*; cf. también 1 Cel 109 y 2 Cel 213 y 217. Las Alabanzas del padrenuestro parafraseado, sin hacer la enumeración de las diversas criaturas, revelan el mismo espíritu de alabanza y se inspiran en el texto del «cántico de los tres jóvenes».
- 116) Aquí, como al principio del número siguiente («hombre nuevo», «hombre del otro mundo»), Francisco es considerado como quien ha reconquistado la inocencia original y como quien ha entrado ya en la eternidad bienaventurada. Cf. también 1 Cel 36.
- 117) Cf. Test 12; CtaCle 12; CtaO 35-36; 1CtaCus 5.
- 118) Tomás de Eccleston refiere que San Francisco había predicho el temblor de tierra del 25 de diciembre de 1222 y lo había anunciado a los ciudadanos de Bolonia en una carta «en que había faltas de latín» (cf. Escritos de San Francisco).
- 119) Idénticos adjetivos emplea en 1 Cel 86.
- 120) Observar el santo Evangelio: es la definición, dada por el mismo San Francisco, de la «regla y vida de los hermanos menores» (1 R 1,2; 2 R 1,1).
- 121) *Honorabilis*: adjetivo que connota también instrucción y cultura. San Buenaventura dice, refiriéndose a ese mismo Juan, que abandonó la carrera de las armas, y parece dar a entender que se hizo terciario; es también San Buenaventura quien precisa que obtuvo del papa la autorización para organizar esta paraliturgia (LM 10,7).

- 122) La misma expresión en Adm 1,21.
- 123) Como hace notar San Buenaventura, se obtuvo la autorización en Roma (LM 10,7). Entonces era muy raro el privilegio de poder celebrar la misa en altar portátil, es decir, la misa no «parroquial».
- 124) Dice Bartolomé de Pisa que Francisco no quiso recibir el sacerdocio por humildad. San Benito, que era diácono, ejerció un gran influjo sobre el *Poverello* (cf. Bihl). El P. Callebaut compara de forma muy instructiva los textos en que San Francisco emplea la segunda persona para dirigirse a sus hermanos sacerdotes, pero pasa a la primera persona cuando se refiere a obligaciones que comparte el diácono: distribución del cuerpo del Señor, cuidado de los vasos sagrados, respeto a las palabras del evangelio, etc. A propósito de San Francisco no-sacerdote se refiere una anécdota que nos daría la razón por la que el Santo no quiso ordenarse: un día que Francisco oraba en el convento de Vicalvi (cerca del Monte Casino), «se le apareció un ángel llevando en la mano una ampolla que contenía agua transparente: "Mira, Francisco -le dijo el ángel-, ¡así ha de ser quien desea dar a los hombres el cuerpo y la sangre de Cristo!" El Santo, en su humildad, pensó que no podría jamás alcanzar tan alta perfección y renunció al sacerdocio» (E. Male; V. Facchinetti).
- 125) El mismo Juan de Greccio (LM 10,7).
- 126) La significación de un hecho encierra tanto valor como su realidad histórica. También para San Buenaventura queda acreditada esta visión por la santidad del testigo y comprobada por los milagros que siguieron.
- 127) «Sobre el fondo de esta capilla se ve un hermoso fresco, de autor desconocido, que representa toda la escena que tuvo lugar aquella noche memorable del 24 de diciembre de 1223. El profesor Lanzi afirma que, para la iconografía del belén franciscano, esta pintura constituye un documento de una importancia extraordinaria, y que, desde este punto de vista, su interés es superior al de las representaciones que de esta misma escena nos han dejado Giotto y Benozzo Gozzoli en las iglesias franciscanas de Asís y de Montefalco» (**Cavanna**, o.c., p.212).
- 128) «A primeras horas de la noche», precisa el hermano Elías en su carta encíclica enviada a todos los provinciales para comunicarles el fallecimiento del Santo (AF 10 p. 527). Para nosotros, que contamos los días de medianoche a medianoche, San Francisco murió al anochecer del 3 de octubre; fue enterrado al día siguiente, domingo.
- 129) Gén 2,10: *De Edén salía un río que regaba el jardín, y desde allí se repartía en cuatro brazos.*
- 130) Se refiere al Alverna, como se verá en el n. 94.
- 131) Procedimientos semejantes a éste los encontramos en los apóstoles (Hch 1,24-26), en San Antonio Abad (*Vitae Patrum* I 2: PL 73,127), en San Agustín (*Confesiones* 8,12), en San Martín, etc. Cf. también 2 Cel 15.
- 132) En la montaña del Alverna (1.269 m), en Toscana, diócesis de Arezzo. San Francisco lo recibió como regalo del conde Orlando de Chiusi en 1213.
- 133) Tuvo lugar hacia el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz (LM 13,3).
- 134) Cf. las visiones de Is 6,2, y, sobre todo, las de Ez 1,5-14.22-25.
- 135) Véase en 2 Cel 138 la estratagema a que recurrió.
- 136) Es decir, guardián, según el reglamento de la vida de los eremitorios. Cf. REr 8-10.
- 137) Es decir, le había constituido vicario suyo para todos los hermanos; cf. Test 27.
- 138) Eclo 38,4. Una vez más, hay que destacarlo, un versículo de la Escritura influye en una decisión de Francisco.
- 139) Honorio III y la curia habían sido echados de Roma por una sedición popular. Es posible que el especialista en cuestión formara parte del grupo de los médicos pontificios.
- 140) Con el nombre de Gregorio IX, Hugolino gobernaba la Iglesia un año antes de que Celano escribiera esta frase halagadora, pero en gran parte merecida. Se sabe incluso cómo servía y cuidaba con sus propias manos a un leproso en su palacio (San Buenaventura, *Serm. 2 de S. Francisco*: Opera omnia 9 p. 577).

- 141) Habría que leer la magnífica alegoría del cedro (Ez 31,9), a la que Celano alude, para percibir toda la carga afectiva, poética y religiosa que lleva una simple alusión bíblica. Todo el contexto del profeta da a estas dos palabras un inmenso poder evocador.
- 142) Hugolino era obispo de estas dos diócesis a la vez.
- 143) Salvo el viaje a Francia, como queda dicho en el n. 75.
- 144) Según la tradición, estos cuatro hermanos serían, respectivamente, Ángel Tancredi (cf. 1 Cel 109), Bernardo de Quintavalle, León y Rufino (o Juan de Lodi).
- 145) Celano alude a la metáfora paulina de quien corre en el estadio (1 Cor 9,24).
- 146) Cf. Adm 4 y 19; 1 R 17.
- 147) Luciano Canonici intenta hacer un recuento de las enfermedades que San Francisco padeció durante su vida. «Se alude a ellas en diversos lugares de las fuentes franciscanas. Las resumimos. La primera y la más conocida: oftalmía, degenerada en glaucoma secundario, contraída, probablemente, en Oriente. Hay quien habla de un nacimiento laborioso, en un parto difícil, después de una esterilidad primaria de siete años por parte de su madre Pica. Existen testimonios de la grave enfermedad que sufrió los años 1204-1205 después de la prisión en Perusa. En 1212, la malaria le impidió partir para Oriente y luego para España. En 1213, una faringelaringitis aguda le privó por algún tiempo del habla. En diversos lugares encontramos alusiones a enfermedades de estómago, de hígado y de bazo; se habla de hidropesía, de úlcera gástrica, de tumor al estómago. Añádase a todo esto la natural debilidad de su cuerpo, y ténganse en cuenta los muchos viajes, la precariedad de los alojamientos, la insuficiencia de los vestidos, la escasez del alimento, las cuaresmas continuas. En 1224, las llagas le supusieron enfermedades constantes y pérdida de sangre» (San Buenaventura, *Vita di San Francesco d'Assisi* [Porziuncola 1974] p. 192 n. 1). El quirurgo Sante Cincarelli ha realizado un serio y detallado estudio de las enfermedades de San Francisco, y dice que la crisis final fue determinada, sobre todo, por la desnutrición (*Francesco di Pietro Bernardone malato e santo*, Firenze 1972).
- 148) Cf. la carta encíclica del hermano Elías anunciando la muerte de Francisco (AF 10 p. 527).
- 149) Como Jacob en el pasaje del Génesis 49,1-27.
- 150) La misma escena y la misma bendición son relatadas en 2 Cel 216; pero en este pasaje se silenciará el nombre del hermano Elías, ya apóstata.
- 151) Para librar al Santo de todo intento de raptó. La Porciúncula, en descampado, no tenía apenas defensa.
- 152) Ángel Tancredi y León. Cf. *Legenda choralis umbra* 5: AF 10 p. 545.
- 153) Se trata del *Cántico de las criaturas*, que Francisco coronó con la célebre estrofa: «Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal» (LP 100).
- 154) El hermano Elías, como lo prueban la alusión a su solicitud por los hermanos (Celano no desaprovecha la ocasión de hacer un cumplido), la mención de su presciencia de la muerte del Santo y, por fin, las mismas palabras que se le atribuyen, citando la carta encíclica del ministro general.
- 155) Según Bernardo de Bessa, se trata del «hermano Jacobo de Asís, que vio cómo subía al cielo el alma de nuestro santo padre cual si fuera una estrella tan esplendente como el sol» (*Liber de laudibus*: AF 3 p. 668).
- 156) Se refiere al cuerpo del Santo. La Edad Media practicaba un culto exagerado a las reliquias; este mismo año (1226), los habitantes de Bettona habían llegado a Asís a hurtar el cuerpo de San Crispolto, supuesto discípulo de San Pedro y que habría evangelizado la Umbría después del año 50. Es conocido el descuartizamiento a que fueron sometidos, inmediatamente después, San Luis, rey de Francia, y Santa Isabel de Portugal.
- 157) Todo el desarrollo, en su fondo y en su forma, está de nuevo inspirado en la carta encíclica del hermano Elías.

- 158) Sabemos, por otra parte, que su cuerpo era moreno tanto por la enfermedad cuanto por su color natural (LM 15,2). Cf. también el *niger natura* en la alegoría de la gallina *negra* (TC 63; 2 Cel 24).
- 159) Reminiscencia del prefacio de Navidad.
- 160) El serafín, del que Celano va a hablar a continuación.
- 161) Los serafines componen el último y supremo coro de los ángeles.
- 162) Sigue una explicación alegórica de las visiones que aparecen en Is 6,1-3 y Ez 1,5-25; los elementos de interpretación están tomados de una homilía de San Gregorio.
- 163) Este santo personaje es San Bernardo.
- 164) Esta reja de hierro por la que Santa Clara recibía la comunión, y que fue quitada con objeto de que las religiosas pudieran ver por última vez a su Padre, se encuentra actualmente en Asís, en la capilla del Santísimo Sacramento de la iglesia de Santa Clara.
- 165) La iglesia de San Jorge.
- 166) Esta plegaria de los hermanos menores huérfanos está colocada, salvo la última frase, en una antifona compuesta por Gregorio IX inmediatamente después de la muerte de San Francisco: *Plange turba paupercola*. El P. Bihl ha demostrado que esta antifona data de 1227 y fue seguida de la elección de Juan Parenti, primer sucesor de San Francisco.
- 167) Es decir, los santos. Cf. Ez 28,14; LM 9,3.
- 168) El rey de Francia al que alude es, probablemente, San Luis, y la reina, Blanca de Castilla, su madre; cuando escribía esto Celano, el rey no pasaba de los catorce años. La enfermedad de que habla el texto no ha de referirse necesariamente a aquella de que murió.
- 169) El significado del nombre tenía una gran importancia en la Edad Media. Aquí, como más arriba en el nombre de Clara, Celano ve algo distinto a una etimología fantástica.
- 170) Federico II, emperador de Alemania, poseía también la Italia del Norte y, por parte de su madre, el reino de las Dos Sicilias; tenía como atenazados los territorios pontificios. Gregorio IX le iba recordando sin cesar su voto de partir a la cruzada; Federico simuló la partida, y fue excomulgado. El emperador invadió entonces los Estados pontificios e hizo que el pueblo romano se soliviantara, como en realidad sucedió el lunes de Pascua de 1228, durante la misa de Gregorio IX en la basílica de San Pedro (de ahí la frase de Celano: «ponen las manos sobre el santo»). El papa no volvió a entrar en Roma hasta 1230.
- 171) Las damas pobres, o clarisas del monasterio de San Pablo, cerca de Espoleto.
- 172) Es decir, el papa; Cristo, etimológicamente, es quien ha recibido la unción. Según los documentos pontificios, Gregorio IX permaneció en Asís del 26 de mayo al 10 de junio de 1228.
- 173) Del 13 de junio al 13 de julio de 1228.
- 174) Juan de Brienne, coronado rey de Jerusalén el 3 de octubre de 1210 y que acabará sus días revestido del hábito franciscano.
- 175) Los alrededores de la iglesia de San Jorge, situada entonces fuera de las murallas.
- 176) Pariente de Inocencio III; llegó a ser cardenal bajo Inocencio IV. Sabemos por Salimbene (*Chronica* p. 385) que Gregorio IX le apreciaba particularmente.
- 177) Rainerio Cappoci de Viterbo, cisterciense, cardenal desde 1216 y gran amigo de la nueva Orden. Fue él quien compuso el himno *Plaudite turba* y la antifona *Caelorum candor splenduit*, en alabanza de San Francisco.
- 178) Los cardenales.
- 179) Puede que la utilización de la expresión bíblica (Sal 32,3; 95,1; 97,1) no sea aquí sino retórica; no queda excluida necesariamente la hipótesis de una alusión a las piezas compuestas por el mismo Gregorio IX para la canonización: el himno *Proles de caelo* (vísperas del oficio del 4 de octubre), el responsorio *De paupertatis horreo* (responsorio octavo o del mismo oficio) y la prosa *Caput draconis*.

- 180) La iglesia de San Jorge. Celano precisa que el papa entró en ella *per inferiores gradus* (¿por el pequeño atrio?, ¿aminorando el paso?); como la iglesia ya no existe, este detalle no nos dice nada. La precisión y abundancia de detalles podría indicar que Celano, entonces en Italia, asistió a las ceremonias que describe.
- 181) En la Edad Media era costumbre bastante extendida ofrecer en un santuario un peso de cera, de metal, de pan o de aceite equivalente al peso del enfermo por el que se rogaba.
- 182) Existen dos Montenero en Umbría, y un tercero en el valle de Rieti.
- 183) Donde entonces reposaba: la iglesia de San Jorge.
- 184) En el Monte Gargano, provincia de Foggia.
- 185) Es el único hermano menor que aparece en esta serie de milagros. De otro se ha tratado en el n. 68.